
Sophie Saint Rose
Serie Australia
Esto no se acaba aquí

Esto no se acaba aquí

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Capítulo 1

Carlota sonrió a la señora Bremhill. —Está muy interesante, ¿verdad? —preguntó cerrando el libro.

—Uno de los mejores que me has leído. ¿Por qué no sigues un capítulo más? —Miró hacia la puerta. —No te está reclamando nadie, niña. Venga, otro.

—No, ya es muy tarde y usted tiene que dormir —dijo con cariño dejando el libro sobre la mesilla. Apagó la lamparilla—. Además, como se enteren que se acuesta a las once me tirarán de las orejas. Mi supervisora ya me ha echado la bronca dos veces por este tema y ahora no me quita ojo.

De repente se abrió la puerta y ambas se sobresaltaron. —¿Qué ocurre, Carlota? ¿La señora Bremhill se encuentra mal? —preguntó la señora Preston.

—No estaba cómoda, tenía calor. Ya le he bajado un poco el termostato.

—Vaya, ahora me he desvelado —protestó la anciana—. Niña, ¿por qué no me lees un poco para ver si me duermo de nuevo?

Carlota miró hacia su supervisora. —No sé si…

Su jefa sonrió estirando la mano y encendiendo la luz de la habitación. —Hoy es una noche tranquila, no pasa nada.

Se volvió mirándola divertida con sus bonitos ojos verdes y se sentó a su lado en la cama cogiendo el libro. —Perfecto, ha estado muy rápida.

—Y tú, niña. Lo del termostato ha sido un acierto.

—Bah, ya lo había pensado antes para tener una excusa.

La mujer se la quedó mirando fijamente mientras abría el libro por la página en la que iban. —Niña, lo has dicho como si te consideraras poco inteligente o algo así.

Se sonrojó y forzó una sonrisa. —¿Inteligente?

—Como si te consideraras poco avispada y hubieras tenido que pensarlo con anterioridad para salir del paso.

—Bueno… Muy lista no soy. Ya ve el trabajo que he conseguido y siempre me costó mucho estudiar. —Incómoda se levantó para sentarse en la silla apartándose un mechón de cabello castaño tras la oreja. —¿Continúo?

—No, vamos a hablar de esto.

Ahora sí que se puso como un tomate porque parecía que quería conocerla a fondo y le iba a hacer un interrogatorio en tercer grado. De hecho, la anciana hasta se sentó en la cama para colocar las almohadas y cuando se puso cómoda la miró interrogante con sus bonitos ojos azules. —¿Y bien?

—¿Y bien qué? —preguntó Carlota muy incómoda.

—Cuéntame, niña. Así que no fuiste buena estudiante. No me pareces perezosa, en estas dos semanas me has demostrado todo lo contrario. ¿Qué te ocurrió? ¿Un problema de aprendizaje?

—No me gusta hablar de esto.

—Has leído muy bien y rara vez te has equivocado.

Avergonzada agachó la mirada. —Decían que era tonta, que no podía aprender ni lo más básico. Que siempre tenían que repetírmelo todo mil veces.

—¡Qué mentira! —dijo indignada—. ¿Qué clase de educador era ese para decir algo así?

—Lo decía mi madre.

A la anciana se le cortó el aliento. —Niña…

—Hasta que tuve diez años no se dieron cuenta de que lo que ocurría es que me costaba concentrarme en clase.

—¿Y cuál era la razón, cielo?

Queriendo huir de esa situación se levantó. —De verdad, no quiero hablar de esto.

La mujer sonrió dulcemente. —No pasa nada. —Alargó la mano. —Siéntate.

—No, de verdad… —Muy nerviosa dejó el libro. —Creo que será mejor que me vaya. Puede que me necesiten y…

—Siéntate o le digo a esa bruja que me has tirado del pelo.

Jadeó indignada. —No haría eso.

—Claro que sí. Soy una Bremhill, siempre nos salimos con la nuestra. —Le guiñó un ojo y sonrió dulcemente. —Siéntate, cielo. Necesitas hablar de esto. Es bueno sacar lo que tenemos dentro.

Se sentó soltando un bufido que provocó que la anciana riera por lo bajo. Se miraron a los ojos. —¿Qué problema tenías? ¿Por qué te costaba concentrarte?

—Me aburría y me distraía con una mosca que pasaba. —La mujer entrecerró los ojos. —Mi profesora decía que me perdía en las explicaciones porque no las entendía y tenía razón. Eso iba acumulando mi retraso en las tareas y me distraía dibujando mientras ella seguía explicando al resto de la clase. Cuando llegaban los exámenes ni sabía de lo que hablaban. Acabé el instituto a duras penas.

—¿No te enviaron a un psicólogo?

—¿Mi madre? —Sonrió irónica. —Mi madre lo único que ha hecho por mí es traerme al mundo. Como acostumbraba a decirme era una molestia que tenía que soportar. —La mujer la miró con pena. Odiaba ese tipo de miradas, así que agachó el rostro avergonzada y susurró —No quería tenerme. Pasaba un mal momento y una asistente social le dijo que le podía conseguir un cheque del estado. Pero el cheque solo lo recibió hasta que yo tenía tres años porque el estado le pegó un toque para que se buscara trabajo. Le amenazaron con quitarle mi custodia. Y como ya no había dinero me entregó.

—Dios mío… —La mujer cogió su mano. —¿Qué pasó después?

—Acabó en el juzgado porque la pillaron con unas papelinas, pero su abogado consiguió convencer al juez de que ella no consumía con unos análisis. Delató a uno de los que le daban la droga para vender y se libró de la cárcel, pero no de la condicional. Su abogado le advirtió que debía ser una ciudadana modelo porque como cometiera otro error acabaría en prisión. Se buscó trabajo en un supermercado como le indicó su agente y terminaron convirtiéndose en amantes. Él le dijo que solicitara mi custodia de nuevo. Que al ser madre con un trabajo estable, podría conseguirle ayuda de una asociación de mujeres que se financiaba con donaciones privadas. —

Sonrió con desprecio. —Ese cheque lo recibió hasta que cumplí dieciocho años. ¿Adivine lo que me regaló mi madre ese día? Una patada en el culo para que me fuera de casa cuanto antes.

La mujer ni sabía qué decir y avergonzada quiso levantarse, pero ella la agarró de la mano reteniéndola. —Lo siento.

Carlota fingió una sonrisa. —No pasa nada. Han pasado cinco años.

—¿Has vuelto a verla?

—¿A mi madre? —La señora asintió. —No, me enteré de que murió el año pasado en uno de sus líos. —Tiró de su mano hasta sentarla de nuevo. —¿No quiere que le lea?

—¿Qué ocurrió después de que te echara?

—No sabía dónde dormir y me colé en la iglesia. El cura me encontró y me envió a una especie de casa de acogida. Ellos me buscaron este trabajo. —Hizo una mueca. —Así que ya ve, le he mentido, ni lo he conseguido yo.

—Has sobrevivido y eso lo has hecho tú. —Apretó su mano. —Pues para haber tenido una educación tan deficiente debo decir que lees muy bien y eres muy educada. Además, has conseguido mantener este trabajo durante esos cinco años. Y no es un trabajo fácil.

Sonrió. —A mí me gusta mucho. Aquí hablo con mucha gente y… —Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó avergonzada.

Se la quedó mirando fijamente. —Hace poco que estoy aquí, pero es evidente que has sabido ganarte el corazón de todos. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque el tuyo es enorme y siempre tienes una palabra amable para los que te rodean. Siempre nos regalas tu atención. Pero tu atención de verdad, no nos tratas como si fuéramos una molestia a la que atiendes porque te pagan. Nos tratas con interés y eso demuestra lo buena persona que eres.

Incómoda negó con la cabeza. —No, no soy así.

—Claro que sí, cielo. Y no eres tonta en absoluto. El primer día que llegué corregiste a la enfermera con mi medicación y ella sí que tiene estudios. ¿Y quién tenía razón? Tú. Si esos profesores no

supieron captar tu atención es porque no sabían hacer bien su trabajo. Yo fui profesora, ¿sabes?

—¿De veras? —preguntó interesada.

—Sí, de soltera. Me encantaba.

—¿Y por qué lo dejó?

—Me casé y me mudé de aquí al fin del mundo. En aquellos tiempos cuando te casabas dejabas de trabajar para atender a tu familia. Una decisión equivocada. —Apretó los labios. —De recién casada sentí que se me caía la casa encima después de haber sido independiente.

—Debió amarle mucho.

Sus ojos reflejaron una profunda tristeza. —Mucho. Era mi alma gemela. —Se quedó unos segundos en silencio mirando al vacío. —Dicen que ese amor que aparece en las novelas es una fábula, pero te aseguro que sentir que te falta el aire cuando te mira a los ojos pasa de verdad.

—Debe ser maravilloso sentir algo así.

Sonrió mirándola a los ojos. —¿Tienes novio?

—No.

—Pero habrás tenido, eres muy bonita.

—Sí, claro que sí. El último fue Johnny, un celador de aquí. Duró poco tiempo, unos tres meses. Nunca llegamos a nada serio.

—Eso es que no había chispa.

Sonrió. —No, no la había. Nos llevábamos bien, éramos amigos y cometimos el error de querer más para no estar solos.

—Ese comentario es de persona inteligente.

—Déjelo ya… No lo soy.

—Te aseguro que sí. ¿Te importa que te haga unos test?

—¿Unos test? —preguntó extrañada.

—Quiero averiguar cuál fue el verdadero problema para que te distrajeras en clase. ¿No te interesaría saberlo?

—Pero si ya le he dicho…

—¿Vas a llevarme la contraria? —Alargó la mano para coger el timbre.

—¡No!

La anciana sonrió. —Muy bien. Mañana aquí después del trabajo que sé que sales a las tres.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Ahora léeme ese capítulo pendiente que el libro está muy interesante.

Un año después

Llegó a la habitación abriendo la puerta como una tromba. —¡July! ¿Adivina lo que me ha pasado? —Se detuvo en seco al ver la cama vacía y toda la habitación recogida sin un solo efecto personal en ella. Perdió todo el color de la cara dando un paso atrás mientras dejaba caer los libros que tenía entre las manos. Mirando fijamente esa cama sintió que la angustia la recorría y negó con la cabeza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —No, no…

—Carlota…

Se volvió de golpe para encontrarse tras ella a una de sus compañeras. Anne dio un paso acercándose mientras la miraba con pena. —Lo siento.

—¿Dónde está July? ¿Se ha ido? —Cogió su mano ansiosa. —Su familia ha venido a buscarla, ¿verdad?

—Ayer sufrió un infarto a las dos de la mañana.

Palideció llevándose la mano a la boca intentando retener el gemido de dolor.

—Fue imposible recuperarla. Ni siquiera la llevaron al hospital.

—Dios mío…

—Lo siento muchísimo. Sé lo unidas que estabais.

Sin poder retener las lágrimas miró a su alrededor. La habitación estaba tan distinta… Sus cosas no estaban saturándolo todo, hasta habían quitado los cuadros que le había obligado a colgar. Sintió un estremecimiento al mirar aquella fría habitación donde había pasado tantas horas con ella. Sollozó antes de preguntar —¿Dónde está? ¿Sigue abajo?

—No, los de la funeraria ya se la han llevado.

Se volvió angustiada. —¿Dónde se va a hacer el funeral? ¿En la catedral de San Patricio en el centro de Manhattan? Sus hijos viven

cerca.

—No, han encargado que la trasladen a su casa de Australia —dijo sorprendiéndola porque nunca habían hablado de eso—. Quería ser enterrada allí y así se hará por su expreso deseo a pesar de que su familia se negaba. Pero ella ya lo había dejado todo preparado. Al menos eso es lo que me ha dicho la supervisora. Te espera en su despacho para hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó sorprendida.

—Sí, supongo que quería decírtelo ella cuando entraras a trabajar, pero como has llegado dos horas antes…

—Le traía unos libros.

Anne sonrió con tristeza. —La hiciste muy feliz.

Sollozó tapándose el rostro con las manos y Anne la abrazó. —A ella no le gustaría verte así, ya sabes el carácter que tenía.

Rio sin dejar de llorar. —Y siempre se salía con la suya. —Se apartó para mirarla a los ojos. —Era una Bremhill —dijeron a la vez. Ambas rieron.

—Venga, ve a ver a la señora Preston que como sepa que estás aquí y no has ido directamente me echará la bronca.

Se limpió las mejillas y se agachó para coger los libros. Acarició la portada del que July estaba impaciente porque le leyera, porque le había leído la crítica del Times y estaba deseando escucharlo. Ahora ya no podría ser. Sintió una tristeza enorme porque estaba segura de que ya no disfrutaría tanto leyendo para nadie. July vivía la historia de una manera única.

Salió de la habitación y Anne cerró la puerta observándola ir hacia el final del pasillo. Un par de internos se acercaron a ella para darle el pésame como si fuera un familiar y Carlota lo aceptó dándoles las gracias por su interés, aunque era evidente que estaba rota de dolor. Entre las dos se había creado un vínculo obvio para todos.

Capítulo 2

Ante el despacho de su supervisora se limpió las lágrimas intentando reponerse, pero no podía reprimirlas. Levantó la mano para llamar, pero la puerta se abrió de golpe mostrando a su supervisora que apretó los labios. —Veo que ya te has enterado. Lo siento muchísimo, sé que estabas muy unida a la señora Bremhill. Pasa, tenemos que hablar.

Cuando te decían tenemos que hablar no era nada bueno. Dio un paso hacia el despacho. —¿He hecho algo malo?

—No, claro que no. —Se sentó tras su escritorio. —Estoy muy contenta con tu trabajo. Por favor, cierra la puerta.

Lo hizo y esta le hizo un gesto para que se sentara. —Quería hablarte de algo que tiene que ver con la señora Bremhill.

Se sentó en una de las sillas. —Dígame.

—Supongo que ya te han dicho que será trasladada a Australia para su funeral.

—Sí, me lo han dicho. —Agachó la mirada apenada porque no podía despedirse de ella como le hubiera gustado. —Es lógico. Su marido está enterrado allí y aunque ella era neoyorkina quería estar a su lado.

—Siento que no hayas podido despedirte de ella, pero cuando llegué al trabajo ya era tarde.

—Es muy amable. Supongo que ella sabe... —Intentó evitar un sollozo. —Que ella sabía lo que me importaba.

La señora Preston sonrió con tristeza. —Estoy segura de que lo sabía como lo sabíamos todos, por eso quería hablar contigo. Sus familiares no quieren sus cosas. —La miró sorprendida. —Nada excepto las joyas —dijo molesta—. La supervisora de noche lo ha metido todo en cajas, pero hace dos horas hablé con su hijo mayor y nos ha pedido que lo tiremos todo excepto las joyas, que vendrán a buscarlas a lo largo de la tarde.

—No pueden tirarlas —dijo angustiada.

—Normalmente lo haríamos, ya lo sabes. No es la primera vez que ocurre, pero como tú le tenías tanto cariño, he pensado que igual querías algo de lo que tenía. Algún recuerdo…

—Había una foto nuestra en la mesilla de noche —dijo interrumpiéndola—. Si puede ser me gustaría conservarla.

Su rostro reflejó su dolor y la señora Preston sintió pena por ella. —¿Sabes qué? Llévatelo todo y decides en casa lo que quieres conservar. Un chico de mantenimiento te llevará las cajas en la furgoneta.

Agradecida la miró a los ojos. —Gracias, es muy amable.

—No me las des. No puedo con esos hijos desagradecidos y si alguien merece tener algo suyo esa eres tú. Por Dios, si vinieron a verla tres veces en un año. No sé cómo no les da vergüenza.

Asintió. —Y con la madre que tenían. Era maravillosa. ¿Sabe que se trasladó aquí después de la muerte de su marido para estar más cerca de ellos? —Se miró las manos. —Estoy segura de que su comportamiento fue una decepción enorme para ella. En cuanto llegó la metieron en una residencia.

—Unos cerdos, eso es lo que son. Seguro que ahora se están lamentando de que su madre eligiera enterrarse en Australia, porque será una molestia tener que ir hasta allí.

—Yo daría lo que fuera por poder ir. —Sorbió por la nariz pasándose la mano por la mejilla.

—Es una pena que no puedas asistir. Pero haremos una misa por ella en la capilla. Aunque no esté, seguro que muchos querrán rezar por su alma. Ahora vete a casa y descansa.

—Pero si entro en dos horas.

—Hoy tienes el día libre, nos arreglaremos. —Levantó el teléfono. —Jim carga las cajas de la señora Bremhill en la furgoneta y lleva a Carlota a su casa. Las descargas allí y te vuelves que tienes que llevar al señor Benedict al dentista. —Colgó sin esperar respuesta y sonrió. —Solucionado.

Emocionada por su amabilidad susurró —No sé cómo darle las gracias.

—No tienes que agradecerme nada. En estos años no has faltado ni una vez al trabajo, es lo menos que puedo hacer por ti. Si necesitas unos días más no dudes en pedirlos.

Se levantó recordando todas las veces que July y ella la habían llamado bruja a sus espaldas y se sintió fatal. —Hasta mañana. —Salió del despacho pensando en lo que le había dicho y se apenó imaginando el rostro de July si supiera lo que habían hecho sus hijos con sus cosas. Seguro que lo sentiría mucho. Caminando hacia el aparcamiento recordó el día de su cumpleaños dos meses atrás. Ni siquiera la llamaron por teléfono para felicitarla. Intentó animarla con una fiesta y la tarta la preparó ella misma. Pero ahora ya no podría animarla nunca más. No podría tener esas conversaciones de horas o no podría leerle. Sentía un vacío enorme y fue consciente de que durante ese año había llenado su vida. Y ahora volvía a estar sola. De nuevo sola.

Rodeada de cajas colocó unos libros en una esquina al lado de los cuadros que había apoyado en la pared y se arrodilló en el suelo. Intentó reprimir las lágrimas mientras abría otra de las cajas. Eran las cosas de su escritorio y sonrió por el montón de hojas que encontró, porque eran los test que le había hecho al poco de conocerse. La recordó sentada en una de las mesas de la sala común con ellos delante y una sonrisa en el rostro. —No eres tonta, Carlota. De hecho, eres muy inteligente.

—No bromee —dijo incómoda.

—No lo hago. Estos test demuestran que tienes una inteligencia superior a la media. No es que seas Einstein, pero no está nada mal. Si te distraías podemos achacarlo a la crianza que has recibido, unido a maestros amargados a los que les daba todo igual. Te encerrabas en ti misma, en tu mundo y no prestabas atención a lo que te rodeaba. —La miró con cariño. —Pero eres muy inteligente y si hubieras tenido la ayuda necesaria podrías haber estudiado una carrera. Te he observado, tienes un lenguaje fluido, amplio y eso es debido a todo lo que lees.

—Ya leía mucho de pequeña —dijo algo sorprendida.

—Porque los libros te ofrecen un mundo muy distinto al que tienes o tenías, ¿no es cierto?

Asintió agachando la mirada.

—Eh… —July alargó la mano y la cogió por la barbilla para elevar su rostro. —No eres tonta, no te pasa nada malo. Son esas personas que te rodeaban las que tenían un problema. Puedes hacer cualquier cosa que desees. No te pongas límites, niña, porque tienes un futuro maravilloso ante ti. Miles de cosas que ver, mundos que conocer y no solo a través de los libros. —Sus preciosos ojos brillaron. —Eso es… Soñar no es malo, pero tienes que vivir, no te encierres por miedo a que te hagan daño.

—Ahora ya no se puede hacer nada.

—Pero si eres muy joven. Te queda mucha vida por delante. ¿Qué te gustaría hacer?

—Me gustaría… —Ilusionada se echó a reír. —Me gustaría hacer mil cosas.

—Dime.

—Subir a la torre Eiffel, ver las pirámides de Egipto, vivir una auténtica aventura.

July sonrió. —Tú eres de las mías. Si quieres aventuras nada como ir a Australia, niña.

—¿Es bonito?

—Mi marido decía que no había tierra mejor. A mí me pareció un secarral cuando lo vi por primera vez. —Se echó a reír. —La cara de horror que debí poner, pero es una tierra que se te mete en la sangre y que después de estar allí nunca podrás olvidar. Como yo jamás la olvidaré hasta que me muera. Si algún día tienes la oportunidad tienes que ir. Verás la vida con otros ojos, te lo garantizo.

Arrodillada con los papeles en la mano apretó los labios maldiciendo lo alto que era el alquiler porque apenas la dejaba ahorrar y lo poco que tenía en el banco era para una emergencia. Una emergencia pequeña porque no le daría ni para la mitad del billete por lo que había visto en internet, así que no podía ser. Como no habían podido ser miles de cosas en su vida.

Metió la mano en la caja y se le cortó el aliento al ver un sobre muy grande con su nombre. A toda prisa lo cogió y lo volvió para ver que estaba cerrado. Se mordió el labio inferior porque si era para ella se lo debía haber dado antes, ¿no? O igual no le había dado tiempo. Bueno, ahora todo aquello era suyo, sus hijos no lo habían querido. Además era para ella. Tiró de la lengüeta y abrió el sobre tirando el contenido sobre la moqueta. Separó los labios de la impresión al ver un bonito reloj antiguo. Lo cogió para mirarlo bien. Era de oro. Sin entender cogió los papeles que había allí. Al ver la palabra testamento el corazón se le puso a mil y susurró —July, ¿qué has hecho? —Casi temblando empezó a leer y leyó varios párrafos de nuevo porque creyó no haberlos entendido bien, pero no, los había entendido perfectamente, se lo legaba todo. Había desheredado a sus hijos en su favor. Al terminar la última hoja se emocionó al ver una carta escrita de su puño y letra:

Mi querida niña:

Si has encontrado el sobre es porque has guardado mis cosas como esperaba y sí, eres la heredera de toda mi fortuna, que no es poca como has visto. Conociéndote como te conozco estarás dudando sobre lo que has leído y te estarás preguntando si es real. Es muy real. Quiero que cumplas tus sueños porque si alguien se lo merece esa eres tú, cielo. Te preguntarás por qué y la respuesta es que me fui de mi hogar buscando el apoyo de mis hijos porque estaba hundida y después de habérselo dado todo durante toda mi vida me dieron la espalda y me apartaron como un maldito mueble. Estuve meses esperando que reaccionaran y aun así no vi un solo gesto de arrepentimiento en ellos, así que no puedo perdonárselo. No sé si eso me hace peor madre, pero incluso antes de conocerte había tomado esta resolución. No ha sido fácil, te lo aseguro, pero después de que entraras en mi vida ya no siento ningún remordimiento porque tú aun no teniendo nada me lo has dado todo. Cariño, compañía y me has entendido mejor que mi propia sangre. Por eso te lo lego todo. Te quiero como si fueras de mi sangre y sé que mi marido estaría de acuerdo después de todo lo ocurrido, así que no sientas ninguna pena por ellos, ¿me oyes?

Quiero que vivas todas esas aventuras y sentiré como si estuviera a tu lado en cada nuevo paso que des. Quiero que rías, llores, grites, que seas más feliz que nadie y que conozcas todos esos lugares con los que siempre has soñado. Pero prométeme que nunca venderás la casa de Australia, ¿quieres? Me gustaría saber que mi marido y yo descansamos en nuestras tierras y a saber lo que harían los nuevos dueños. Mis hijos la hubieran vendido sin dudarlo, pero sé que tú respetarás nuestros deseos. Si algún día tienes familia podría ser tu casa. Es preciosa, ya verás. Cómo la echo de menos. Durante mucho tiempo me arrepentí de haberme ido, sabía que me había equivocado, pero tú entraste en mi vida y todo cambió. —Las lágrimas no la dejaban ver y se pasó la mano por los ojos sorbiendo por la nariz. *—Me has hecho muy feliz. Muy feliz, niña. Aunque no nos lo hayamos dicho nunca te quiero y sé que tú me quieres. Sé que he dejado un vacío en tu interior, pero con lo maravillosa que eres alguien llenará tu corazón, estoy segura. Cuídate, niña. Cuídate mucho y hazme caso en todo. Soy una Bremhill, siempre nos salimos con la nuestra.*

Sonrió sin poder evitarlo y leyó la posdata:

El reloj fue el regalo de compromiso de mi marido. Me gustaría que lo llevaras el día de tu boda como hice yo, sé que me dio suerte. Y yo te deseo toda la del mundo.

July Anne Mary Bremhill.

Dejó caer los papeles sobre sus piernas y sorbió por la nariz. Era rica, pensó sin poder creérselo todavía. Era rica. Cogió el reloj y acarició la esfera con cuidado. Al volverlo vio una inscripción en la parte de atrás. *Nuestro amor lo puede todo*. Qué bonito. Esperaba que algún día alguien la amara tanto como para decir eso. Pero hasta que eso sucediera había mil cosas por vivir.

Cogió su maleta de la cinta de equipajes y miró a su alrededor buscando la salida cuando le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo trasero del vaquero y al ver en la pantalla que era su abogado

descolgó de inmediato. —¿Qué ocurre ahora, Peter? ¿Han vuelto a demandarme? —preguntó con ironía antes de tirar de la maleta.

—Pues eso pretenden. Al menos es lo que han dicho en los medios.

—¿Tienen posibilidades?

—Ninguna. La carta que te dejó July les hundirá en el tribunal como la vez anterior. ¿Dónde estás?

—Acabo de llegar a Sídney.

—Mierda, necesitaba que me firmaras unos papeles.

Se detuvo en seco. —Ahora no puedo volver.

—Si me enviaras un poder por mail…

Esas palabras la tensaron recordando los consejos que July le dio a lo largo de su amistad y dijo como ella —Nada de poderes. Con esa práctica legal me da la sensación de que pierdo el control de mi vida y no, no pienso dejar que nadie tome las decisiones por mí. Ya lo hemos hablado.

—Pues tendrás que volver.

—Envíamelos por correo electrónico y cuando los lea te los enviaré por correo ordinario.

—Pero en el juzgado necesitan tu firma por el juicio anterior y…

—Habrá alguna táctica legal para retrasar su presentación debido a mi ausencia, no me fastidies Peter —dijo fríamente. En ese último año había aprendido que para proteger la fortuna de July había que ser dura porque si no la gente quería tomarle el pelo. Empezando por los hijos que debían pensar que era tonta. Y como su amiga le había dicho no lo era en absoluto. En ese tiempo lo había demostrado con creces.

—Como digas —dijo su abogado no muy contento.

—Y diles a los Bremhill que no pienso darme por vencida. Como sigan fastidiándome les demandaré por difamación. Ya estoy harta de que me tachen de usurpadora en los periódicos. Si no saben controlar su lengua haré que aprendan a hacerlo. ¡Así que ponles las pilas!

—Muy bien. —Le escuchó reír por lo bajo. —¿Me dejas explayarme a gusto?

—Mientras no me demanden por amenazas tienes vía libre.

—Eso está hecho. Sé que no querías ser dura con ellos, pero esto ya se está alargando demasiado. Así cortaremos por lo sano. Seguro que eso les detiene.

—A ver si es verdad. —Al mirar a su alrededor vio que había llegado otro vuelo. —Tengo que dejarte, el chófer me está esperando.

—Llámame si tienes duda de los documentos.

—Lo haré.

Colgó el teléfono y se lo metió en el bolsillo de atrás antes de tirar de nuevo de su maleta. Al llegar a la calle miró a su alrededor buscando a su chófer, pero allí no había nadie con un cartelito con su nombre. Frunció el ceño agarrando la correa del bolso que llevaba en bandolera porque pesaba un quintal. Qué ganas tenía de llegar de una vez. Después de dos aviones y casi veinticuatro horas de viaje se moría por una ducha. Se volvió para mirar el otro lado de la terminal, pero no. —Mierda. —Se llevó la mano atrás para sacar el móvil cuando alguien se lo arrebató de la mano. Asombrada se volvió para ver como un chico corría alejándose. —¡Eh! —Corrió tras él tirando de su maleta, pero era misión imposible con tanto peso, así que cuando ya no pudo más se detuvo con la respiración agitada. Lo que le faltaba. Tenía en su teléfono el número del rancho, la reserva del chófer y todo lo demás. Aquello era estupendo. Bufó y fue hacia la parada de taxis. El tío estaba hablando con otro y no le hizo ni caso. —Disculpe, ¿está de servicio?

—Sí, guapa. —Se acercó sonriendo con suficiencia. —¿Te ayudo?

Levantó una ceja. —Si no le importa…

Abrió el maletero y cogió su maleta tirándola dentro de mala manera. Jadeó indignada. —¡Oiga, tenga más cuidado!

—Se me ha resbalado, es que pesa mucho. —Se acercó a ella. —¿A dónde?

—Voy a unos cien kilómetros de Perth.

El tío perdió la sonrisa de golpe y abrió el maletero de nuevo. En un visto y no visto tenía la maleta delante y el taxista se metía en el coche a toda prisa. —Eh, ¿a dónde va?

—¡Búscate a otro, guapa! ¡Tengo una emergencia! —gritó saliendo de allí a toda pastilla.

—¿Emergencia? ¡Pero si no le ha llamado nadie!

El otro taxista se echó a reír. —No quiere llevarte porque quieres atravesar el país. Pero yo te llevaría —dijo con una mirada de pervertido que no podía con ella.

Se quedó de piedra. —No es necesario, gracias. Acabo de recordar que había contratado un servicio privado. —Entonces se dio cuenta de lo que había dicho. —¿Cómo que atravesar el país? Eso no puede ser. ¿Me he confundido de aeropuerto?

—Servicio privado, ¿eh? —preguntó molesto—. Pues hazle las preguntas a él.

Se metió en el coche y dio un portazo haciéndola parpadear. Al parecer había entrado en el país con el pie izquierdo porque nada salía como tenía previsto. Confundida se volvió y chilló al ver un enorme mapa de Australia dentro del aeropuerto. Se acercó a él a toda prisa y miró alrededor de Sídney. Ese tío tenía que haberse confundido. Escuchó el llanto de un niño y se volvió distraída para ver como su madre tiraba de su mano para que caminara más rápido. Apretó los labios molesta y al mirar el mapa vio Perth provocando que de su garganta saliera un chillido de horror porque efectivamente estaba al otro extremo del país. —No, no… —Iba a matar a la de la agencia de viajes. Por eso no había acudido el del coche privado porque tampoco quería hacer ese viaje. —Maldita sea.

Tiró de la dichosa maleta hasta uno de los mostradores y esperó la cola. Cuando llegó sonrió a la mujer que llevaba un traje azul con un bonito pañuelo rojo atado al cuello. —¿Hay vuelos a Perth?

Tecleó mirando la pantalla. —A las once de la noche tiene plaza. Antes no.

—Deme un billete.

—Solo queda en primera. —La miró de una manera que era obvio que creía que no podía pagarlo. Vale que llevaba sus viejos vaqueros y una camiseta de tirantes, pero esa daba muchas cosas por sentadas.

Forzó una sonrisa. —Pues mucho mejor si es en primera. —Sacó la tarjeta platino poniéndola sobre el mostrador.

Esta se sonrojó. —Enseguida. ¿Documentación, por favor?

Sacó su pasaporte del bolso y se lo tendió. —¿Hay algún hotel por aquí?

—Sí, aquí cerca tiene el Princeton.

—Genial. —Cogió la tarjeta y la metió en la cartera. Antes de darse cuenta ya tenía el billete delante. —Y…

—¿Quiere darse prisa?

Asombrada por su tono miró hacia atrás para ver a un tío enorme con cara de mala leche, pero lo que la dejó sin aliento fue sus increíbles ojos azules que cuando la miraron fijamente le pusieron el estómago del revés. Vaya con los australianos. —Tengo prisa —dijo cortante elevando una de sus cejas morenas.

—Ya he terminado.

—Genial.

Casi la aparta para llegar al mostrador. —Un billete a Perth.

—Lo siento señor, pero el último de hoy se lo he vendido a la señorita.

Ella aún le miraba embobada. Llevaba un traje gris carísimo y era evidente que era un hombre importante. Llevaba un maletín de piel marrón.

—Debe estar de broma, habrá más aviones.

—Pues hoy no, lo siento.

La miró fijamente. —Le compro el billete.

Levantó la vista hasta sus ojos sin entender una palabra. —¿Qué?

—Americana —dijo por lo bajo con desprecio—. Necesito llegar a Perth cuanto antes, es cuestión de vida o muerte. Necesito ese billete.

Se mordió el labio inferior. —¿Cuestión de vida o muerte?

—Se lo aseguro —dijo muy serio—. Le pagaré el doble.

—Tiene un vuelo mañana a las ocho de la mañana, señorita.

Miró de nuevo a aquel Adonis que la observaba impaciente. —El triple.

—No es necesario. —Se acercó al mostrador. —Es evidente que tiene mucha más prisa que yo.

Él pareció sorprendido. —¿Me lo cede?

—Sí, por supuesto. Yo puedo ir mañana.

Asintió sin darle las gracias lo que la hizo fruncir el ceño, pero no dijo nada mientras la chica cambiaba los billetes. Mientras él hablaba con la de la aerolínea ni escuchó lo que decía fijándose en sus labios. Qué suerte tenían las australianas de tener un espécimen así. Por coincidir de nuevo con él se quedaría en ese país para siempre. Cuando la chica terminó su trabajo, puso los billetes sobre el mostrador. —Aquí tienen.

—Gracias —dijo ella cogiendo el suyo. Se volvió con una sonrisa cuando vio que él se iba casi corriendo hacia la entrada del aeropuerto. Frunció el ceño molesta porque se había ido sin despedirse siquiera. Y lo que era peor sin pedirle el teléfono, pero no tenía teléfono así que era lo mismo.

Tiró de su maleta hacia la salida y al llegar a la acera le vio hablar con un hombre que estaba dentro de un cochazo negro a través de la puerta abierta. Debía ser importante porque el resto de las ventanillas tenían los cristales tintados. De la que pasaba hacia la parada de taxis le miró el trasero sin ningún disimulo porque al estar apoyado en el techo del vehículo tenía el culo en pompa y era una auténtica maravilla australiana. Tenía pinta de estar duro como una roca. Suspiró mirando al frente y soltó una risita. Puede que ese país le gustara. Ya empezaba a encontrarle atractivo.

Capítulo 3

Salió de la recogida de equipajes y vio a un montón de periodistas estirando el cuello buscando a alguien. Tiró de su maleta e intrigada se acercó a una chica que llevaba un micro en la mano. —Disculpa, ¿viene una estrella de cine? ¿Quién es? —preguntó ilusionada.

—Oh, no. Es una americana que ha heredado una fortuna australiana. Uno de los imperios ganaderos más importantes del país. —La miró de arriba abajo y chasqueó la lengua porque la descartó en el acto. —¿Vienes del avión de Sídney? Porque eres americana, ¿no?

Parpadeó sin saber qué decir —Oh, sí. Ya sé de quien hablas, la he visto entrar en el avión. En primera, ¿verdad? —La chica asintió. —Lleva un vestido verde de seda, tiene el cabello castaño y va cargada de joyones. Ah, y tiene un montón de maletas de Bonton.

—Vuitton.

—Eso. Tú espera aquí que no tardará en aparecer. —Sonrió como una niña buena y la chica correspondió a su sonrisa.

—Gracias.

—Qué pena, creía que venía Thor o alguien así. Bueno, me voy que mi abuelita me estará esperando.

La chica estiró el cuello como si le importara un pito y Carlota escurrió el bulto pasando entre los periodistas como si tal cosa. Cuando los dejó atrás gimió. ¿Quién había sido el capullo que había dicho que iba a llegar al país? Entrecerró los ojos porque solo lo sabía su abogado. No, Peter no la delataría. Entonces se detuvo en seco, ¿la estaban siguiendo? Miró tras ella y a un lado y al otro con desconfianza. El sonido de un claxon la sobresaltó volviéndose de golpe y suspiró del alivio al ver que era un taxista que por poco se había llevado por delante a… Dejó caer la mandíbula del asombro al ver al macizo del día anterior que acompañado de otros dos tipos

trajeados entraba en el aeropuerto con tal cara de cabreo que parecía que iba a montar una y muy gorda. Muerta de curiosidad volvió a entrar y vio como iba hacia los periodistas que se volvieron y corrieron hacia él como si fuera el mismísimo Thor. Carlota mirándoles de reojo se acercó a un puesto de café colocándose en la fila que esperaba. Vio como hacía declaraciones muy serio y se mordió el labio inferior. Si estaba hablando con ellos es que estaba relacionado con la herencia de alguna manera. De repente sonrió ilusionada. Seguro que la estaba poniendo verde. Que buena noticia, tarde o temprano le conocería. Mejor que no fuera allí que había demasiada gente. Una pareja necesita intimidad, eso le decía July en uno de sus múltiples consejos para conseguir un marido decente. Y ese tenía pinta de ser de lo más apto para cumplir esa función. Se mordió el labio inferior comiéndoselo con los ojos. Que perfil. Si parecía un dios griego. Bah, donde estuviera uno así que se quitara Thor y a todos los vengadores. Frunció el ceño. Igual tenía que dejar de ver películas de Marvel.

De repente todos los periodistas corrieron hacia la mujer vestida de verde que se había sentado durante el vuelo al otro lado del pasillo y esta sonrió superhalagada. Entonces él se acercó esquivando a los periodistas y tuvo que estirar el brazo sobre uno de ellos para ponerle de malos modos un papel ante la cara, aunque ni la veía siquiera. Esta confundida lo cogió mientras negaba con la cabeza. La expresión de sorpresa de él casi la hizo reír y contenta como unas castañuelas salió del aeropuerto. —Pobrecito, se ha llevado un chasco. Tendrás que compensarle.

El taxi se detuvo y distraída con el libro levantó la vista. Sonrió encantada porque al fin había llegado. El nombre de Bremhill estaba entrelazado entre los barrotes de la verja que había ante ellos y demostraba que aquella no era una casa como las demás. El taxista silbó. —Había oído hablar de este sitio, ¿sabe?

—¿No me diga? ¿Y qué había oído?

—Que están forrados. Y que dan becas y esas cosas.

Ella sonrió porque eso había sido idea suya. La parte de la empresa afincada en Australia proporcionaba becas a gente sin recursos y se había edificado un colegio para niños con necesidades especiales con asesoramiento gratuito para problemas de aprendizaje. Pensaba utilizar su dinero para ayudar en todo lo que pudiera.

—No abren —dijo el taxista—. Y no veo el timbre.

Frunció el ceño y no lo vio en ninguno de los laterales. Seguramente con los móviles ahora no eran necesario, pero ella no tenía móvil. Bueno, ya buscaría la manera de entrar. —Me quedo aquí.

—¿Está segura? Mire que es una hora y media de coche hasta Perth y si no le abren…

—Me abrirán. —Le entregó los dólares australianos que tenía. —Gracias por el viaje.

—Pero esto es el doble de lo que me debe —dijo sorprendido.

—Compre algo bonito para sus hijos, ¿quiere? —Le guiñó un ojo y abrió la puerta. Uff, qué calor. Se estiró llevándose la mano a los riñones y el chófer sacó la maleta. A toda prisa se la puso a su lado. —¿Siempre hace tanto calor?

—En esta época sí. ¿Seguro que no quiere que me quede? No me importa.

—No, tranquilo. No hay problema. —Cogió su maleta y sonrió tirando de ella hacia la verja. —Adiós.

—Buena suerte, señorita. Y gracias.

Juró por lo bajo tirando de la maleta sobre el camino de polvo rojo porque las ruedas no giraban y cuando llegó a la verja se volvió despidiéndose con la mano del taxista, que salía a la carretera dando marcha atrás. Cuando el coche desapareció suspiró antes de volverse y al empujar la verja gruñó porque estaba cerrada. Miró a su alrededor. Tenía que haber una manera de llamar a la casa. Cómo lo hacía el cartero, ¿eh? O el repartidor de lo que fuera. Estiró el cuello hacia la carretera y fue por el camino de la entrada hasta la calzada. No pasaba un alma. Miró hacia su izquierda. Entonces frunció el ceño porque el muro apenas tenía dos metros y después había una valla blanca. Levantó una ceja porque la valla no tenía fin.

Al mirar hacia el otro lado pasaba exactamente lo mismo. ¿Cuánto le había dicho el abogado que medían sus tierras? Mucho, evidentemente. Y ella que no tenía ni idea de ganado, menos mal que había un capataz que era un portento de hombre y que llevaba aquello como un reloj. Suspiró. Quizás tenía que haberse presentado allí antes, pero cuando había conocido a su abogado le había dicho que hasta que no formalizara todo lo de la herencia era mejor no crear conflictos. Además, sus hijos acababan de enterrar allí a su madre y era mejor comunicárselo cuando regresaran a Nueva York. Después se había congelado la herencia y había llegado el juicio. Eso sin contar los viajes alrededor del mundo, claro. En total un año, pero ahora había llegado el momento de hacer acto de presencia. Además, se moría por conocer la casa que July tanto había adorado.

Ni corta ni perezosa fue hasta su maleta porque no pensaba dejarla allí ni loca y tiró de ella hasta la valla. La empujó con esfuerzo entre las tablas haciéndola caer en el interior de la finca. Se agachó y cuando llegó al otro lado un coche pasó a toda prisa frenando en seco ante la entrada. Sacó la cabeza viendo el culo del cochazo. —¡Espera, espera! —Corrió hacia él para ver que la verja ya estaba casi abierta y el coche aceleraba a toda pastilla cubriéndola de polvo rojo. Tosiendo vio como la verja se cerraba de nuevo y cuando se cerró del todo el coche ya estaba muy lejos. —Mierda. Creo que vas a tener que caminar mucho, Carlota.

Exasperada regresó a la carretera y se metió por la valla para coger su maleta. —Bueno, puedes hacerlo. Has subido parte del Himalaya, puedes con esto.

Una hora después sudaba a mares. Su larga melena castaña estaba pegada a su espalda y lo que era peor su piel se estaba poniendo de un color rojo que daba miedo. —Estás en Australia, necesitas crema solar a kilos. —Tiró la maleta a un lado y abrió el bolso que tenía en bandolera para sacar la botellita de agua. Genial, vacía. Gruñó metiéndola de nuevo y buscó una goma para el pelo. Iba a llegar hecha unos zorros. Eso si llegaba, que aquel camino parecía que no tenía fin. ¿Dónde tenía la goma? Se la había quitado

en el coche porque le molestaba con el reposacabezas y… —Mierda, la tiraste a un lado. Seguro que te la dejaste allí. —Tomó aire profundamente intentando calmarse y miró al frente cuando escuchó el sonido del motor de un coche. Se volvió de golpe para ver una vieja ranchera acercándose a ella y chilló de la alegría moviendo los brazos de un lado a otro como si fuera imposible de ver cuando estaba justo delante. —¡Pare, pare!

La ranchera se detuvo y sonrió al anciano con sombrero que estaba dentro. Corrió hacia la ventanilla del pasajero. —Hola.

—Sabes que esto es propiedad privada, ¿no? —preguntó mirándola con los ojos entrecerrados profundizando las arrugas que marcaban su rostro.

—Sí, la verja me lo dejó muy claro.

—No puedes pasar. ¿Eres periodista? —preguntó molesto.

—¿Los periodistas vienen con maletas?

—Vienen con un montón de cosas. El otro día se coló uno que llevaba micros y esas cosas. ¡Lo traía en un maletín! ¿Qué traes en la maleta?

Carlota dejó caer la mandíbula del asombro por el descaro que tenía esa gente. —Mi ropa. ¿Quiere verla?

—¿Y para qué traes ropa?

Aquella conversación empezó a hacerle gracia. —Para quedarme.

—No puedes quedarte, niña. ¿Crees que somos un hotel o algo así?

Sonrió. —Seguro que pueden hacerme un hueco.

—Claro que no —dijo cabreado.

—¿La casa no es grande?

—La más grande de la zona, pero no acogemos a todo el que pasa ¡Esto sería un descontrol!

Reprimió la risa. —¿Y la hospitalidad australiana?

—¿La qué?

—¿No son hospitalarios?

—Los más hospitalarios de esta gran tierra, pero hay que poner límites, niña. Así que no.

—Insisto en…

—¡No me insistas más, leche!

Ya no lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas. El hombre la miró confundido y metió el brazo por la ventanilla para alargar la mano. —Carlota Gayton.

El hombre no pudo ocultar su sorpresa. —Hostia, la jefa.

—La misma.

—¡Pero si eres una cría! —gritó espantado.

—Tengo ya veinticuatro. ¿Y usted es…?

—Harry Steinberg. —Le estrechó la mano y esta sonrió porque su piel era dura. Era evidente que no le tenía miedo al trabajo. Le gustó de inmediato. —Mucho gusto.

—¿Ya no me echas?

Se sonrojó. —Jefa, hago mi trabajo.

—¿Y ese trabajo es? —preguntó haciéndose la tonta.

—Capataz.

—Oh… Un puesto importante. Debe llevar aquí mucho tiempo.

—Toda mi vida. Nací en el rancho.

Ella sonrió de oreja a oreja. —Qué interesante. Voy a por la maleta y me sigues contando.

—La ay…

Carlota corrió hacia la maleta antes de que pudiera abrir la puerta siquiera y en un visto y no visto la tiró a la caja trasera de la ranchera. —Listo. —Se subió a su lado encantada. —Qué calor.

—Le ha dado un poquito el sol —dijo algo incómodo.

—Sí, debo salir con sombrero.

—Tiene la piel muy clara. Aquí hay que tener cuidado con los rayos solares y eso.

—Es que intenté llamar a la casa, pero no había timbre. Eso hay que solucionarlo.

—¿Un timbre con un cable de veinte kilómetros?

Le miró sin disimular su sorpresa. —¿Veinte kilómetros hasta la casa? Vaya, esto es enorme. ¿Y cómo se abre la verja?

—Energía solar.

—¿Y cómo entran los del correo?

El hombre sonrió como si le hiciera gracia su pregunta —Aquí no viene el del correo, señorita.

—Carlota.

—Carlota. Lo dejan la oficina de correos y lo recoge uno de los chicos cada dos días.

—Vaya… ¿Y aquí solo está la casa?

—Claro que no. La casa está en el extremo oeste y en el resto está la ganadería con todas las instalaciones necesarias. Mi primo lo quiso así. Allí tienen también entrada propia para no tener que recorrer las siete mil hectáreas de rancho.

—Entiendo. Así que la finca está dividida en dos partes. La privada y la comercial.

—Exacto. Todo lo que ve a su alrededor forma parte de los pastos para las reses. Pero estos se usan poco. Ahora la manada está en el norte que tienen más verde en esta época del año.

—Ha dicho su primo. ¿Su primo era Jason Bremhill? —Él asintió. —Siento su pérdida. Las dos, porque supongo que apreciaba a July.

—Mucho. Una mujer como ya no quedan —dijo emocionado aunque intentaba disimularlo.

—Lo siento mucho.

La miró de reojo. —No vino al funeral.

—Cuando murió no tenía dinero para venir y cuando lo conseguí mi abogado me aconsejó que no viniera para no crear más conflictos.

—Al parecer ganó el juicio allí.

—Sí, legalmente todo es mío como ella quería.

—A Jason eso no le hubiera gustado —dijo molesto—. Estas tierras llevan en la familia Bremhill siete generaciones.

—Pues una Bremhill me las dio a mí.

—¿Y le parece bien?

—No me parece ni bien ni mal. Respeto sus deseos. Igual los demás deberían hacer lo mismo.

—Sus hijos…

Eso la mosqueó. —¿Hijos? ¿Esos que la metieron en una residencia en cuanto llegó a Nueva York y que no se ocupaban de ella? No me dan ninguna pena, se lo aseguro. Aunque intentaba ocultarlo la oí llorar por ellos muchas veces. ¿Sabes que ni vinieron a su último cumpleaños? Solo les interesaba una cosa de los Bremhill que era su dinero, pues ahora solo se quedarán con su apellido. Que

se busquen la vida. Al principio estuve a punto de repartir con ellos hasta que Molly me arreó un puñetazo ante mi abogado llamándome de todo. Me tuvieron que operar la nariz y ni se disculpó. No son buena gente y no sé cómo pueden ser hijos de July con lo buena que era.

El hombre apretó los labios. —También fue culpa suya. Quería una buena educación para ellos y prácticamente se criaron en colegios fuera de casa. Cuando cumplieron dieciocho era evidente para todos que no volverían por aquí. Estudiaron la carrera en los Estados Unidos y se negaban a encerrarse en el rancho.

—Les dieron lo mejor de lo mejor toda su vida, son unos desagradecidos. Y no es culpa de July, he visto como les llamaba cada día para saber de ellos y como cada vez que preguntaba si la visitarían le daban largas. Por Dios, si Manhattan es una isla, no es que tuvieran que recorrer miles de kilómetros para verla —dijo con rabia porque ella hubiera dado cualquier cosa por tener a July el resto de su vida.

Se quedaron en silencio y ella le miró de reojo. —No te apellidas Bremhill.

—Mi madre era una Bremhill, pero perdió el apellido al casarse. Soy o era primo carnal de Jason.

—¿Hay mucha familia por aquí cerca? —preguntó ilusionada.

Él carraspeó incómodo. —Sí, niña. Te vas a hartar de conocer Bremhill.

Perdió la sonrisa. —¿Qué pasa? No me van a tragar, ¿no? Soy la usurpadora de la herencia y me verán como el anticristo.

—Algo así. —Sonrió divertido. —Exactamente así.

—Si algo me enseñó July en el tiempo que la conocí, es que no tengo que dejar que los demás me hundan. Y no pienso hacerlo. Si no me aceptan aquí igual los que deberían irse son ellos.

Harry apretó el volante antes de carraspear. —No vayas por ahí…

—¿Por qué? Ellos me han juzgado antes de conocerme.

—¿Te das cuenta de que todo lo que ves a tu alrededor se ha conseguido con el sudor, las lágrimas y la sangre de los Bremhill? Todos hemos aportado algo, aunque las escrituras fueran a nombre de Jason. Todos nos hemos dejado la piel por estas tierras. Este es

un trabajo duro, ¿sabes? Mi padre murió aquí pisoteado por una manada. —Le miró sorprendida. —Aunque esto no nos pertenezca, sentimos esta tierra rojiza como la sangre que fluye por nuestras venas. Mis hijos han nacido aquí. Puede que no sea nuestro, pero sentimos que lo es.

Entendía su punto de vista. —Yo no pretendo echaros.

—¿No? —La miró irónico. —Cuando te hagan una oferta, dirás que sí sin dudar para volver a Nueva York.

—No, lo he prometido. Bremhill no sé venderá mientras yo viva.

Ahora el sorprendido fue él. —¿Qué?

Miró al frente. —Ella quería que viviera aquí, ¿sabes? Y está enterrada aquí, pienso respetar sus deseos. ¿Su tumba está muy lejos de la casa?

—En el cementerio familiar que hay a un kilómetro al norte del rancho.

—Me gustaría ir —susurró.

—¿Ahora?

—¿Puede ser?

La miró como si la estuviera evaluando antes de asentir. Carlota sonrió. —Tengo mil cosas que contarle.

Entonces vieron la casa y aunque había visto fotos se quedó impresionada por la enorme casa de dos plantas pintada de blanco. —¡Pero si es gigantesca!

—Siempre hemos sido muchos de familia.

Le miró. —¿Cómo muchos? ¿La familia vive aquí?

—Claro.

Leche, ¿por qué nadie la había informado de eso? —¿Cuántos viven en la casa?

—Ahora somos muchos menos. ¿En total? ¿Unos quince? Depende de si mis nietos o mi sobrina vienen de la ciudad el fin de semana o si alguien está de visita…

No pudo disimular su sorpresa y Harry sonrió. —Los Bremhill somos una gran familia. En total somos unos doscientos por la zona.

Se le cortó el aliento. Una gran familia. Eso es lo que ella le había dado, la familia que nunca había tenido. Pero había cosas que no entendía. —¿Ella vivió ahí?

—Claro que sí. Hay dos alas en la casa. Mi primo Jason vivía en el ala oeste con sus padres, conmigo y mi familia. El resto vivía en la este. Como mis hermanos con sus familias. Allí también vivían mis padres y dos de mis tíos. El paso de los años ha provocado que algunos se cambien de habitación al haber fallecimientos, pero en lo básico sigue igual. Ahora la ocupamos la familia Steinberg básicamente. El único Bremhill que vive aquí es un hijo de una prima de Jason que se crió con nosotros después del fallecimiento de su madre.

—July dijo que después de trabajar en Nueva York, después de ser independiente, aquí se sentía agobiada —dijo para sí—. No lo entiendo si había tanta gente.

Harry la miró de reojo. —Para ella fue un cambio muy drástico llegar aquí. Muchas veces creímos que no lo conseguirían, pero terminó amoldándose y amando estas tierras.

—Se amaban, ¿verdad?

Harry sonrió. —Más que a nada. Creí que cuando Jason murió ella iría detrás porque no levantaba cabeza. —Apretó los labios. —Yo fui uno de los que la convencí para que fuera a los Estados Unidos. —Juró por lo bajo golpeando el volante. —Maldita sea, ¿por qué tuve que convencerla?

—Creíste que era lo mejor.

—¡No me llamó para contarme lo que ocurría! ¡Tenía que haberme llamado! ¡Tenía que habérselo dicho a alguno de nosotros! —gritó furioso—. ¡Cuando hablaba con ella, que era cada maldita semana, me decía que todo estaba bien! ¡Que estaba viviendo con Molly!

—Creo que le avergonzaba su situación.

—Era muy orgullosa. —Sonrió irónico. —Pero se vengó. —Se echó a reír a carcajadas. —Vaya si se vengó. La cara que debieron poner cuando se enteraron.

—Se lo comunicaron cuando regresaron a Nueva York. Yo no estaba presente pero sí mi abogado y a Molly le dio un ataque de nervios gritando que tenía que pagar su Lamborghini o algo así. —Entonces Harry rio por lo bajo. —Steven quiso pegar a mi abogado y al albacea del testamento. Le agarró Laurence, pero entonces

empezaron a echarse la culpa el uno al otro y se dieron de leches hasta que Steven cayó noqueado. Molly gritaba que le había matado y tuvo que ir la policía para sacarlos del despacho del abogado. De la que se iban gritaban que me demandarían por influir en una anciana y mil cosas más que es mejor no repetir.

Pasaron ante la casa y sonrió por la niña de rizos rubios que estaba sentada en el porche con dos muñecas en las manos. —Esa es Betty, mi nieta pequeña.

—Es preciosa. ¿Cuántos nietos tienes?

—Siete. Pero aquí solo viven los dos pequeños y mi nieto mayor. Mis hijos se mudaron a su propia casa hace unos años. Aunque había espacio en el rancho querían intimidad y lo entiendo porque a veces esto es una casa de locos. Mi nieto mayor, Donovan, vive aquí porque su madre ahora está algo pachucha y su padre con el trabajo no puede con todo. Y mi hija pequeña se divorció hace dos meses, así que se ha traído a los niños.

—¿Lo lleva mal?

—Ese cabrón le ha partido el corazón tantas veces que he perdido la cuenta. Si pudiera le pegaría un tiro.

—Lo siento mucho.

—Bah, no me gustó nunca. Le dije a Sophia que no era adecuado, pero se empeñó. Era uno de nuestros vaqueros y sabía que nos tenía envidia por ser quienes somos. Aún eran novios cuando en una barbacoa le escuché burlarse de los Bremhill y de cómo presumían del dinero que tenían. La manera en que se lo dijo me puso los pelos de punta y le dije que dejara su relación, pero se negó en redondo. Estaba enamorada y no veía más allá.

—Se casó por ella por quien era y la humillaba precisamente por eso.

Él asintió. —Exactamente. Ese matrimonio fue una tortura de principio a fin y no solo la humillaba en privado, después de la boda también lo hacía en público. Paseaba a sus amantes por el pueblo y lo sabía todo el mundo.

—¿Y cuál fue el detonante para que se fuera?

Apretó el volante con rabia. —Le pegó una bofetada a la salida de la iglesia. Estaban ya dentro del coche, pero les vio el hijo de la

prima de Jason, ese que he dicho que vive con nosotros. En ese momento pasaba por allí, sacó del coche a ese cabrón y le pegó una paliza que le envió al hospital. Si mi Sophia ha vuelto a casa es porque tiene miedo de su reacción cuando salga.

Mirando su perfil sintió su miedo a que su hija le pasara algo. —No le ocurrirá nada. Cuidaremos de ella.

Harry la miró sorprendido. —No sabes lo abducida que está por ese cabrón.

—Habrá que hacerle ver la realidad. —Apretó su antebrazo dándole ánimos. —No te preocupes más. Todo irá bien e intentaremos que sea feliz. Y puede ser muy feliz, te lo aseguro.

Él detuvo la ranchera y se la quedó mirando pensativo. Carlota sonrió. —Irá bien. Haremos que vaya bien, ya verás.

—Tengo la sensación de que has pasado por una situación parecida.

—Algo así. —Hizo una mueca y miró al frente para ver la valla blanca que rodeaba el bonito cementerio. Había lápidas muy antiguas en esa parte del cementerio y al fondo vio un panteón con un ángel en la cornisa. —¿De quién es aquella?

—¿El panteón? —Ella asintió. —De nuestro tío, era el primogénito. Murió con siete años por una picadura de serpiente y aquello fue una verdadera tragedia en la familia. Les costó mucho superarlo. —Se quedó mirando el panteón. —Mi madre no le conoció, nació después, pero decía que la abuela siempre tuvo la pena dentro por no haber podido salvarle. Se llamaba Richard.

—Un niño tan pequeño… Sus padres debieron sufrir muchísimo.

—Fue tal su dolor que la abuela se empeñó en hacer ese panteón para que su cuerpo no descansara en el suelo. —Apretó los labios. —Se ponía como loca cuando pensaba que a su hijo le podía morder algo. —Miró a su alrededor. —Pero en esta tierra nadie está libre de eso. —Se volvió hacia ella. —Recuerda llevar siempre botas altas.

Sonrió con tristeza. —Gracias, lo tendré en cuenta. —No queriendo que siguiera recordando momentos tan dolorosos abrió la puerta y salió de un salto. Él también se bajó y la siguió mientras se dirigía a la valla. —Está al fondo, supongo.

—Al lado de mi primo.

Asintió y caminó entre las tumbas. Por respeto no dijo nada mientras iba hacia el fondo del cementerio. Las flores recientes le mostraron sus tumbas y sonrió acercándose a toda prisa hasta la que tenía labrada el nombre de July que efectivamente estaba al lado de su amado esposo. —Hola, abuela. —Él la miró sorprendido mientras se sentaba ante la piedra de mármol que estaba en su tumba. —¿Me has echado de menos? —Acarició sus letras de la lápida que estaba frente a ella. —Yo a ti muchísimo. —Emocionada susurró —Siempre dándome sorpresas, eso no sé hace. ¿Cómo se te ocurre morirte sin dar una señal? Otros tienen achaques y tú te mueres de golpe. ¿Y ahora qué? ¿Eh? Mira en la que me has metido. Menudo año he pasado. —Abrió los ojos como platos. —Tuve que ir al juzgado y la burra de tu hija me rompió la nariz. —Se acercó más para susurrar —Tenías razón, es una bruja. —Movió la nariz de un lado a otro. —Yo creo que no ha quedado igual. ¿Qué opinas?

Harry sonrió. —Niña no va a responderte.

—Claro que sí. Me envía señales.

—¿No me digas? —preguntó divertido cruzándose de brazos.

Limpió la lápida por arriba para quitarle unas ramitas y sonrió con cariño. —Ella guía mis pasos y sé que me protege.

—Pues en el puñetazo no te ayudó mucho.

—Nos tomó por sorpresa, ¿verdad July?

—La has llamado abuela.

Soltó una risita y volvió la cabeza hacia él. —Me obligó a hacerlo. Si no la llamaba abuela le diría a mi supervisora que quería envenenarla. —Le guiñó un ojo. —Era una Bremhill siempre os salís con la vuestra.

Él rio por lo bajo asintiendo. —Eso es cierto.

Suspiró mirando la lápida mientras se levantaba. —Mañana vuelvo y hablamos de todo lo que he hecho en este tiempo. Seguro que ya lo sabes, pero por si te has perdido algo ahí arriba no omitiré nada como a ti te gusta. —Pasó la mano por su nombre y sus ojos se empañaron. —Ahora ya estamos juntas de nuevo y tengo mil historias que contarte. Esta vez no son ficción como esos libros que te leía, ¿sabes? He vivido mucho como tú querías. He visitado todos los países que soñaba y hasta he empezado a estudiar a distancia la

carrera de la que hablamos. Gracias por cumplir mis sueños. Pero tendré que contártelo después de dormir un poco porque menudo viajecito. Ni ayer pude dormir con el dichoso jet lag. —Rio por lo bajo. —¿El fin del mundo? Te quedaste corta, guapa.

Harry vio como intentaba disimular las lágrimas. —Vendré mañana, ¿vale? —Miró bien la tumba. —Y traeré una escoba para limpiaros en condiciones. Así hago algo mientras estoy aquí que tanto dinero me ha vuelto una vaga. Ahora no pego palo al agua —dijo yendo hacia él—. Ser rica te vuelve perezoso y eso no puede ser. Te quiero.

Se iba a alejar, pero de repente se detuvo en seco y apretó los puños con fuerza antes de volverse hacia la tumba. Una lágrima recorrió su mejilla.

—¿Qué ocurre, niña?

—Es duro no oír su respuesta —susurró sin dejar de mirarla.

—No sigas haciendo esto. —Preocupado la cogió por el brazo. —No es bueno para ti, debes dejarla ir.

Se volvió para caminar por el sendero. —¿Entonces qué me quedaría?

Sin comprender la siguió pensativo. Antes de que se diera cuenta estaba sentada de nuevo en su ranchera y le sonrió a través de la ventanilla abierta. —Cuéntame más, Harry. ¿Quién más vive en la casa? ¿Quién va a querer tirarme de los pelos?

Capítulo 4

Menuda bienvenida, pensó sentada aún en la ranchera viendo a un montón de gente en el porche mirándola con cara de pocos amigos. Bueno, Roma no sé hizo en una hora. Debía tener paciencia. Sonrió bajándose del vehículo y dio un portazo. —Vaya, tu familia acude al rescate, Harry.

Este carraspeó mientras rodeaba el vehículo y cuando se puso a su lado siseó —¿Cómo se habrán enterado de que venías?

—Nos habrá visto tu nieta y se ha chivado. —Se encogió de hombros porque en realidad daba igual. Se acercó a la escalera, pero no se movían de los peldaños como si quisieran impedirle la entrada. Le pareció divertido. Miró a una morena que tenía frente a ella. —¿Tú eres Stephanie? La ahijada de July. —La chica la miró sorprendida. —Eres nieta de Rose. —Miró a los presentes y sonrió a la hermana de Harry. —Ahí estás. Hola Rose.

—¿Les conoces? —preguntó Harry sorprendido antes de echarse a reír—. Serás bribona, parecía que no tenías ni idea de lo que te ibas a encontrar.

—July me enseñó fotos que le enviasteis del cumpleaños de Gregory, así que no os conozco a todos, lo siento.

—Y por tu expresión cuando te lo dije antes no sabías que vivíamos aquí, ¿verdad?

—No, di por supuesto que la casa estaba casi vacía y el abogado no me dijo nada de esto. —Sonrió a los presentes. —Pero está muy bien que la familia esté unida. Me han contado mil historias. July os adoraba.

Nada, ni una sonrisa. Chasqueó la lengua antes de mirar a Stephanie. —¿Me dejas pasar?

—¿Sabes de nosotros y no sabías que vivíamos aquí? —preguntó con desprecio como si no se creyera una palabra.

—July debió creer que lo había entendido —dijo sin intimidarse demostrando todo lo que su amiga la había cambiado—. Ahora déjame pasar, estoy agotada y quiero entrar en mi casa.

Stephanie apretó los labios antes de mirar a Harry que estaba tras ella. Este debió hacerle un gesto para que se apartara porque le echó una mirada de odio antes de bajar el escalón. —Pero tío, Rizz me ha dicho que no la dejemos pasar.

—Es su casa, estarías infringiendo la ley, ya os lo he dicho mil veces. Rose, encárgate de enseñarle la habitación de Jason y de llevarle algo de comer. Ah, y busca el ungüento para la piel.

Carlota sonrió a Rose que entró en la casa mirándola de reojo como Gregory. Su marido les observaba como si temiera que les echara a todos a patadas. —La verdad es que lo primero que necesito es beber. Me muero por un vaso de agua.

—Qué pena que eso no sea verdad —dijo un chaval con rencor.

Miró sus ojos verdes. —¿Deseas mi muerte, Donovan?

Este se sonrojó y Harry se acercó a él cogiéndole por la oreja y haciéndole gemir. —No, claro que no, ¿verdad Donovan? —preguntó su capataz entre dientes como si quisiera pegarle cuatro gritos.

—No, claro —dijo el adolescente.

Sonrió. —Me gusta. Chico listo.

—No lo sabes bien, niña.

Rio entrando en la casa y casi se choca con Mary, la esposa de Harry, que le llevaba un buen vaso de agua. Gimió de gusto. —Gracias. —Bebió sedienta sin importarle mancharse la camiseta que ya estaba hecha una pena, por cierto. Cuando se lo bebió todo se lo tendió a Rose con una gran sonrisa en el rostro porque era evidente que quería cogerlo como si pensara que lo iba a robar o algo así. —¿Os ocupáis de todos?

—Hacemos lo que podemos como todos por aquí —dijo de manera cortante—. Su habitación está por aquí.

—Tutéame, por favor.

—Soy una empleada, así que debo hablarle de usted —dijo demostrando que no era de la familia y que para ella nunca lo sería —. Por aquí.

Carlota levantó una ceja viéndola ir hacia la escalera. Miró hacia atrás y Harry carraspeó. —Mi hermana tiene demasiado carácter.

—El que a ti te falta —dijo la aludida desde arriba—. ¿Vamos o me pongo a hacer la merienda?

¿Merienda? Pero si eran las dos de la tarde. Era evidente que ponía límites o allí todos se pondrían chulos. Recordó la actitud que solía tener July y se preguntó si alguna vez tuvo que poner los puntos sobre las íes en aquella casa. Seguramente sí porque allí había demasiada gente que era de la familia, pero solo había una señora de la casa. Sin perder la sonrisa se acercó a la escalera. —Rose, no soy de llevarme mal con nadie y para que eso no pase que no se te olvide que aquí la dueña soy yo, que yo doy las órdenes. No toleraré esa actitud déspota en nadie y mucho menos dirigiéndose a mí, ¿me has entendido?

Rose enderezó la espalda. —Sí, señora.

Sonrió. —Ahora me disculparé por haber llegado sin avisar, pero es que me temía una avalancha de gente bloqueando la puerta. —Rio por lo bajo y uno de los niños también rio recibiendo un codazo de su hermano. Le parecía que eran los nietos del hermano de Harry, Oliver, que por lo que veía no estaba por allí. Al recordarle preguntó —Harry, ¿y tu hermano? —Miró a un lado y al otro.

Harry apretó los labios y vio en su rostro una preocupación que la tensó. —Está en la cama. Ha tenido una caída del caballo esta mañana y no sé encuentra bien. Precisamente venía a verle cuando te encontré, niña.

Por la cara que tenía no parecía una simple caída. Además ya eran mayores. Harry debía ser de la quinta de July y ella tenía setenta y dos años cuando falleció. No tenían edad para caerse del caballo. Por Dios, no tenían edad ni para subirse a uno. —¿Ha ido al médico?

—Dice que no quiere ir —dijo Sara que era la nieta mayor de Oliver. A esa la reconoció de inmediato por su largo cabello rubio. Lo que le preocupó fue como dijo que no quería ir al médico. Como si no tuviera importancia. Levantó una ceja esperando una explicación que no tardó en llegar. —Mi padre ha dicho que no es nada. Es mayor y ha sido un golpe.

—¿Y tu padre es médico? Porque tengo entendido que arrea reses. —Subió los escalones dejando a la chica con la palabra en la boca.

—Eh, ¿a dónde vas?

—A verle.

Sara subió corriendo. —Estará durmiendo, no le molestes.

Fue hacia la derecha y ellas la siguieron. —¿Qué puerta es? ¿O queréis que las abra todas?

—Es la del fondo —dijo Harry desde abajo.

—¿Quieres callarte? —gritó Rose.

—Rose, delante de mí ni se te ocurra volver a hablar así a nadie, ¿me has entendido?

La miró atónita antes de entrecerrar los ojos y entrar en una de las habitaciones cerrando de un portazo.

Sara sonrió maliciosa. —Te acabas de quedar sin ama de llaves. A ver cómo te las arreglas.

—Pues entonces tendrás que aportar algo a la casa, ya que te pasas todo el día dando paseos a caballo como si fueras la dueña de la finca. Eso si quieres seguir cobrando tu sueldo, por supuesto. Sino ya sabes dónde está la puerta.

—¡No puedes echarnos de nuestra casa! ¡Tenemos derechos!

—¿Si? —Dio un paso hacia ella. —¿Y qué derechos son esos?

—¡Algo del arraigo familiar y no sé qué más! ¡Ya verás cuando llegue Rizz, él te lo va a dejar muy clarito!

No tenía ni idea de quien era ese, pero no la intimidaba en absoluto. Debía ser otro de esos abogados pesados que nunca conseguían nada excepto marearla. —Estoy deseando conocerle. —Se volvió y fue hasta la puerta del fondo. Se acercó a escuchar y abrió la puerta muy despacio.

—Deja a mi abuelo en paz —susurró Sara con rabia.

Sin hacerle caso entró en la habitación porque el hombre estaba de costado dándole la espalda. Era evidente que estaba dormido porque no las había oído entrar. Se acercó a Oliver y vio el morado en su mejilla. Un morado muy feo que le cubría la mitad del rostro. Frunció el ceño y susurró —¿Oliver? Soy Carlota Gayton, venía a presentarme. —No reaccionó lo que la puso en guardia porque

dadas las circunstancias su nombre le habría llamado la atención y por instinto la hubiera mirado. —¿Oliver?

—Está dormido, déjale en paz.

Sin cortarse cogió su muñeca y cuando no sé despertó se concentró en sentir su pulso. Era realmente débil. —Mierda. ¿Oliver? —preguntó más alto—. Venga amigo, hora de despertar. —Le puso boca arriba con habilidad y le tocó el pulso de la carótida. —Sara llama a una ambulancia.

La chica palideció. —¿Qué dices? Hace una hora…

—¿Ha vomitado? ¿Estaba cansado y solo quería dormir?

La chica asintió. —Le dolía la cabeza. Pero estaba bien, no sé ha roto nada.

—¡No pierdas el tiempo! —Levantó uno de sus párpados. —¡No está dormido, está desmayado!

Sara salió corriendo. —¡Mamá! ¡Al abuelo le pasa algo!

—Vamos Oliver no me hagas esto, es mi primer día. —Impotente se llevó las manos a la cabeza.

Harry entró en ese momento. —¿Qué ocurre? —Asustado se acercó. —¿Hermano? —Subió por el otro lado de la cama. —¡Oliver despierta!

—Creo que tiene un hematoma subdural.

—¿Eso es grave?

—Sí, muy grave. Tenía que haber ido al hospital después de la caída. El tiempo apremia. —Intentó pensar rápidamente. —Tenéis un helicóptero, ¿verdad? July me dijo que sí.

—Para arrear grandes manadas y vigilarlas desde el aire.

—Hay que llevarle al hospital cuanto antes, si esperamos a la ambulancia puede que sea tarde.

—Rizz se lo ha llevado a Perth. —Angustiado miró a su hermano. —¿No puedes hacer nada? Parece que sabes de estas cosas.

—Necesita que le alivien la presión del cráneo y yo no tengo la preparación necesaria.

Alguien entró en la habitación y se volvió para ver a Stephanie con un teléfono inalámbrico en la mano. —Quieren hablar contigo.

Lo cogió de inmediato. —Sí, el paciente no reacciona. Le dolía la cabeza, somnolencia y vómitos previos a la pérdida de consciencia.

Tiene un hematoma en el rostro que le cubre casi toda la parte derecha.

—¿Tensión?

—No tengo tensiómetro, pero tiene el pulso muy débil. No sé si tiene una hemorragia interna aparte del golpe en la cabeza.

—No hay helicópteros disponibles en este momento. La ambulancia más cercana está con un infartado. La que pudiera enviar desde aquí tardaría hora y media en ir y volver al hospital más cercano.

—¡No aguantará una hora y media! ¡Hace una hora estaba consciente y ahora no responde! ¡Tienen que hacer algo!

La escuchó teclear. —La ambulancia está en camino, pero…

Colgó el teléfono y dijo —¿Cuál es el número de información?

Stephanie muy nerviosa cogió el teléfono y se lo marcó. Carlota se puso el teléfono al oído. —Póngame con la empresa de helicópteros más cercana al rancho Bremhill. Por favor, dese prisa. —Se llevó la mano a la frente y al mirar hacia la puerta vio allí a media familia observando preocupados, incluida Rose que miraba a su hermano angustiada. —¿Si? Envíeme un helicóptero al rancho Bremhill, tengo un herido grave. —Escuchó lo que le decía. —¡Pagaré lo que sea! ¡Envíemelo! —Entrecerró los ojos. —¡Oiga, como no me envíe ahora mismo uno de esos chismes, pondré todos mis malditos recursos en convertir sus juguetes en chatarra! ¿Me ha entendido? —Levantó una ceja. —¿Diez minutos? Le aconsejo que no se retrase. —Tiró el teléfono a un lado. —Buscar una tabla ancha para no moverle demasiado. No sé si tiene otros problemas y no debemos empeorarlo.

Donovan y otro chico que no conocía salieron corriendo. Rose entró en la habitación y ella sonrió. —Tranquilos, igual estoy siendo muy dramática, pero más vale prevenir que lamentar. Harry no podrán ir en el helicóptero no habrá sitio para todos.

—Iré por el coche —dijo Stephanie antes de salir de la habitación corriendo.

Uno de los chicos entró en la habitación con una tabla de surf. —¿Esto vale?

—Perfecta. —Apartó las sábanas de un tirón y Harry la ayudó apartándose lo más rápido que pudo. Carlota cogió la tabla y la puso sobre la cama al lado de Oliver. —Vamos a colocarle lo más recto posible, ¿de acuerdo? Chicos agarrar los tobillos. Tú y yo por las axilas. —Cuando todos estuvieron preparados dijo —¡Uno, dos y tres! —Le trasladaron a la tabla que afortunadamente era lo bastante ancha. —Vamos a bajarle.

—Nosotros podemos —dijeron los chicos.

—No, vosotros agarraréis la parte de abajo y nosotros la de atrás. No quiero que haya más caídas.

—Haced lo que dice —dijo Rose.

—Venga, a la de tres. —Atentos a sus órdenes le elevaron cuando dijo —Despacio y mantenerlo lo más recto que podáis.

Caminaron hacia la puerta y recorrieron el pasillo mientras todos les observaban quitando del medio cualquier mueble que les pudiera molestar. Al llevar a la escalera los chicos lo hicieron genial elevando los pies. —Eso es, lo hacéis muy bien. —Llegar al hall fue un alivio porque al no ir agarrado temía por Oliver. Le sacaron al porche y bajaron los escalones. Miró el despejado cielo y juró por lo bajo.

—¿Y si no vienen? —preguntó Rose muy nerviosa.

—Vendrán —dijo con seguridad, aunque no las tenía todas consigo porque el que le había cogido el teléfono era un idiota.

Fueron unos minutos de tensión, pero los niños vieron el helicóptero antes de escucharle. Fue un alivio enorme y cuando el aparato aterrizó ante ellos gritó —¡Acercaros con las cabezas agachadas!

El piloto bajó para abrir la puerta y temió que la tabla no entrara, pero con su ayuda consiguieron colocarle en el suelo. Se subió con él. —¡Harry ven conmigo!

Este gritó —¡Stephanie lleva a Rose!

Esta asintió desde el coche negro que Carlota había visto entrar en la finca. Así que había sido ella. Seguro que la había visto y había dado el aviso a la familia. ¿Pero cómo había sabido que era la usurpadora de la herencia? Cuando Harry se sentó a su lado intentando no pisar a su hermano el piloto cerró la portezuela y

Carlota se olvidó del tema. Cogió los cascos y se los puso. —Al hospital más cercano.

—¿Al St John?

—¡Al que sea!

—Sí, a ese —dijo Harry a toda prisa—. Es un buen hospital.

—Pues a ese. ¡Dese prisa!

El helicóptero se elevó y vio como Harry apretaba el asiento con la mano. Ella se la cogió y forzó una sonrisa. Estaba muerto de miedo. —Perdió a su esposa hace tres años. Primero murió Emily, después Jason y July se fue. La casa no volvió a ser la misma.

—Todo irá bien.

Escuchó como el piloto avisaba al hospital diciendo que llevaban un precipitado. Sonrió porque era evidente que no era la primera vez que llevaba a un herido.

—¿Ha sido sanitario?

—He estado en la RAAF. Fuerzas aéreas australianas.

—¿Afganistán?

—Sí, estuve allí en misiones de rescate.

—Un sitio peligroso.

—Un puto infierno. —Miró hacia atrás. —¿Cómo va?

Estiró el brazo y le tocó el pulso. —Aún tiene latido.

—Tranquilo, amigo —le dijo a Harry—. No se me ha muerto ninguno.

—Dios te oiga, chico.

—Patrick Turner a su servicio. Enseguida llegamos.

Los minutos parecían horas y se le hizo eterno hasta que empezó a ver lo que parecía una ciudad. Harry no tenía buena cara, estaba pálido y sudoroso lo que le preocupó aún más. Se mordió el labio inferior deseando llegar de una maldita vez y cuando el helicóptero empezó a descender casi grita del alivio. Apenas habían posado los patines en el suelo cuando varios sanitarios con una camilla se acercaron corriendo. Patrick abrió la puerta deslizándola a un lado y un hombre de verde gritó —Sacadle de ahí. ¡Rápido!

En un visto y no visto regresaban al hospital y Harry les seguía. Ella suspiró mareándose del alivio. Patrick la cogió del brazo. —¿Estás bien?

—Un viaje horrible y demasiada tensión.

—¿Americana?

—Sí, de Nueva York. —Él sonrió mostrando una bonita sonrisa. —Tengo que irme.

—¿Te acompaño?

—No, gracias. Estoy bien. —Como él no decía nada mirándola intensamente farfulló —Gracias.

—De nada, preciosa. —Le guiñó un ojo y Carlota se sonrojó de gusto. La verdad es que era muy guapo y mientras se alejaba sintió su mirada en su espalda. Antes de entrar miró sobre su hombro sin poder evitarlo y él sonrió como si le hubiera tocado la lotería. Se puso como un tomate entrando en el hospital a toda pastilla. ¿Eran imaginaciones suyas o los australianos estaban para comérselos? Pasó ante ella un hombre que pesaba cien kilos, tenía una barba hasta la barriga y sudaba a mares. Sí, eran imaginaciones suyas.

Capítulo 5

Unas horas después rodeada de Bremhill que habían ido llegando poco a poco escuchó las fantásticas noticias. Oliver había sido operado y todo había salido bien. Aparte del hematoma subdural tenía una hemorragia interna que habían podido controlar antes de meterle mano en la cabeza, lo que demostraba que eran profesionales de primera porque ella no daba ni un dólar porque se salvara, la verdad. Ahora había que esperar a ver si tenía secuelas. El médico la felicitó por lo resolutiva que había sido en esa situación y con cuarenta pares de ojos sobre ella forzó una sonrisa. —No ha sido nada.

Como era evidente que allí no pintaba nada le preguntó a Harry cómo podía volver al rancho. Él mismo ordenó a Stephanie que la llevara a casa. —Gracias por salvarle la vida —dijo él agradecido mientras Stephanie acompañada de un primo suyo que no conocía se acercaba de mala gana.

Sonrió a Harry. —De nada. Me alegro de que todo haya salido bien.

—¿Nos vamos? —preguntó ella de malos modos—. Quiero volver antes de que oscurezca.

—Sí, claro.

—Os acompaño —dijo su pariente—. Así no tienes que volver sola.

—Gracias Paul —contestó Stephanie.

En cuanto se subieron al coche no le dirigieron la palabra, lo que demostraba que su hazaña no sería tomada en cuenta para que la perdonaran. Suspiró agotada y después de unos kilómetros no pudo evitar que sus ojos se fueran cerrando. Después del viajecito, la horrible noche en el hotel sin pegar ojo y lo que había pasado con Oliver, se quedó dormida como un tronco.

Sintió algo duro bajo el brazo y gimió girándose, pero algo tocó su nariz y se sobresaltó sentándose de golpe para ver ante ella un seto medio seco. Cuando vio la luz anaranjada del atardecer parpadeó confundida antes de mirar a su alrededor. Estaba en el suelo en medio de la nada. Se levantó a toda prisa y se llevó las manos a la cabeza recordando que Stephanie la llevaba a casa. —¡Será hija de puta! —gritó de la rabia porque ni tenía el bolso—. ¡Maldita niñata! —Se volvió mirando tras ella. Solo había tierra y tierra. Ni una maldita carretera. ¡Y estaba a punto de anochecer! ¡Dios, era de Nueva York ella no llegaba a ningún sitio sin el metro! Tranquilidad. El sol salía por el este y se escondía por el oeste. Ya, ¿y el rancho dónde estaba? —De verdad Carlota, puedes estar a kilómetros del rancho. Madre mía, madre mía… —Gimió. —¡Deja de mentar a tu madre no vaya a ser que aparezca del otro mundo y herede, porque a ti te van a comer las bestias que haya por aquí! —gritó histérica—. ¡Será idiota! ¡No he hecho testamento! Eso te pasa por no hacer caso a tu abogado. ¡Pero claro, tanto viaje para arriba y para abajo y en menudo lío que te has metido! Aunque no te has metido tú, claro. ¡Te ha metido July! ¡Eso July! —Miró hacia el cielo. —Échame una mano anda, que no sé hacia donde ir. ¿Una señal? ¿Un rayo que indique el camino? —Nada, nada de nada. Bufó. —¡Gracias por tu ayuda, hermosa! —Miró al frente. —Bueno, hay que elegir una dirección y como no tienes ni idea, esa es tan buena como cualquier otra.

Empezó a caminar y cuando se hizo noche cerrada ni sabía si estaba caminando en círculos, porque sabía por un documental que tenemos una pierna más larga que otra, lo que provocaba que sin rumbo se terminara caminando en círculos. Afortunadamente la luna estaba enorme y veía donde pisaba. —No te preocupes. Estás yendo hacia aquella roca. La tienes de frente y ves el contorno. Tú sigue hacia allí a ver si hay algo detrás. ¿Qué va a haber detrás? Hierbajos. Puede que una o dos serpientes y si tienes suerte puede haber un canguro. No, un koala, porque ya que estás aquí y vas a morir, no puedes morirte sin ver un koala. ¡La madre que la parió! —Entonces vio una luz y se detuvo en seco pensando que era su

imaginación. Pero la luz se movía y parecía que se elevaba antes de descender y venía en su dirección. —¡Un ovni! ¡Lo que te faltaba! —La luz cada vez era más grande. —¡Uy, que se acerca! —Chilló de miedo. —¡Qué te abducen, Carlota!

Salió corriendo y entonces escuchó el sonido de unos cascos de caballo. Se detuvo en seco volviéndose. En ese momento escuchó un disparo y Carlota chilló de miedo pegando un salto atrás. Casi le había dado. ¡Ay, que se la querían cargar a tiros! Gritó corriendo despavorida y el caballo se detuvo. La luz la seguía mientras gritaba corriendo como alma que lleva el diablo.

—¡Eh! ¿Qué haces? —gritó la voz de un hombre.

Sorprendida se detuvo. —¿Qué hago yo? ¡Casi me matas!

—Creí que querías robarme, pero no tienes pinta de ladrona.

Se dio cuenta de que llevaba en la cabeza una luz de esas que llevaban los que corrían de noche por Central Park, pero mucho más potente. —¿Robarte? ¿Robarte el qué si por aquí no hay nada?

—Al sur tengo mis reses. ¿Qué haces en mis tierras?

—¡Pues ni idea! ¡Me he despertado aquí! —Le miró con desconfianza. —¿Vas a dispararme?

—Podría, pero si tu explicación es buena no tienes que preocuparte. —Parecía divertido. —¿Te has despertado aquí? ¿Estás borracha?

Puso los brazos en jarras. —¿Crees que tiene gracia?

—Me imagino que no. Pero debes ser una chica con suerte porque normalmente no paso por aquí y menos a estas horas.

—¿Dónde estamos?

—A unos cien kilómetros al este de Perth.

Eso debía quedar cerca del rancho. —¿Conoces el rancho Bremhill?

Él enderezó su espalda. —Por supuesto que lo conozco. ¿Hay alguien por los contornos que no lo conozca?

—Me imagino que no. —Dio un paso hacia él. —¿Me puedes llevar?

—¿A caballo?

—¡En coche! ¿Tienes coche? ¡Tengo que matar a alguien! —Abrió los ojos como platos. —¿Me dejas la escopeta?

—Depende de a quien quieras matar.

—¡A Stephanie!

Él rio por lo bajo. —Va a ser que no. Le tengo el ojo echado.

—¡Pues menudo ojo tienes! ¡Es una bruja!

—Sí, pero es una bruja preciosa.

—Bueno, pues allá tú. ¿Me llevas o no?

—No voy a dejarte aquí, no sería de buen vecino.

—Vaya, gracias —dijo irónica. Entrecerró los ojos—. No serás ese Rizz, ¿verdad?

—¿Rizz? No, no tengo esa suerte.

—¿Suerte por qué? —preguntó acercándose porque no le quedaba más remedio.

—Porque ese sí que se lleva a todas de calle y está forrado.

—El físico y el dinero no son importantes.

—Ah, ¿no? Pues entonces he estado muy equivocado hasta ahora.

—Eso es evidente si vas detrás de Stephanie. —Estiró la mano y él se la cogió tirando de ella como si no pesara nada. Cuando se sentó tras él le agarró por la cintura temiendo caer y este rio. —¿Qué pasa? Es la primera vez que me subo a un caballo. ¡Soy de Nueva York! —dijo orgullosa elevando la barbilla. Él miró por encima de su hombro y la lamparilla la cegó. —¡Vas a dejarme ciega!

—Uy, perdona.

—No te preocupes, ya se están yéndolas chiribitas.

Cogió las riendas y el caballo empezó a caminar. Sus dedos se apretaron en su cintura sin poder evitarlo. Vaya, estaba muy duro. Puso los ojos en blanco. Qué necesitada estás, que razón tenía July. —¿Así que estas tierras son tuyas?

—Serán del banco próximamente —dijo irónico.

—¿Y eso?

—No sé puede competir con los Bremhill. Rebajan tanto el precio de la carne, que es una ruina para una explotación como la mía.

Vaya. Entrecerró los ojos. —¿No les tendrás rencor y me llevas a una cueva o algo así para estrangularme?

Él se echó a reír. —Sí que eres neoyorkina. Había oído que sois unos paranoicos.

Hizo una mueca. —Está en nuestro ADN. Así que te va mal, lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Fue una locura intentar competir con ellos con el volumen que manejan. Pero me cegué y ahora lo estoy pagando.

—Es muy tarde, ¿siempre trabajas hasta esta hora?

—No me queda más remedio, no puedo permitirme tener vaqueros ahora que no puedo pagarles.

—Eres muy trabajador y no te das por vencido.

—Mientras se pueda seguir luchando ya sea un día más o un mes, no cejaré en mi empeño. Las cartas del banco ni las abro.

Carlota sonrió. —Bien hecho, son unos buitres.

—De la peor clase.

Rieron divertidos. —¿Cómo te llamas?

—Jeff Carrington.

—Encantada Jeff, soy Carlota.

Detuvo el caballo de golpe mirándola sobre su hombro y cegándola con la lámpara. —¡Hostia, eres la usurpadora de la herencia Bremhill!

—Ay, Jeff la lámpara.

Él miró al frente. —¡Lo eres!

—Eso de usurpadora es un poco fuerte.

—¡Así dicen en el periódico!

—Bah, sensacionalistas.

—¡Eres tú! —exclamó de nuevo.

Suspiró. —¿Me bajo del caballo?

—¿Por qué?

—No lo sé, ¿será porque desde que he heredado me han roto la nariz, demandado, intimidado, insultado y me han dejado en medio de la nada para que me coman los buitres? No me extrañaría que me tiraras del caballo, la verdad.

—¿Ha sido duro?

—Hay cosas peores. —Miró a su alrededor. —¿Tu casa está muy lejos?

—Detrás de esa colina.

—Gracias por llevarme.

—De nada. —Se mantuvieron en silencio durante unos minutos. —¿Qué vas a hacer con tus tierras?

—Nada. Harry se encarga.

—El mejor capataz de Australia, tienes suerte.

—Sí, eso decía July. —Soltó una risita. —Creo que es el único que me va tragando…

—Tiene buen corazón. —Rio. —Ahora entiendo lo de Rizz.

—Al parecer cuando me vea me va a dejar las cosas muy claritas.

—El otro día le vi en el pueblo y te puso verde.

—¿Quién es?

—¿No te lo han dicho? —preguntó sorprendido—. ¿Eres la dueña de Bremhill y no sabes quién es Rizz?

—Pues no.

—Es tu director general. Vamos, el de tu empresa. Se encarga de toda la logística del rancho. Es el mandamás.

Se le cortó el aliento. Había visto su firma, pero no ponía el nombre completo y no sé llamaba Rizz se llamaba… Leche, ¿cómo se llamaba? Era algo con efe. ¡Frank! Eso era, se llamaba Frank. —No, debes estar confundido porque mi director se llama Frank Bremhill. Mi abogado me ha dicho que tiene muy mala leche y debe ser mayor porque le envió a freír espárragos. Eso es de mayores.

Jeff se echó a reír a carcajadas. —Rizz no es su nombre real, es un apodo. Cuando empezó a trabajar en el rancho con Harry tenía unos catorce. Había otro Frank en la cuadrilla y le llamaban Rizz para distinguirle.

—¿Y por qué Rizz?

—Como le digas esto me tirará de las orejas.

—Soy una tumba.

—Cuando era un niño su cabello estaba muy rizado. Lo odiaba, pateaba a cualquiera que se metiera con él por eso. Imagínate cuando Harry empezó a llamarle así. Menudas broncas tenían. —Rio de nuevo. —Pero ahora pocos se acuerdan de su verdadero nombre ni del origen de su apodo. Para todos es Rizz, incluso para sus empleados.

—Mis empleados.

—Si eres lista le querrás de tu lado tanto como a Harry. En estos diez últimos años ha hecho la empresa la mejor del país.

Gruñó. —Pues como me dé mucho la lata, se va al paro —dijo tan pancha—. Un anuncio y me salen cincuenta directores generales.

—Pero no serían Rizz. Conoce esto como la palma de su mano y no hay nadie más trabajador. A pesar de ser el jefe, no se corta en coger una soga y subirse a un caballo. De hecho, muchas veces está por el rancho trabajando. ¿Crees que el que encontraras haría eso?

—Ni idea. —Respiró hondo. —¿Quieres el puesto?

Él se echó a reír. —Ni sabría por dónde empezar con el volumen que manejáis. Y que me lo preguntes demuestra que le necesitas porque yo he llevado a mis tierras a la ruina.

—Bah, si ellos pudieron tú también puedes. Solo necesitas dinero porque las ganas te sobran.

—¿Quieres ser mi socia?

No sabía por qué, pero confiaba en él. Y era obvio que trabajaba de sol a sol. Todos merecían una oportunidad y la idea no le parecía descabellada. —Hablemos de ello.

Tuvieron que entrar en sus tierras por la zona industrial y se quedó con la boca abierta al ver los edificios que formaban parte de la empresa. Dos edificios de hierro y cristal y varias naves. Había al menos cuarenta camiones aparcados y todo era muy moderno y profesional. Se moría por ver esos edificios por dentro.

La destartalada camioneta de su nuevo amigo enfiló un camino que era evidente que debía atravesar sus tierras para ir al rancho. —Deberías pedir el mando de la verja.

—Ja, ja… Muy gracioso. No tengo ni coche.

—Debes tener cuarenta en la empresa porque los has pagado tú.

—Pues es verdad. ¿Crees que un permiso de conducir de Bangladesh es válido aquí?

—Ni idea.

—Tendré que informarme. —Bostezó muerta de sueño. Debían ser las tres de la mañana y su siestecita no había aliviado nada su cansancio, sobre todo por la caminata posterior.

—Deberías haberte quedado en mi casa.

—¿Y darles la satisfacción de que pensaran que la había cascado? La cara que van a poner cuando me vean. Por cierto, gracias por la cena.

—Si era un sándwich de atún.

—Te aseguro que a mí me ha sabido a gloria. —Gimió porque sentía la piel de la cara super tensa y además le ardía. Debía tener un aspecto horrible. Se moría por una buena ducha. —¿Queda mucho?

Él la miró preocupado. —Estamos llegando. ¿Seguro que no quieres que vayamos al médico? Estás bastante quemada.

—La voy a matar —siseó—. Esa cabrita. ¡Me dejó tirada al sol y me he achicharrado!

—Sí, es evidente que al abandonarte en mis tierras no tenía buenas intenciones. Pero Stephanie no es mala gente.

Le miró como si estuviera loco. —¿Que no es mala gente? ¡Ha querido matarme! ¡Está pirada!

Jeff frenó la camioneta. —Vale, ha intentado matarte, pero es que Rizz le mete ideas en la cabeza. Está abducida por él desde niña. Es como un Dios y su palabra es ley por aquí.

Entrecerró los ojos. —¿No me digas?

—Mano izquierda, Carlota. Tienes que ponerles de tu lado.

—¡Lo que voy a hacer es echarles a patadas de mis tierras!

—Que no…

—Ah, ¿no? —preguntó pasmada.

—Necesitas a Rizz, no tienes ni idea de cómo se lleva este negocio. Ni yo tengo ni idea de lo que abarca su trabajo.

—Pues contrataré a alguien que sepa. ¡Le doblaré el sueldo si hace falta!

—Los trabajadores le son fieles. Tú eres la intrusa.

—Y dale. ¡Fue July la que quiso esto!

—¿Y estás segura de que quería que echaras a su familia?

Entrecerró los ojos por el cariño con el que hablaba de ellos. —A ella no intentaron ventilársela, guapo.

—Conocías a July. —Ella asintió. —¿Crees que no era vengativa?

—Claro que sí, el testamento es prueba de ello.

—Exacto.

—¿Estás justificando su venganza hacia mí?

—Te estoy diciendo que casi toda su vida vivió entre ellos, no esperes que no intenten devolvértela. Los Bremhill son luchadores, lo llevan en la sangre. Tienes que ser más dura que ellos y demostrarles que te mereces estas tierras. Que las amarás igual que ellos.

Respiró hondo mirando al frente donde ya se veía la casa. Las luces del porche estaban encendidas lo que demostraba que alguien aún no se había dormido. Apretó los labios entendiendo su postura, pero intentar matar a alguien era un poco fuerte.

—Tienes que demostrar que aunque no llevas su apellido eres una de ellos. Lo de los hijos de July les da igual, nunca se llevaron bien, pero que exista la posibilidad de dejar de vivir en las tierras que les han visto crecer… Eso no lo soportan. Son Bremhill, son el clan más antiguo de los contornos y se han ganado sus riquezas derramando la sangre de los suyos. Son orgullosos. No cejarán hasta que cedas.

—Pues no lo voy a hacer —dijo con rabia.

—Bien dicho. —Aceleró de nuevo.

—¿En serio vas a casarte con esa bruja?

Sonrió de oreja a oreja. —Nada me gustaría más.

Se le quedó mirando. —Te embarcaste en explotar el rancho de tu padre por ella, ¿no? Para que se sintiera orgullosa de ti. —Su amigo perdió la sonrisa poco a poco. —¿Fue por eso?

Hizo una mueca. —¿Soy estúpido?

Lo pensó seriamente. —No, me pareces muy valiente. Has invertido todo lo que tenías para intentar hacerla feliz y te has equivocado.

—Pero al menos lo he intentado.

—No me has entendido. No es que te hayas equivocado porque casi has perdido el rancho. Te has equivocado por haberte dejado llevar por el orgullo e intentar ser como ellos. Eres genial como eres, seas vaquero o dueño de un rancho.

Frenó ante la casa y la miró pensativo. —Ella es una Bremhill.

—Eso solo es un apellido. Cuando hay amor nada más importa.

—¿Qué harías tú por amor?

Lo pensó seriamente. —Cualquier cosa. Lo daría todo, todo lo que tengo.

—Eso he hecho yo.

Sonrió con tristeza. —Sigues sin entenderme. Si yo te amara me daría igual tu estatus, Jeff. Eso no es lo importante.

Él miró hacia el porche. —Entiendo lo que quieres decir, pero sé que no me miraría igual si tuviera éxito.

—Entonces el problema lo tiene ella. No tienes que cambiar para intentar impresionarla. A mí me impresionaste solo con cuatro palabras. Eres bueno y trabajador. La amas por encima de todo. Si te amara no debería pedir más. No es justo intentar cambiar a alguien y convertirlo en lo que no es.

Apretó los labios. —Solo quiero una oportunidad.

—¿Cuántas citas le has pedido?

La miró con horror. —¡Ninguna!

Ahora sí que no salía de su asombro. —¡Porque es una Bremhill!

—Exacto.

—¡Eres idiota!

—Eh…

Abrió la puerta. —Mira, estoy agotada y no tengo gracia para tonterías. ¡Pídele una maldita cita! —Cerró de un portazo dejándole con la palabra en la boca y caminó hacia el porche, pero lo pensó mejor y volvió como si fuera a la batalla abriendo la puerta de nuevo. —¡No me lo puedo creer! ¡Te avergüenzas de ti mismo! ¡Eres idiota!

—¡Eh!

—¡No tienes nada de malo! ¡Y será muy afortunada si le pides esa cita, imbécil! ¡Deja de hacer el payaso y ten agallas! —Iba a cerrar, pero lo pensó mejor. —Te lo digo como amiga.

—¿Y tú eres mi amiga? ¡Me estás poniendo verde! —dijo asombrado.

—Porque estás haciendo el idiota y alguien tiene que hacértelo ver. —De repente sonrió. —Gracias por traerme.

Jeff se echó a reír a carcajadas. —Vas a encajar muy bien aquí.

—¿De veras? —preguntó ilusionada—. Porque esto empieza a gustarme.

—¿A pesar del intento de asesinato?

—¿Tenías que recordármelo? —Él no paraba de reír y Carlota le guiñó un ojo. —¿Te veo mañana?

—Claro, socia. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Genial. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Ella cerró la puerta y se alejó, pero él sacó la cabeza por la ventanilla. —¡Y échate crema!

—Sí. —Subió los escalones y se despidió con la mano antes de abrir la mosquitera para girar el pomo de la puerta. Al abrir vio allí a Harry sentado en los escalones de la escalera. Él elevó la vista hasta sus ojos. —Tranquilo, estoy bien. ¿Cómo te has enterado?

Se levantó agotado. —Cuando hablé con mi Sophia a la hora de la cena me dijo que no habías llegado. —Una chica rubia de unos treinta años apareció en lo alto de la escalera en pijama y no tardó en aparecer la esposa de Harry. Era evidente que estaban tan preocupadas como él. —Ahí me di cuenta de que pasaba algo y le pregunté a Stephanie dónde te había dejado. Al principio me dijo que en el aeropuerto, pero no me lo tragué. No ha querido decirme donde estabas y se ha largado del hospital.

Suspiró. —Me dejó tirada en medio de la nada. Afortunadamente me encontró Jeff.

Harry asintió. —Entendería perfectamente que quisieras que nos fuéramos.

—No te vas a ir a ningún sitio —dijo molesta—. La nieta de Rose tiene que aprender a controlarse, leche.

—Siempre la hemos consentido demasiado. Prácticamente la hemos criado nosotros porque no se lleva bien con sus padres. Desde que volvió de la universidad se comporta como la dueña y ya no sabemos qué hacer —dijo Mary desde arriba. La esposa de Harry se apretó las manos—. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte por algo que ha hecho ella. Es mayorcita para enfrentarse a sus acciones. —Miró hacia Sophia y sonrió. —¿Los niños están dormidos?

La hija de Harry forzó una sonrisa. —Estaban muy alterados por lo ocurrido con el tío Oliver, pero conseguí acostarlos a las once. —Bajó un escalón. —¿Quieres cenar algo?

—No, gracias. Jeff me ha hecho un sándwich. Acostaos.

—Te he dejado tu maleta en la habitación principal.

—Gracias, eres muy amable.

—Te acompaño —dijo Harry mirando su rostro y sus brazos—. Mary trae ese ungüento para la piel que hace Rose.

—Sí, claro —dijo metiéndose en el pasillo.

—¿Tiene mala pinta?

—Pésima, deberíamos ir al médico.

—Mañana. Ahora no me encuentro con energías. —Empezó a subir los escalones y él lo hizo detrás. —¿Cómo está tu hermano?

—Solo he podido verle unos minutos.

Como se quedó callado ella le miró sobre su hombro. —Tranquilo, puede asustar un poco verle con tantos aparatos a su alrededor, pero seguro que todo va bien.

—Al menos tiene una oportunidad. No la tendría sino fuera por ti. —Fueron hacia su izquierda y enfilaron un pasillo. —Tu habitación es la del fondo.

—Gracias. ¿Tiene baño?

—Sí.

—Genial, me muero por una ducha.

—De agua fría —le advirtió.

—Sí, claro. Esta piel no la soportaría de otro modo. —Rio por lo bajo.

—Y no te frotes al secarte eso lo empeoraría. ¿Pica?

—Resquema un poco. —Un poco bastante.

Apretó los labios. —Lo siento.

—No te disculpes más, por favor. —Abrió la puerta y sonrió. —Hasta mañana.

—Que descanses.

Entró en la habitación y se quedó de piedra porque era como entrar en otro siglo. La cama era de madera labrada y tenía cuatro postes de los que caían unas finas telas que debían utilizarse para que no te picaran los mosquitos. Era realmente de ensueño.

Fascinada se acercó pasando la mano por los artesanales grabados de hojas de parra. —Qué bonita —susurró antes de volverse. El armario era de tres cuerpos y también tenía las hojas en las puertas y el tocador era una maravilla con tres espejos. Se le cortó el aliento al ver una foto de July y de Jason en su boda. Era realmente preciosa y su sonrisa indicaba que era muy feliz. Se acercó a toda prisa y levantó el marco de plata quedándose sin aliento al ver al hombre que había robado el corazón a su amiga. ¡Era clavadito al tipo del aeropuerto! Pero eso no podía ser. Parpadeó por si era un espejismo, pero sí, eran muy parecidos. ¿Tendría fiebre y estaba teniendo visiones? Se llevó la mano a la frente y sí que la tenía caliente. Mejor se daba una ducha que se imaginaba cosas. Dejó la foto sobre el tocador y acarició un peine de plata que había al lado de un frasco de perfume. Era la marca que utilizaba July y sonrió con tristeza. —¿Sabes, amiga? Estos Bremhill son duros de pelar, pero no te preocupes que me has enseñado bien.

Capítulo 6

Salió de la ducha sintiéndose maravillosamente bien y rodeó su cuerpo con una esponjosa toalla antes de salir a la habitación. Se detuvo en seco al ver a Sophia esperándola sentada en la cama con un tarro en la mano. Se puso de pie en el acto y dijo avergonzada —No quería molestarte.

—No me molestas. —Se acercó a ella. —¿Eso es para mí?

Extendió la mano. —Es una crema muy buena, aunque tú…

—Sí, ya me he visto al espejo.

—Úntate bien.

—Gracias.

Se sonrojó agachando la cabeza y fue hacia la puerta. —Buenas noches.

—Sophia…

Esta la miró interrogante pensando en lo que diría July. —¿Eres una Bremhill?

—Me apellido Harrison, pero aun así mi padre es…

Dio un paso hacia ella. —¿Eres una Bremhill? Y no hablo del apellido, ¿qué sangre corre por tus venas?

—Bremhill —dijo sin dudar.

—Pues que no se te olvide, ¿me has entendido? Jamás. Eleva esa barbilla y no dejes que nadie te hunda.

La miró impresionada. —Ya te has enterado, ¿no?

Se acercó al espejo y abrió el tarro dejándolo sobre el tocador. Empezó a echarse la crema por la cara. —¿Acaso no lo sabe todo el mundo?

—Sí, supongo que sí.

—No volverás con él.

La miró sorprendida. —¿Qué has dicho?

—Lo que has oído. Jamás, ¿me has entendido? Mañana hablaremos con tu abogado para arrebatarle la custodia de los niños

y no volverás a verle nunca más. Ya me encargaré yo de que se vaya del pueblo.

—No tienes derecho…

Se volvió mirándola fijamente. —¿No lo tengo?

—Es mi marido.

—¿Y por eso puede hacer lo que le venga en gana? ¡A un Bremhill no! July me ha dejado al cargo y no pienso consentirlo. No sé cómo tu padre se ha contenido en pegarle cuatro tiros, seguramente porque le has convencido y le has protegido como has hecho siempre, ¡pero eso se acabó! A partir de ahora no volverás a verle y si tienes móvil no contestarás a sus mensajes, que seguro que ahora son de arrepentimiento rogándote que vuelvas. —Sophia se sonrojó y la miró sintiéndolo por ella. —¿No te das cuenta de que no te hace bien ni a ti ni a tus hijos? Debes seguir adelante sin él.

La miró con temor. —Me matará.

Esas amenazas no eran para tomarlas en vano. —¿Crees que entrará aquí para hacerlo?

—Sí, me ha amenazado con ello como no vuelva con él.

—¿Después de decir entre lágrimas que se quitaría la vida? ¿Que si no volvías con él no le quedará nada?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Mi madre era como él. —Sophia la miró asombrada. —Oh, sí… —Sonrió con ironía. —Cuando quería algo estaba como una malva, pero como se le cruzara el cable ya podía esconderme.

—Es horrible.

—¿Ya ha pegado a alguno de los niños?

—¡No! ¡Claro que no!

—Pero le molesta su presencia, ¿no?

Sophia sollozó y se tapó la cara con las manos antes de volverse. Se acercó a ella y la acarició por el hombro. —Eh… No eres responsable.

—Sí lo soy. Si no me hubiera casado con él…

Hizo una mueca porque por lo que le había dicho su padre ya sabía su carácter antes de decir el sí quiero. —¿Por qué lo hiciste?

—Porque era una niñata que se creía que lo sabía todo. —Apartó las manos y se giró para mirarla. —No sé qué hacer.

—Pedir ayuda a tu familia es lo mejor que has podido hacer.

—Rizz casi le mata. Le ha denunciado y puede ir a la cárcel por agresión —dijo asustada—. Dice que retirará la denuncia si vuelvo con él.

—Miente, siempre mienten. ¿Acaso no te ha mentido antes?

—Miles de veces.

—Y has seguido por vergüenza, cabezonería y después por los niños.

—Sí.

—Pues es momento de parar antes de que sea irremediable. Así que no le verás más. No contestarás sus llamadas y mensajes, ¿me has entendido?

—Quiere ver a los niños.

—No, nunca más. Intentará hacerte daño a través de ellos envenenándoles contra ti y no vamos a consentirlo. No saldrás de casa sin que te acompañe alguien. Mañana hablaremos con tu abogado para que le aleje lo máximo posible. El resto será cosa mía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó asustada.

—¿Crees que si le ofrezco un millón de dólares se quedaría? Saldrá a toda pastilla con el dinero.

—¿Vas a pagarle? Papá ya lo intentó.

—¿Cuánto le ofreció?

—Cuatrocientos mil.

Vaya, al parecer era mucho más peligroso de lo que se imaginaba. Que no hubiera querido la pasta demostraba que quería hacer todo el daño posible. Sonrió. —No te preocupes, yo le convenceré. Ahora vete a descansar que los niños siempre se levantan con ganas de marcha.

Sophia sonrió. —Sobre todo Phillip.

—Estoy deseando conocerle.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

En cuanto salió frunció el ceño. —July, tenemos un problema.

Suspiró abrazando la almohada, pero la mejilla le dolió muchísimo y en ese momento se abrió la puerta chocando contra la pared. Gritó del susto sentándose de golpe. La sábana cayó mostrando sus pechos, pero ella ni se dio cuenta parpadeando porque tenía ante la cama a su Adonis con una cara de cabreo que no podía con ella. Y parecía tan sorprendido como ella. Parpadeó creyendo que era un sueño.

—¡Tú! —dijo él con desprecio—. ¡Tenía que haberlo imaginado! ¡Y tápate!

—Se llama antes de entrar, ¿sabes? —Al darse cuenta de lo que había dicho chilló cogiendo la sábana y cubriéndose a toda prisa. —¡Fuera!

—¡No, la que te vas fuera eres tú! —Le tiró unos papeles de mala manera. —¡Un juez australiano ha paralizado la herencia! ¡No tienes derecho a nada hasta que salga el juicio! ¡Largo de esta casa!

—¿Qué? —Miró los papeles. —Esto no vale para nada.

—¡July no era una Bremhill de nacimiento, por lo tanto no le correspondía una mierda! ¡Te legó algo que no era suyo por derecho! ¡Hay precedentes! ¡No podía desheredar a sus hijos!

—¡Sí que podía! ¡Jason se lo legó todo a ella!

—¡Pero con intenciones de que se lo diera a sus hijos! ¡Que la hacienda pasara de padres a hijos durante generaciones lo demuestra! ¡July no podía hacer lo que hizo!

—¿Y eso dónde lo pone?

—¡En el testamento de Jason!

Perdió todo el color de la cara. —Eso es mentira. ¡Es lo que hubieran alegado sus hijos en Nueva York y no lo hicieron!

—Esto es Australia, bonita —dijo con ironía—. Aquí hacemos las cosas de otra manera.

—Me importa un pito como las hagáis, legalmente todo es mío. —Levantó la barbilla.

—¡Más quisieras! —dijo furioso antes de señalar los papeles—. Ahí dice que no puedes ni pisar estas tierras hasta que todo se aclare en el juzgado, ¿me oyes? ¡Así que ya te estás largando!

—¡No me voy a ningún sitio! —Cogió los papeles y los leyó a toda prisa antes de sonreír maliciosa. —Aquí dice que si todavía no he

tomado posesión de la herencia no debo hacerlo hasta que se resuelva en el juzgado. Pero ya estoy aquí, ¿no es cierto? —Levantó la vista hasta sus ojos y no sé cortaba nada en demostrarle que le gustaría estrangularla con sus propias manos. —Y el dinero está en mis cuentas, así que si has buscado una triquiñuela para engañarme has metido la pata hasta el fondo. ¿Te crees que soy tonta? ¿Que puedes timarme?

—No, para timadora te tenemos a ti.

—¡Yo no he timado a nadie!

—Mira, zorra interesada... —Dio un paso amenazante hacia ella. —Si crees que vas a quedarte con lo que les pertenece a los Bremhill, estás muy equivocada. Me dejaré la piel para verte salir de aquí con los pies por delante si hace falta. —Ella jadeó indignada. —¡Así que estás advertida!

—Ahora te advierto yo —dijo fríamente—. Cambia de actitud si no quieres irte de aquí con la carta de despido bajo el brazo.

Rio sin ganas. —¿No lo sabes? A mí no puedes echarme, guapa. ¡Tengo un contrato blindado y lo hice en vida de Jason para que los inútiles de sus hijos no pudieran enviarlo todo a la mierda!

Parpadeó porque Jason le estaba poniendo las cosas un poco difíciles. —¿Qué pasa, creías que heredarías tú y te ha sentado como una patada en los huevos que no fuera así? ¡Pues que sepas que July jamás me habló de ti, así que no debías importarle!

—¡Vete a la mierda!

—¡Grosero!

—Serás hija de…

Sonrió con ironía. —Dilo, vamos dilo. Soy una hija de puta, ¿no? Ahora lo entiendo todo. Contrataste a alguien para que me siguiera, para que te enteraras de quien era, mi vida mis antecedentes... Lo hiciste, ¿no? —Vio en sus ojos que era así. —Pues sí mi madre era puta cuando quería dinero. Una puta y una vaga que vivía del estado. ¿Eso es lo que quieres echarme en cara? —preguntó disimulando su dolor y la vergüenza porque él lo supiera. Levantó la barbilla. —¡Ahora lárgate de mi habitación y de mi casa!

Él apretó los puños. —No puedes echarme, ¿no lo has oído?

—¡La empresa y mi casa son dos cosas distintas! ¡Puede que tenga que tolerarte como director general, pero no tengo por qué verte la cara cuando me levanto! ¡Fuera de mi casa!

—Te aconsejo que sigas leyendo —dijo con burla cruzándose de brazos demostrando que no había nacido el que le echara de allí.

Entrecerró los ojos y continuó leyendo. Cuando terminó tenía los labios crispados. —El juez te ha nombrado supervisor de la herencia hasta que llegue el veredicto.

—Exacto. No puedes ni mover una silla de sitio sin mi consentimiento, ¿me has entendido?

—Sí —siseó con rabia.

—Te aconsejo que no tires de tarjeta de crédito más de la cuenta porque si veo que derrochas la herencia congelaré tus cuentas. Mi abogado dice que puedo hacerlo y no me temblará la mano.

—Dejaré el abrigo de piel para cuando el juez me dé la razón —dijo con burla—. Total, aquí no lo necesito. —La miró con rabia antes de salir dando un portazo. —¡Imbécil!

—¡Espero que se te caiga la piel a tiras, zorra!

Jadeó indignada. —Será cabrito.

Se quedó mirando la puerta durante unos segundos y de repente sonrió. —Qué hombre. ¡Es Rizz! —dijo emocionada. ¿Cómo no sé lo había imaginado antes? Cuando apareció en el aeropuerto se notaba que era importante por como la prensa le hizo caso y estaba cabreado con ella, eso era obvio. Tenía que haber imaginado que era él. Se mordió el labio inferior. Se le había quitado de golpe el cabreo que tenía con él por ponerla verde y ser el incitador de su intento de asesinato. Madre mía, qué ojos. Qué ojos y… Vamos Carlota no terminarías nunca, te lo comerías entero. Pero claro, es que llevas a dieta mucho tiempo y estás necesitada. Dios, sí que le necesitaba. Y no solo para tener unos orgasmos de infarto, sentía que su corazón todavía ni se creía la alegría de que estuviera allí. Estaba allí, y por su actitud era evidente que no sé iría a ningún lado mientras ella permaneciera en la casa. Era su oportunidad. La oportunidad de su vida si quería tener una familia de verdad, porque sabía, estaba convencida de que lo que sentía por ese hombre no lo había sentido ni lo sentiría jamás. Ese juez ni se imaginaba el favor que le había

hecho al unirlos de esa manera y si el de arriba le echaba una mano este australiano no se le escapaba. Bajó la sábana mirándose los pechos. —¿Le habrán gustado? —Tenía los pezones duros como piedras. —A ver si crecéis un poco que aquí todas son pechugonas.

—¿Qué haces?

Chilló tapándose de golpe y al ver a Stephanie suspiró del alivio. —¿No sabes llamar, bonita?

—Con los gritos que pegabas era evidente que estabas despierta —dijo con burla—. Vengo a disculparme. Lo ocurrido ayer fue infantil y podía haberte pasado algo, así que lo siento. —Sonrió maliciosa como diciendo que aquello no acababa allí. Y con todo el descaro salió cerrando la puerta tras ella.

Atónita miró a su alrededor. ¿Pero en qué casa de locos se había metido? ¿Esa mirada decía que pensaba cargársela? Ay Carlota, que esta chiflada es capaz de enviarte al otro barrio. Entrecerró los ojos. Pero si la echaba Rizz se iba a cabrear más. Y si le quería echar el lazo tenía que tragar. Tragar con los ojos bien abiertos por si esa loca aparecía con un cuchillo. Pero por su chico lo que fuera. Conseguiría ganárselos, ella se llevaba bien con todo el mundo. Menos con Molly, que menuda bruja. Gimió porque la nariz no le había quedado igual.

Saltó de la cama y fue hasta el baño para vérsela otra vez. Se acercó al espejo y al verse chilló del susto. Estaba roja como un tomate y las mejillas se habían hinchado con evidencia. Parecía un muñeco Michelin achicharrado. No podía ser que Rizz la hubiera visto así. ¿Cómo se iba a fijar en sus tetas cuando parecía un cartel luminoso? Necesitaba un médico. ¡Necesitaba un cirujano plástico! ¡No podía pillar a ese Adonis con esa pinta! —No, no… ¡Stephanie, ya puedes correr porque como te coja…! —gritó desgañitada.

La risa de esa bruja se escuchó en toda la casa. Giró la cara para verse mejor la mejilla derecha. —Lo increíble es que te haya reconocido. Eso es que se fijó en ti en el aeropuerto. —Se enderezó. —Uhmm. Se acordaba de ti… Cuando entró en la habitación te reconoció enseguida. —Se volvió para sentarse en el wáter. Si había hecho que la siguieran seguro que la había visto alguna vez en fotografía. ¿Cómo no la había reconocido en el aeropuerto? ¿Cómo

no la había reconocido Harry? Cogió el papel higiénico y recordó que después de recuperarse de la operación de nariz se había ido de viaje varios meses. No podía haberla seguido porque ella lo habría notado. Estaba segura de que subiendo al Himalaya no la había seguido nadie. Y desde Los Ángeles, que había sido el último sitio que había visitado, había volado directamente a Sídney. Claro, tenían fotos de antes. De su otra nariz. Se levantó y se miró al espejo de nuevo. La verdad es que la actual estaba mil veces mejor. Antes la tenía más grande y con un pequeño montículo en el tabique de uno de los regalos que le daba su madre de vez en cuando. Si era sincera consigo misma ahora estaba más bonita. ¿Tanto había cambiado su rostro? Puede que sí. Ahora sus ojos parecían más grandes y sus labios también. Bueno, eso cuando no parecía una bombilla de prostíbulo, claro. Se preguntó por qué desde que la operaron había preferido su nariz anterior. Apretó los labios sabiendo perfectamente la respuesta. Siempre le había gustado pasar desapercibida, vivir en su mundo y ser más bonita te exponía más. Llamaba más la atención que era lo que siempre había querido evitar. Desgraciadamente las antiguas costumbres eran difíciles de erradicar. Sonrió con tristeza porque sabía de sobra lo que July diría de eso. ¡Deja de esconderte! ¡Vive!

Bajó los escalones con un viejo pantalón corto y una camiseta de tirantes. No tenía botas, así que se había puesto unas deportivas y se había recogido el cabello en una cola de caballo para que el pelo no rozara su maltratada piel. Escuchó gente que hablaba en la cocina y al oír la voz de Rizz se acercó a la puerta para escuchar —No le deis ni la hora, ¿me habéis entendido? Ya habéis metido la pata al dejarla entrar.

—El tío Harry se empeñó —protestó Stephanie—. ¿Ves? Te lo dije.

Escuchó suspirar a Harry. —Legalmente es su casa. Rizz no había llegado, así que no teníamos nada que le impidiera entrar. Y no me parece mala gente.

—Es una comecocos que ya te ha camelado. —Rizz no podía disimular su rabia. —Es una experta. ¡Por Dios, te lo advertí!

—No grites —dijo Stephanie por lo bajo.

—Ayudó a mi hermano —dijo Rose haciéndola sonreír porque era evidente que su tono con ella ya había cambiado—. Si no llega a ser por ella hubiera muerto en esa cama.

—Te digo que no es mala chica. July era muy suya, ya lo sabes. Cielo, ¿me pones otro café?

—Sí, claro… —Escuchó como Mary se movía por la cocina. —July era muy lista, no la hubiera timado.

—¿Lista? ¡Se fue a Nueva York con esos idiotas y no regresó por cabezonería! Es evidente que perdió el norte después de la muerte de Jason.

Entrecerró los ojos. Menuda mala leche tenía.

—La finca es de los Bremhill —protestó Stephanie—. ¿Pero qué os pasa? Tenemos que luchar por ella.

—Y lucharemos —dijo Rizz—. Tranquila, que esa aprovechada no nos va a echar de aquí. Los abogados dicen que si hacemos las cosas bien, no habrá un juez en este país que no nos dé la razón. —Ella sonrió irónica. —Además, todavía tengo un par de ases bajo la manga. Esa no se va a quedar mucho tiempo. De momento vigilarla y no habléis con ella. ¡Qué se sienta excluida para que se aburra y se vaya, joder! Rose, Mary no quiero que le hagáis ni la comida, ¿me habéis entendido?

—Sí —contestaron las dos a regañadientes.

—Ni le lavéis la ropa ni limpiéis su habitación. —Como si eso fuera a espantarla. —Ha tomado posesión de la herencia en el país y eso ha sido una metedura de pata. Tenemos que hacer que se largue. Así que sin agresiones físicas putearla todo lo que podáis.

—¿Para que cuando el juez le dé la razón nos eche a todos a patadas? —preguntó una voz que no conocía.

—¡Greg no me jodas, sabes que nos echará igual!

—¿Por qué no te la ligas y te casas con ella? —preguntó Donovan dejándola de piedra—. Así todo será tuyo y estaremos seguros.

—Sí, Rizz… —dijo Rose maliciosa—. ¿Por qué no la seduces y terminamos con esto? No se te resiste ninguna. Así todo sería tuyo como debía haber sido si tu tatarabuelo no hubiera muerto antes que el abuelo de Jason.

Se le cortó el aliento. ¿Él era quien tenía que haber heredado?

—No te creas que no lo he pensado. Incluso Robert me lo sugirió, pero es que meterme en la cama con esa furcia me revuelve las tripas, joder.

Palideció por sus palabras.

—Con más razón deberías hacerlo —dijo Stephanie.

—¿Te pones de su parte?

—Soy mujer y sé lo que es tener un corazón roto. Si se lo destrozas saldrá de aquí tan deprisa que ni nos daremos cuenta. Además, es bonita

—Muy bonita —dijo Mary—. No creo que te supusiera demasiado sacrificio. Te he visto con mujeres mucho más feas.

—¿Acaso no quieres las tierras? —preguntó Rose empezando a enfadarse.

—Sabes que sí —dijo con rabia.

—Pues ponte a ello.

—Pues si quiere ligársela lo mejor es que no sea en un ambiente hostil —dijo Donovan demostrando lo que su abuelo había dicho, que era muy listo—. Deberíamos comportarnos con educación hasta que tragara, primo.

—Harry, ¿tú qué opinas?

—Opino que los abogados son unos buitres y que siempre mienten para llevarte a su terreno. A ti te han convencido de que pueden ayudarnos, pero puede que Carlota se quede con todo porque tiene esa carta de July y con ella ganó el juicio en Estados Unidos. ¿En serio quieres que le hagamos la vida imposible, gane y lo perdamos todo? Deberíamos tener otra vía de negociación para quedarnos en caso de perder. No deberíamos llevarnos mal con ella. Te estás dejando llevar por la ira, hijo. Recuerda lo que decía Jason, mente fría.

—Eso, tú sedúcela mientras llega el juicio y si se casa contigo antes mejor que mejor —dijo Mary—. Si no es así y es tan lista como piensas, puede que nuestros abogados tengan razón y ganemos. No nos cerremos caminos nosotros mismos.

—Y si perdemos el juicio, ya la habremos camelado para que nos deje vivir aquí como hasta ahora —dijo Stephanie encantada.

—No colará, tiene que ser muy lista para haber conseguido la herencia.

—No siento ningún remordimiento por timar a esa sanguijuela —dijo Donovan dejándola de piedra—. Es una falsa, pues yo lo seré todavía más.

—Eso, tenemos que ser más listos que ella e ir de frente no nos llevará a ningún lado —dijo Rose satisfecha.

Vaya con Rose y eso que pensaba que ya había cambiado de opinión respecto a ella. Era evidente que ninguno la quería por allí, ni siquiera Harry.

Mientras murmuraban apretó los labios sintiéndose decepcionada y no sabía por qué. No querían ni que pisara sus adoradas tierras, lo sabía desde el principio. Por Dios, si habían intentado matarla… ¿Acaso creía que de la noche a la mañana iban a cambiar de opinión? Solo había que verle la cara. Paciencia Carlota, tienen que conocerte. Seguro que no es la primera vez que se reúnen para confabular contra ti, lo que pasa es que esta vez les has pillado. Como decía Jeff no se lo tomes en cuenta. Se resisten, es lógico, ellos son así. Recordó la sonrisa de July y como acariciaba su mejilla diciéndole que tenía un corazón de oro. —Quien te conoce te adora. Todos en la residencia besan por donde pisas.

Recordó como ella se echaba a reír. —Menuda mentira. La supervisora no.

—Seguro que sí porque ha tenido tiempo para conocerte y aunque se haga la dura sé que te aprecia. Como te aprecian todos. Si hasta el señor del Pino come de tu mano y es el más cascarrabias de por aquí.

—Es buena gente.

—Siempre piensas lo mejor de todos y tratas a todo el mundo con un cariño especial. —Recordó cómo los ojos de July brillaron. —Mi familia australiana te adoraría. Me encantaría que los conocieras.

—Y a mí me gustaría conocerles. —La besó en la frente. —Ahora duérmete que me echarán la bronca. —Recordó cómo fue hasta la puerta. —¿Carlota?

Se volvió para mirarla sobre su hombro. —Prométeme una cosa, ¿quieres?

—Lo que sea.

—No cambies nunca. Sigue siendo tan maravillosa como eres a pesar de lo que te rodee.

Sonrió. —Lo intentaré.

Ni se dio cuenta de que las lágrimas caían por sus mejillas. Cómo la echaba de menos y cómo la necesitaba en su vida. Pero ya no estaba y tenía que seguir adelante como le había prometido. Al escuchar los murmullos puso los ojos en blanco y después de reponerse dio un paso hacia la cocina. Rose dijo bien alto —¡Ya te has levantado!

Eso provocó que todos se volvieran y ella sonrió divertida. —Sí, es que me han despertado con tanta delicadeza que me ha sido imposible volver a dormirme. —Miró directamente a Rizz antes de decir —Me acostaría contigo, pero eso de casarnos ya lo vamos viendo.

Todos se quedaron de piedra y rio por lo bajo. —La cara que habéis puesto.

—Muy graciosa —siseó Rizz con ganas de pegar cuatro gritos—. ¡No me acostaría contigo ni muerto!

—Ah, ¿no? —Fue hasta la cafetera. —Pues parecías a punto de claudicar. —Hizo una mueca. —¿Tan desesperado estás?

—Más quisieras —dijo con odio—. Esto está ganado.

—Claro que sí porque aún tienes un par de ases en la manga.

—¡Exacto! ¡No tienes posibilidades!

—Pues dejemos que la justicia actúe. —Cogió una taza y se sirvió café tranquilamente. Cuando dejó la jarra en su sitio y se volvió todos la miraban. —Sí, tengo una pinta horrible. Harry, ¿puedes llevarme al médico?

—Claro, niña —dijo casi tan rojo como ella.

—¡No! —ordenó Rizz mirándola como si quisiera matarla.

—¿Volvemos al plan original?

—Exacto. Búscate la vida.

—Que mal perder tienes. Cuando pierdas el juicio…

—¡Eso no va a pasar!

—Claro, porque eres un Bremhill y siempre consigues lo que quieres.

—¡Exacto! —Dio un paso amenazante hacia ella y le dio un manotazo a la taza tirándola al suelo. Asombrada miró sus ojos. —Escúchame bien, si crees que puedes venir a mi casa y burlarte de nosotros en nuestra cara, estás muy equivocada. No sabes dónde te has metido, pero te juro por mis muertos que lo vas a saber.

Ella se enderezó por la amenaza. —¡Ahora escúchame tú, esta es mi casa! ¡Y haré en ella lo que me venga en gana! ¡No te olvides que puede que seáis de la familia Bremhill, pero sois empleados! ¡Mis empleados! ¡Así que no te pases! —Retándole con la mirada dijo —Harry vete a por el coche.

—Sí, jefa.

—Harry no te muevas —dijo él con ganas de bronca.

—Chicos decidíos.

—¡No eres el dueño de la finca, solo el supervisor de la herencia que te recuerdo que de momento y hasta que un juez lo decida es mía! ¡Harry vete a por el coche!

Este se levantó de nuevo. —¡Y yo te recuerdo que en la empresa como director general mando yo! ¡Y Harry está en nómina! ¡Así que recibe órdenes de mí! —le gritó a la cara—. ¡Como todos los demás en esta casa y en estas tierras! ¡Puedes vivir aquí, pero nadie, repito, nadie acatará tus órdenes! ¡Así que si quieres ir al pueblo búscate la vida!

Así que las cosas estaban así. Bueno, se las arreglaría. Sonrió maliciosa. —¿Tu coche lo ha pagado la empresa?

Él entrecerró los ojos. —¿Y a ti qué te importa?

—Harry, ¿cuál es su coche?

—El mercedes plateado —dijo Harry.

—Supongo que el garaje está detrás de la casa.

—Sí niña, pero…

Alargó la mano hacia Rizz. —Las llaves.

—No te vas a llevar mi coche.

—Claro que sí, porque es mi coche. ¿O acaso no está a mi nombre?

Vio que estaba en una encrucijada. O claudicaba a que la llevara Harry o le daba las llaves de su carísimo coche y para todos era evidente que lo adoraba. Sintió una satisfacción enorme levantando

una de sus cejas castañas de manera interrogante. —¿Me las das, por favor?

Si daba su brazo a torcer quedaría fatal, así que gruñó y metió las manos en el bolsillo del pantalón sacando las llaves. Ella sonrió radiante. —Gracias. —Miró el llavero que tenía el emblema de la marca. —Uy, que bonito. Puede que me lo quede, necesito transporte por aquí. —Fue hasta la puerta. —Os veo luego, chicos. Uy, el bolso. —Corrió escaleras arriba mientras todos se miraban los unos a los otros.

—Hijo, me parece que no vas por buen camino…

—¿No me digas, Harry? —preguntó con ironía.

—Intenta ligártela —dijo Donovan por lo bajo.

Le fulminó con la mirada. —¿Ahora que lo sabe todo?

El chico hizo una mueca. —Es que hablas muy alto. —Todos asintieron dándole la razón y él gruñó de nuevo.

Carlota pasó ante la puerta de la cocina. —¿Alguien quiere algo del pueblo? —Nadie dijo una palabra. —¿No? Compraré condones porque a mí me gustan las relaciones seguras. —dijo con recochineo —. Chaito.

Salió de la casa y sonrió, pero al estirar la piel gimió de dolor. Leche, necesitaba un médico ya.

Capítulo 7

Al llegar al pueblo fue evidente que ya había corrido la noticia de que estaba por allí. Se dio cuenta de que no iba a ser fácil en cuanto se bajó del coche y no digamos cuando entró en la consulta del médico. Cuatro horas ya llevaba esperando por no tener cita y la miraban como si fuera una apestada. Una mujer de su edad que iba con un niño de unos cinco años, no dejaba de lanzarle puñales con la mirada y cuando sonrió a su hijo, esta le dijo al niño de malos modos que se sentara a su lado y dejara de molestar. Esa actitud le recordó a su madre y enderezó la espalda. —Oiga, si tiene algo en mi contra no hace falta que lo pague con el niño.

—¿Qué ha dicho? —La mujer se levantó.

—Lo que ha oído —dijo fríamente.

Esta entrecerró los ojos. —Vamos, cielo. Ya vendremos a la consulta del médico cuando no apeste.

La enfermera que estaba detrás del mostrador jadeó. —Sally no te pases.

—Lo siento Lidia, pero es que aquí apesta. Es evidente que alguien está podre por dentro, solo hay que verle la cara. ¡Que por cierto, hay que tener mucha para presentarse en el pueblo después de lo que ha hecho!

—Mire, señora… —dijo Carlota levantándose—, afortunadamente tengo más educación que usted porque si no fuera así le diría lo que pienso.

—Ah, ¿si? —preguntó con chulería—. ¿Y qué es lo que piensa si puede saberse?

—Que debería meterse en sus cosas.

—Oh, le aseguro que me meto en lo mío.

Mierda otra Bremhill. Esta se volvió hacia la enfermera. —Dile al doctor que mientras atienda a esta chusma que no cuente con los Bremhill y eso también va por el nuevo consultorio.

La chica dejó caer la mandíbula del asombro mientras Sally salía de la consulta. —Mierda. —La fulminó con la mirada. —Enseguida la atiende el doctor.

—¿De veras? —preguntó con ironía porque se habían quedado solas en la sala.

—Sí, de veras.

La mujer que estaba con él no tardó en salir y la enfermera le hizo un gesto con la mano para que pasara en lugar de acompañarla como había hecho con los demás. Se mordió la lengua porque necesitaba que la vieran. Cuando entró en la consulta un hombre mayor con bata blanca se volvió y silbó. —Rodajas de tomate y si le salen ampollas vaya al hospital.

Atónita parpadeó. —¿No me da una crema antibiótica o algo?

—Vaya, una que va de sabelotodo. Si no quería mi opinión médica no sé para qué ha venido —dijo de malos modos.

—Para perder el tiempo, obviamente.

Salió de allí furiosa y ver la cara de burla de la enfermera le dio una rabia que sintió unas ganas de llorar terribles. Sintiéndose observada por los que estaban en la calle se subió al coche y reprimiendo un sollozo arrancó girando el volante para salir del pueblo dirección a Perth. Tendría que ir al hospital porque era evidente que necesitaba ayuda. No lo entendía, ese hombre era médico. Había hecho un juramento, pero era evidente que los Bremhill eran los dueños del pueblo y nadie les rechistaba. Apretó el volante con rabia mientras las lágrimas fluían. Pues con ella no iban a poder.

El médico de urgencias puso el grito en el cielo en cuanto la vio y le echó una buena bronca sobre los peligros de los rayos solares y el cáncer de piel. Se mantuvo callada mientras la reconocía sobre la camilla dejando que él siguiera soltándole el discurso. De repente estaba agotada y harta de todo y la vieja Carlota hizo acto de presencia metiéndose en su burbuja. No se dio cuenta de que el médico se relajaba. —¿Me ha oído?

—¿Qué?

—Tiene fiebre. Voy a ponerle un antibiótico por vía para que sea más rápido y tendrá que untarse una crema tres veces al día. Si no mejora mañana tendrá que volver porque habrá que seguir un tratamiento más agresivo.

Asintió sin decir ni pío y él entrecerró los ojos. —Ahora hablaré con su familia para que no se preocupen. Es serio, pero no grave.

Tragó saliva intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. —No tengo familia.

Él apretó los labios antes de forzar una sonrisa. —Pues nosotros la cuidaremos. Enfermera, una vía.

—Sí, doctor.

Con eficiencia le puso la vía en el brazo y le inyectaron el antibiótico y algo más que no entendió. Esa situación le hizo ver lo sola que estaba y sin poder evitarlo una lágrima cayó por su sien. —Todo irá bien —dijo la enfermera con suavidad.

—Me duele —dijo para disimular

—Lo sé, pero enseguida se encontrará mejor.

—Gracias

—De nada. Ahora se quedará aquí unos minutos y volveremos en un rato para ver cómo va, ¿de acuerdo?

—Sí.

En cuanto salieron del box ella se quedó mirando el techo. Entonces todo le vino a la mente de golpe. Los insultos, cuando le rompieron la nariz y los dolores posteriores por la operación, las humillaciones en la prensa… Y ahora con la ilusión que tenía de conocer el rancho recibía esta bienvenida. Había visto mundo, sí, ¿pero merecía la pena ser una apestada? Durante los años que trabajó en la residencia fue muy feliz. Más que en toda su vida. Allí tenía amigos y personas que la apreciaban… Desde que había recibido la herencia volvía a estar sola y era duro. Era muy duro. Sollozó llevándose la mano libre a los ojos intentando evitar las lágrimas. July le echaría una bronca gordísima si la viera así. No dejes que nadie te hunda, escuchó que le decía. Nadie, ¿me oyes? Respiró hondo intentando reponerse. Llorar no servía de nada. Eso lo había aprendido desde muy pequeña y hasta que había conocido a July no le había importado realmente a nadie. Si ella pensaba que

debía heredar era por algo, así que seguiría adelante y si tenía que hacerlo sola pues muy bien. Estaba acostumbrada. Vamos Carlota, eres una mujer fuerte, no podrán contigo.

Cuando llegó al rancho abrió con el mando que había en la visera. Tomó el camino que llevaba a la casa, pero al ver unas reses y unos hombres a caballo frenó poco a poco para observarles. Vigilaban una manada que avanzaba hacia ella lentamente. Se bajó del coche cubriéndose bien con el sombrero que se había comprado y rodeó el vehículo para acercarse. Era impresionante. Uno de los vaqueros llevaba lo que parecía un látigo en la mano y dominaba las riendas con la otra con una facilidad pasmosa. Al acercarse más separó los labios de la impresión porque era Rizz. No podía verle bien la cara por el sombrero vaquero que llevaba, pero algo en su manera de moverse le dijo que era él. Y era un auténtico vaquero. Era evidente que estaba en su ambiente y que había nacido para eso. Se sintió algo culpable por haberle arrebatado algo que quería tanto.

Otro de los vaqueros debió decirle algo porque miró hacia ella y vio como hincaba los talones acercándose a galope. Se le secó la boca mientras se aproximaba y cuando llegó hasta ella giró el caballo mirándola de costado. —¡Has estado fuera un montón de horas! —dijo molesto.

Sonrió lo que su cara le permitía. —¿Has estado preocupado por mí?

—No digas estupideces. Necesitaba el coche.

Como si no hubiera coches en la finca. En el garaje había al menos diez.

—Pues ya estoy aquí.

La miró atentamente. —Estás blanca.

—Es la crema. —Se miró el brazo que estaba blanco como la nieve. —No puede darme el sol. Órdenes del médico.

—Joder, me habrás puesto el coche perdido.

Gruñó por dentro fulminándole con la mirada. —Dale las gracias a Stephanie por ello. —Inclinó el sombrero hacia atrás porque le

molestaba en la frente.

—¿Has estado de compras? —preguntó como si se lo esperara.

—Necesitaba algunas cosillas.

—¿No me digas?

—He comprado unas botas —dijo ilusionada—. ¿Quieres verlas? ¡Son auténticas botas de cowboy!

—¿Y por qué no las llevas puestas? ¿No te pegaban con el modelito?

Era evidente que a todo lo que dijera tendría una respuesta irónica, así que perdió la sonrisa mirando su rostro. Él apretó los labios. —Jeff ha estado aquí. Ha dicho que vais a asociaros.

—Sí.

—Al parecer no pierdes el tiempo.

—Lo está pasando mal y es trabajador.

—¡Ya sé que es trabajador! —gritó sobresaltándola—. ¡Trabajaba para mí!

—¿Y esperabas que volviera con el rabo entre las piernas?

—No sabes de lo que hablas.

—No, claro que no. Para unas cosas soy una auténtica estúpida y para otras soy de lo más lista, ¿no? Es según te convenga. —Rodeó el vehículo y se metió en él sin esperar respuesta. Aceleró pisando a fondo y el polvo rojo se levantó a su paso.

Observando como se alejaba ni se dio cuenta de que Carl se ponía a su lado. —Parece que esa bruja no te teme en absoluto.

Apretó los labios. —Me temerá y saldrá de aquí antes de que te des cuenta.

—Ten cuidado, Rizz… Al escucharos he tenido una sensación muy rara, como si algo no fuera bien.

—Todo irá sobre ruedas en cuanto se largue. —Volvió el caballo. —¡Daos prisa! ¡Hay que hacer mil cosas antes de que oscurezca!

Sentada en el porche con un libro en la mano comía un sándwich que se había preparado ella misma cuando llegó Rizz en la camioneta de Harry. Ni se molestó en llevarla al garaje. Apagó el motor mirándola como si la odiara y Carlota harta suspiró bajando la

vista al libro de nuevo. Escuchó como cerraba de un portazo y que subía los escalones, pero no continuó hacia la puerta sino que se la quedó mirando. Sin levantar la vista dijo —¿Querías algo?

—Esto debe ser tuyo.

Levantó la vista y asombrada vio su móvil. —¿Cómo…?

—Lo encontraron en Sídney. La policía ha hablado con la compañía. Al parecer cuando hablaste con ellos para decir que te lo habían robado, les dijiste a donde ibas para que te enviaran uno nuevo y se lo han enviado al sheriff. Y él me lo ha entregado a mí.

—Genial —dijo encantada levantándose para cogerlo de su mano. Sus dedos se rozaron y se estremeció por su tacto, pero disimuló girándose—. Gracias.

—De nada —dijo molesto.

Se sentó de nuevo encendiéndolo y puso la huella dactilar para desbloquearlo. —Está perfecto.

—No es un modelo muy moderno, ¿no?

—Funciona muy bien. —Sonrió encantada. —Menos mal que lo he recuperado, tengo dentro todas las fotos.

Él levantó una ceja como si le importara un pito.

—Ya, claro. —A toda prisa abrió su correo electrónico y vio el documento que le había enviado el abogado. Concentrada en él lo leyó atentamente y frunció el ceño porque había añadido un poder. ¿Este era tonto o se hacía? Le daba que iba a tener que cambiar de abogado por listo.

—¿Ocurre algo?

—¡No! Claro que no. —Forzó una sonrisa. —Todo va bien.

—Me alegro.

Soltó una risita. —Menuda mentira.

—Pues sí. Me importa una mierda lo que te pase —dijo haciéndola palidecer bajo la crema—. Solo intentaba ser educado.

—Es obvio que tienes una educación de primera —susurró dejando el móvil al lado del sándwich a medio comer. Abrió el libro de nuevo e hizo que leía, pero él no se iba. Así no había quien se concentrara. —¿Qué…?

—Lo de Jeff no puede ser, así que vete olvidándote.

Elevó la vista hasta él. —¿Por qué?

—Necesitamos esas tierras.

Separó los labios de la impresión. —¿No tienes bastantes?

—Pues no. Llevamos detrás de ellas desde que murió el padre de Jeff y ya va siendo hora de que se rinda.

—No digas estupideces, hay sitio para todos.

—Jamás podrá competir con nosotros, Carlota.

—Eso lo sé, pero es que vamos a criar otra cosa.

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Perdón?

—¡Pavos reales! —dijo ilusionada—. Los pavos reales están muy cotizados.

—¿Estás loca? —gritó sobresaltándola.

—¿Por qué dices eso?

—¿Cómo vas a criar pavos reales aquí?

—¿Acaso en Australia no hay pavos?

—Sí, pero…

—¿Entonces?

La miró como si quisiera estrangularla. —Esas tierras tienen dos pozos de agua que nos vendrán muy bien. —Chasqueó la lengua mirando el libro de nuevo. —Carlota, ¿no me has oído?

—Sí, pero paso de ti, ¿no se nota?

—¡Hablo en serio!

Exasperada levantó la vista hasta él. —Quiero ayudarle a prosperar. Y cuando estuve en Asia había pavos reales por todos los sitios. Me pareció muy bonito.

Él parpadeó como si no se lo creyera. —¿Vas a invertir miles de dólares en esa locura porque te parecen bonitos? —gritó fuera de sí.

—Sí —contestó como si nada antes de sonreír—. Tienen los colores más hermosos del mundo.

—Increíble. —Entró en la casa y dio un portazo que casi la tira abajo. —¡Increíble!

—Dan buena suerte…

—¡Pues la vamos a necesitar porque como haya una sequía, a ver de dónde sacamos el agua!

—Te la dará Jeff, no es egoísta.

Él abrió la puerta de golpe. —¡Yo quería comprárselas! ¡Y tú le regalas el dinero!

—Soy su socia no le regalo nada. Vamos cincuenta, cincuenta.

—¡Cincuenta palos os daba yo, descerebrados!

Jadeó viéndole entrar de nuevo en la casa y furiosa le siguió. —¡Es un buen negocio!

Él que estaba en la escalera se volvió. —Dile que lo has pensado mejor.

—¡Ni hablar, he dado mi palabra! ¡Ha trabajado mucho, merece una oportunidad!

Bajó un escalón. —Al parecer te has hecho muy amiguita de Jeff, ¿no?

—¡Agradéceselo también a Stephanie por abandonarme en sus tierras!

La aludida pasó entre ellos como si tal cosa. —Sí, tranquila —dijo con ironía—. ¡Te perdono ser tan niñata y que me dejaras tirada allí!

Esta con una sonrisa maliciosa soltó —¿Por qué no te tomas otra cervecita a ver si se te pasa el síndrome de abstinencia?

—¿Bebes? —preguntó él como si aquello fuera el colmo.

Asombrada respondió —¡Sí, me pillo unas melopeas de campeonato!

La señaló con el dedo. —En esta casa no. ¡Hay niños!

—¿Acaso tú no te tomas nunca una cerveza? ¿Entonces qué hacen en la nevera?

—Te juro que como te emborraches en esta casa te echaré yo mismo.

—Haré lo que me venga en gana, pesado. ¡Es mi casa!

En ese momento escucharon el motor de un coche y se volvió para ver llegar a Jeff. Sonrió encantada y salió al porche. —Hola socio.

—Veo que te han untado bien —dijo divertido. Miró tras ella y perdió algo la sonrisa—. Rizz...

—Jeff…

—He venido a ver cómo estaba.

—¿Por qué le das explicaciones? —preguntó incrédula—. Ahora no es tu jefe, somos socios. Ven, siéntate que te traigo una cerveza.

Jeff sonrió y se sentó en su sitio mientras ella entraba en la casa. Rizz la siguió. —Ni se te ocurra —siseó—. Dile que no.

—Y una leche. —Abrió la nevera y cogió un par de cervezas. Igual no debería tomar otra ya que tomaba antibiótico. Sí, mejor la dejaba. Él al ver que la dejaba levantó una ceja. —No es por lo que me has dicho, el doctor me ha recetado antibiótico.

—¡Y ya te has tomado una! —exclamó como si eso fuera un sacrilegio.

—¿Sabes que empiezas a caerme muy pesado? —Negó con la cabeza como si no se lo esperara. —Voy a pensarme muy seriamente eso de acostarme contigo porque igual luego no me libro de ti.

—Ja, ja…

Sonrió radiante antes de rodearle. —Jeff, ¿quieres algo de comer? —preguntó a gritos.

—Vale.

—Uy, ha trabajado mucho, seguro que está hambriento.

—¿No me digas? —preguntó con burla antes de señalar a Stephanie que no perdía detalle sentada a la mesa de la cocina—. ¡Cocínale algo!

—¿Yo? —preguntó con horror.

—¡Ella tiene que salir ahí y aclarar esto!

—Tranquila, ya lo hago yo. Pero si puedes sacarle la cerveza, estará sediento. —La miró de reojo y vio como se levantaba a regañadientes, lo que indicaba que le gustaba Jeff porque sino no se hubiera levantado ni muerta para hacerle un favor. Sonrió interiormente y cuando salió corrió a la ventana de la cocina.

Rizz se puso a su lado. —¿Qué haces?

—Shusss, te van a oír. —Soltó una risita. —Ella sonríe.

—¿Qué?

—Uy y se sonroja. Eso es que le gusta.

—Será una broma. —La fulminó con la mirada. —Deja de meterte en la vida de mi prima.

—¿Aquí a todos los familiares que no son tíos o abuelos los llamáis primos?

—¡Sí!

—Ah… Eso está muy bien. —Volvió a la cocina y sacó la sartén colocándola en la cocina. —Tú eres hijo de una prima de Jason, ¿no?

—Abrió la nevera y sacó queso, beicon y huevos.

—Sí.

Empezó a batir los huevos con energía. —Y tendría que haber heredado tu tatarabuelo, pero murió antes de que su padre falleciera.

—Mi tatarabuelo era el mayor. Bueno no era el mayor, perdieron tres hijos de escarlatina antes, pero después lo fue —dijo frustrado —. Oye, tienes que hablar con él.

—¿Con tu tatarabuelo?

—Muy graciosa.

—¿No puedes mantener una conversación normal?

—Los hermanos mayores de mi tatarabuelo murieron y desde entonces fue el heredero, pero murió con veintitrés de un golpe de calor. ¡Su hijo acababa de nacer, así que heredó el abuelo de Jason!

—Al parecer lo había entendido correctamente. —Tiró los huevos a la sartén y vio de reojo que miraba la tortilla. —¿Quieres una?

—No, gracias —dijo con ese tonillo que la ponía de los nervios.

—Y tu madre no se casó, porque si llevas el apellido Bremhill…

—Pues no, señorita meticona, no se casó. Me tuvo con dieciséis y se largó de casa con veintitrés llevándose la herencia que le tocó de su padre. Me tuvo que criar Jason.

Le miró de reojo. —Seguro que lo hizo con gusto.

Él se mantuvo en silencio. En menos de dos minutos tenía hecha una esponjosa tortilla. —¿Seguro que no quieres? No me importa hacer otra.

—No, gracias —dijo con desprecio—. Huele fatal.

—¿Estás teniendo una rabieta?

—¡Habla con él! —gritó furioso.

—Oh, hablaré, claro que sí. ¡Pero para hacer lo que planeamos! —Vio como iba hacia la puerta y se largaba. —¡Y no huele fatal! ¡Cocino de miedo! —Acercó la sartén y la olió. Olía a gloria bendita, sería capullo. Colocando la tortilla sobre el pan con algo de lechuga y mahonesa, pensó en lo que le había dicho de su madre. Ella tampoco le quiso, pero había vivido con amor toda su vida, ¿o no? Dudaba que July no hubiera sido buena con él. Había sido muy afortunado, aunque seguramente no se diera cuenta. Se preguntó

por qué July nunca le había hablado de Rizz. Era extraño. Pero estaba segura de que si ella le había criado tenía que adorarle porque July tenía un corazón enorme. Se sintió fatal por haberle dicho que si él no había heredado era porque no era importante para July, eso debió sentarle como una patada en el estómago. Vaya lío de familia. Aunque estaba ella para hablar.

Salió con el plato al porche para ver que los tortolitos estaban hablando y sin interrumpirles le dio el plato a Stephanie para que se lo diera. —Tengo que limpiar, vengo ahora.

—Tranquila, no hay prisa —dijo Jeff encantado.

Sí, ya sabía que no tenía ninguna prisa. Regresó a la cocina y se puso a fregar la sartén dejándola reluciente y después limpió la cocina para que Rose y María no tuvieran ninguna queja. Escuchó llegar un coche y al ver el autobús del colegio sonrió. En ese momento salieron todos los chicos y algunos más que no conocía. ¿Serían amiguitos? Entraron en casa como una tromba y la pequeña Betty dijo que quería agua. Otros pidieron la merienda porque tenían hambre y antes de darse cuenta estaba haciendo bocadillos para todos. Cuando llegaron Sophia y María se encontraron que ya tenía dominado el problema. Sophia se acercó rápidamente. —No hacía falta que…

—No pasa nada.

—Lo siento, es que nos retuvieron en la autopista después de salir del hospital. Al parecer estaban buscando a alguien.

—Tranquila. ¿Es un fugado o algo?

—No nos lo han dicho, así que no debe ser grave.

—¿Y cómo está Oliver?

—Todavía no le han despertado, pero el médico dice que responde bien.

—Que bien.

—Sí, Sara y Rose se han quedado allí un poco más —dijo mirando a su alrededor—. Phillip, ¿la madre de Jimmy sabe que está aquí?

—Sí, mamá.

—Genial —dijo por lo bajo—. Podría haber avisado.

—Y Stephanie podría haberte ayudado —dijo María molesta.

—No pasa nada. —Bajó la voz. —Creo que hay romance a la vista.

Las tres estiraron el cuello para mirar por la ventana y vieron como se reían. —Jeff siempre ha estado coladito por ella —dijo María encantada—. A ver si la niña abre los ojos de una vez porque le gusta cada uno…

—¿De veras?

—El último era roquero —dijo Sophia—. Le conoció en la universidad. Lo trajo a casa y Rizz le echó antes de que pudiera poner un pie en el porche. El tío venía con un porro en la mano y salió corriendo, literalmente.

—¿Y ella?

—Menuda bronca tuvieron. Que no eres mi padre, que hago lo que me da la gana. Que me vuelvo a casa de mis padres. Si se fue por las discusiones que tenían que eran gordísimas. Creía que aquí haría lo que le daba la gana, pero Rizz se lo dejó bien clarito. —María indicó la ventana. —¿Les ha visto?

—Sí.

—¿Y no ha dicho nada?

—No.

—Eso es que está de acuerdo. —María sonrió satisfecha. —Uy, que mi sobrina se casa.

—Mamá, si solo están hablando.

—Stephanie sonríe, es por algo.

Los gritos de los niños eran para volver loco a cualquiera y cuando vio que empezaban a descontrolarse gritó —¿Son todos Bremhill?

—La mitad más o menos —dijo Sophia. Forzó una sonrisa—. Algunas madres tienen mucho morro y mi madre no sabe decirles que no.

Cuando cuatro corrieron hacia el hall casi se chocan con Rizz que era evidente que se había duchado por su cabello negro húmedo. Pero que se vistiera con una camisa blanca y un pantalón de vestir negro la mosqueó. Uy, que este tenía una cita. Y ella con esa pinta. Varios niños la miraban mientras comían el sándwich y ella sonrió. —Es para que no me dé el sol.

—¿Te has quemado? —preguntó uno.

—Sí, me he quemado así que aprended la lección, no se pone uno al sol sin cremita.

—Vale.

Que monos, era para comérselos como al que estaba en el hall a punto de pegar cuatro gritos. —¡Niños a jugar fuera!

Todos salieron en estampida y ella levantó una ceja divertida. —Los tienes dominados.

—Si no esto es un caos. ¿Cómo está el tío Oliver?

—Mejor —dijo María ayudando a recoger—. ¿Vas a salir?

—Tengo una cena de negocios.

—Uy, que mentira… —dijo sin cortarse—. No llevas chaqueta, no es formal ir sin chaqueta a una reunión de negocios.

—¿Las llaves de mi coche?

—Querrás decir de mi coche —dijo queriendo provocarle.

María y Sophia miraron a Rizz esperando su respuesta. —Soy el director general y es el coche que la compañía me ha dado. Es mi coche, va con el puesto.

—No, monín. Porque si la empresa cerrara mañana no te lo llevarías a tu casa, ¿no es cierto? Por lo tanto es mío.

—Que lista, podría ser abogada —dijo Sophia—. Mira cómo le ha cerrado la boca.

Él la fulminó con la mirada cerrándole el pico antes de mirar a Carlota que sonrió con inocencia. —Las llaves de mi coche.

—Pues tráeme un coche para mí.

—¡Coge otro!

—¿Y molestar a otro miembro de la familia? Prefiero molestarte a ti —dijo con descaro.

—María dame las tuyas.

—¿Vas a ir a una cita en el Mazda? —preguntó pasmada.

No lo pudo evitar se echó a reír a carcajadas por la cara que puso.

—Me alegro de que disfrutes tanto de tu estancia en esta casa —dijo con voz lacerante—. Intentaremos que te sientas aún más cómoda en el futuro. —Se volvió saliendo de la cocina y gritó —¡Stephanie! ¡Las llaves de tu coche!

—No puedes llevártelo, lo necesito.

—¡Ahora!

—¡Oye, no te pongas chulo conmigo! ¡Yo no tengo la culpa de que ella se haya quedado con el tuyo!

—Yo te llevaré a donde quieras —dijo Jeff intentando apaciguar los ánimos.

—¿De veras? Toma, pesado.

Vio como él rodeaba la casa para ir al garaje jurando por lo bajo y apretó los labios porque era evidente que negarle las llaves no había servido de nada para que se quedase, todo lo contrario, ahora estaba más cabreado aún si eso era posible. Agachó la vista para frotar la encimera mientras Sophia y María se miraban con una sonrisa en los labios.

Capítulo 8

Al final cenó con la familia porque ayudó a hacerla y nadie tenía la cara para decirle que no podía cenar con ellos. Jeff se unió a la cena y hablaron del negocio ante todos. Harry no lo vio mal. —Además del pavo se aprovecha todo, ¿no?

—Es una especie protegida en algunos países. Además, nos darán subvenciones para su cría. En algunos sitios son escasos y la gente se muere por tenerlos en sus casas —dijo Jeff emocionado—. Algunos pagan hasta seis mil dólares por una pareja.

Todos les miraron sorprendidos. —¿De veras? —preguntó Rose—. Chico vaya negocio.

—Deberemos tener unas instalaciones adecuadas para ellos —dijo Carlota—. He estado investigando un poco en internet y necesitaremos un veterinario experto en ese tipo de aves.

—Nuestro veterinario es muy bueno, niña.

—Y no digo que no lo sea, pero hay que cuidarlos con mimo y él nos asesorará. Al menos hasta que Jeff conozca bien la especie se quedará un tiempo.

—Entendido socia.

—Cuando criemos a los primeros, traeremos aquí una pareja para que esté por los alrededores. Eliminan los insectos y las serpientes venenosas, ¿lo sabíais? —Sonrió radiante. —Todo son ventajas.

—Seguro que no nos libran de todas las serpientes —dijo Stephanie con segundas.

Decidió ignorarla hablando con los demás porque estaba teniendo una cena estupenda y no quería estropearla. Vio como a Stephanie le cambió la cara y como el rencor crecía. Ya ni a Jeff le hacía caso centrada en cada una de sus palabras y soltando pullas cada vez que podía. Como si nada ayudó a recoger y limpiar y cuando todo estuvo listo se reunieron con los hombres en el salón mientras se tomaban una copa de coñac. Al ver que Rose cogía una labor se acercó

curiosa. —¿Bordas? July también lo hacía. Intentó enseñarme, pero no tengo paciencia. —Rose apretó los labios lo que demostraba que sacar a July en la conversación no era buena idea porque recordaban por qué estaba allí. Pero necesitaba hablar de ella y se echó a reír. —La ponía de los nervios con mis puntadas.

María sonrió. —Cuéntanos cómo era su vida allí.

—María… —la advirtió su marido.

—¡Quiero saberlo! Quiero entender como tus propios hijos te dejan tirada en una residencia cuando ella no estaba impedida y se valía por sí misma. —La miró a los ojos. —Ayúdanos a entenderlo.

—Yo tampoco lo entendía. Sobre todo con su carácter.

Todos asintieron. —Supongo que se dio por vencida —dijo Rose —. Había perdido a Jason y se dio por vencida. Se fue de aquí porque la casa se le venía encima y buscó el apoyo de sus hijos, lo que más quería. Al no tenerlo se rindió.

Apretó los labios porque eso es lo que había pensado mil veces.

—El día antes de su muerte pasó un reconocimiento médico —dijo con la mirada perdida—. Estaba bien. El médico dijo que viviría hasta los cien y recuerdo como ella se echó a reír diciendo que era un optimista. Y esa noche… —Su voz se quebró. —Todavía no me lo creo.

—Oh, por Dios… ¡Yo sí que no me creo lo que está pasando en esta familia! —Stephanie molesta salió del salón.

Agotada de tantas emociones se sentó al lado de Rose que forzó una sonrisa. —La quería mucho. Todos la queríamos.

—Y ella a vosotros.

—Si hubiera regresado… —susurró María.

—No quería regresar hasta el momento en que lo hizo —dijo Harry—. Eso es obvio. Pero la chica tuvo que hacerla feliz en ese último año para que se lo legara todo. Y eso te lo agradezco.

Se sonrojó bajo la crema. —July era especial. Y me hizo sentir especial a mí.

—¿Y eso? —preguntó Rose.

Les contó todo lo que la había ayudado y como la había obligado a hacer cosas que ni se le ocurrirían con la amenaza de que la echarían del trabajo. Rieron con sus anécdotas y por como la

manipulaba. —¡Cuando quería era una bruja! —dijo indignada—. Me obligó a pedirle una cita a uno de los celadores simplemente para que me soltara en eso de ser moderna, como ella decía.

—¿Te amenazó con qué? —preguntó Jeff divertido.

—¡Pues con decirle a la jefa que la pellizcaba!

Todos la miraron con los ojos como platos. —Decía que lo hacía por mi bien y que tenía que tragar si no quería perder el trabajo. Y así siempre. ¡Hasta me obligó a depilarme las piernas!

—Niña esto puede ser Australia, pero aquí nos depilamos —dijo Rose dando el visto bueno a su amiga. De repente se echó a reír—. Así que te llevaba como una vela.

Sonrió. —Tenía a toda la residencia comiendo de su mano. Hasta la supervisora la consentía en todo.

—Esa era nuestra July —dijo Rose orgullosa.

—Sí, maja… Pero tú no saliste con ese, era más feo que Picio.

Todos se echaron a reír a carcajadas y en ese momento Rizz apareció en la puerta del salón. —Buenas noches…

Jeff carraspeó. —Que tarde es. Mejor me voy que mañana hay que levantarse temprano.

—Ven a buscarme prontito —dijo ella.

—¿A las seis?

—No tan prontito.

Todos rieron por lo bajo.

—¿Mejor a las nueve?

—Eso, que hay mucho día por delante.

—Buenas noches a todos —dijo Jeff antes de ir hacia la puerta—. Rizz…

Este no le contestó mirando a su familia, que incómodos se fueron levantando con la excusa de irse a la cama.

—Bueno, bueno… Que tarde es —dijo ella —. Mejor yo también me voy que…

—No, quédate, tengo que hablar contigo —dijo él en un tono suave que le pondría los pelos de punta a cualquiera.

Harry pasó a su lado y ella susurró —No te vayas.

—Niña, esta guerra tienes que ganarla sola.

Bufó mientras él salía. —¿Qué tal tu cita? —preguntó para romper el hielo.

—Muy interesante. ¿Has amenazado a mi prima?

—¿Cuál de ellas? Tienes tantas…

—Estuviste hoy en el médico del pueblo.

—Oh, ya sé quien es, la que tiene ese olfato tan sensible.

—Ni se te ocurra amenazar a ninguno de los míos, ¿me has entendido?

—Veo que vienes con ganas de marcha, ¿qué pasa que tu cita no ha sido de tu agrado?

—¡Deja a mi cita en paz!

—No, si yo la dejo en paz. Bastante ha tenido la pobre con pasar tres horas contigo. —Sonrió como una niña buena. —Ahora si me disculpas me voy a la cama.

Pasó a su lado y él la cogió por el brazo con fuerza reteniéndola. Carlota hizo un gesto de dolor y él soltó su brazo de inmediato. —Perdona, no quería…

Asombrada dio un paso atrás. —¿Qué pasa, que cuando las cosas no salen como quieres demuestras tu fuerza?

Él perdió parte del color de la cara. —No quería hacerte daño. No recordé que… ¡Joder, no fue mi intención! —El contorno de su mano en su brazo lleno de crema le hizo apretar los labios. —Vete de aquí —dijo casi con desesperación.

—Ni de coña. —Ella le miró con rabia. —Así que intenta contenerte porque como vuelvas a tocarme un pelo te vas a acordar de mí el resto de tu existencia. —Corrió escaleras arriba y cerró de un portazo que se escuchó en toda la casa.

Él miró su mano llena de crema y juró por lo bajo. —Rizz… —Miró sorprendido hacia atrás donde Harry salía de la cocina. —Ve a disculparte, hijo… Eso no ha estado bien. Sé que no lo has hecho con mala intención, pero esa niña ha pasado por mucho y es normal que se haya puesto así por tu reacción.

—¿Qué insinúas?

—¿Con la madre que ha tenido crees que no sufrió malos tratos? —preguntó haciéndole apretar las mandíbulas—. Yo creo que sí y seguramente fue un martirio vivir a su lado. Está sola, ¿no te das

cuenta? Y July le tomó cariño y la intentó proteger todo lo posible. La envió aquí y nosotros la tratamos así. No es justo y no pienso seguir haciéndolo pase lo que pase en el juicio. Tú haz lo que quieras, pero…

Los gritos de dolor les hicieron mirar hacia el segundo piso. Rizz corrió escaleras arriba y cuando llegó a la habitación de Carlota abrió golpeando la puerta contra la pared para encontrársela en el suelo del baño gritando de dolor de una manera que ponía los pelos de punta. —Dios mío… —Corrió hacia ella. —¿Carlota? —Se retorcía con las manos en la cara sin dejar de soltar alaridos de dolor. —¿Qué te pasa? —gritó impotente.

—¡Me quema, me quema!

A toda prisa cogió una toalla y la mojó. —Nena, déjame que te la ponga en la cara. —Consiguió apartar las manos mientras Harry llamaba a una ambulancia desde el teléfono que estaba sobre la mesilla.

Rose llegó en camisón y se arrodilló a su lado. —¿Qué ocurre?

—¡No lo sé! —gritó desesperado. La toalla húmeda sobre la cara parecía que le hacía bien porque Carlota gimoteó del alivio.

—Ya vienen de camino.

Rose al apartar la toalla apretó los labios. —Moja otra. Niña tengo que frotarte la cara. Seguro que ha sido la crema que te ha dado alguna reacción.

Sollozando dejó que Rose con delicadeza frotara su piel para quitar los restos de crema mientras Rizz sin quitarle ojo empapaba otra toalla. Al mostrar su piel él juró por lo bajo al ver las heridas en las mejillas y en la frente. María sollozó horrorizada tapándose la boca y Sophia dio un paso atrás impresionada mientras que Rose asustada levantaba la vista hacia él. Rizz se agachó para colocarle la toalla con delicadeza sobre el rostro mientras Carlota no dejaba de llorar. —Shusss, te pondrás bien. —La cogió en brazos. —¡Dónde está el médico, joder!

—El doctor ya viene para acá —dijo Harry—. Hijo vete a por el helicóptero, esto no me gusta. Deberíamos llevarla al hospital.

La dejó sobre la cama con delicadeza y miró hacia la puerta para ver la sonrisa maliciosa de Stephanie. Se quedó de piedra y miró

hacia el baño para ver como Rose olía el tarro de crema. Salió de la habitación cogiendo a Stephanie del brazo. —¿Qué coño has hecho?

—Lo que vosotros no tenéis agallas para hacer. Lograr que se largue.

—¡Como se entere de esto puedes acabar en prisión! ¿Qué le has echado en la crema?

—Limpiahornos extrafuerte.

—¿Estás loca?

—¿No te das cuenta de que se los está ganando a todos? En un solo día ya se ríen con ella como si fuera de la familia. En un mes todos estaremos en la calle.

—Reza porque no se entere de esto, porque ni yo podré sacarte del lío en el que te has metido.

Escucharon el sonido de la sirena de la ambulancia y juró por lo bajo entrando en la habitación para coger el tarro de crema de las manos de Rose. Sorprendida vio como cogía un pedazo de papel higiénico y tiraba el contenido al wáter limpiándolo bien antes de coger un envase de crema de cara que había en el neceser y echar el contenido en el tarro vacío. —¿Qué haces? —susurró asombrada.

—No digas ni una palabra. —Dejó el tarro donde estaba y todos que habían visto lo que había hecho volvieron la cabeza hacia Stephanie que bufó antes de largarse.

—Dios mío… —dijo su abuela espantada.

Él les advirtió con la mirada para que cerraran la boca antes de gritar —¡Doctor, por aquí!

El doctor Peterson entró en la habitación con la respiración agitada. —¿Qué ha ocurrido?

A toda prisa se acercó a Carlota que no dejaba de llorar y cogió la esquina de la toalla. —Con cuidado —le advirtió Rizz.

Así lo hizo y el médico al ver las heridas se tensó. —Rizz vete a por el helicóptero. Necesitará tratamiento hospitalario.

Salió corriendo mientras el médico abría el maletín. —Voy a sedarla, esas heridas son muy dolorosas.

—¿Se pondrá bien, doctor? —preguntó Harry ansioso.

—Puede que le queden cicatrices, dependerá de su profundidad. Veremos cómo va el tratamiento.

—Dios mío… —dijo Rose horrorizada —. Pobre niña…

Gregory apretó los puños antes de salir de la habitación y fue directamente a la habitación de su nieta. En cuanto abrió se levantó de la cama. —¿Qué?

—Haz las maletas, te vas de esta casa.

—¿Pero qué dices?

—¡Ahora! —gritó sobresaltándola.

—Pero abuelo… Lo he hecho por nuestro bien.

—¡No te reconozco, no sé quién eres! ¡Y no te quiero por aquí cerca de los niños, eres una mala influencia! ¡Haz las maletas!

Rose sollozó mientras Sophia intentaba consolarla. —Tranquila, tía. Ya sabes como es.

—Esta niña…

En cuanto el doctor la inyectó se acercó a ellos. —Supongo que esto no ha sido un accidente.

Todos se mantuvieron en silencio. —Muy bien, entiendo que queráis protegerla, pero esto es muy grave y tengo que informar. Aunque seguro que ya no hay pruebas, ¿no?

Siguieron callados y el doctor negó con la cabeza. —Si vuelve a ocurrir algo así no me llaméis, yo no quiero saber nada.

—No volverá a ocurrir —dijo Rose asustada.

—No sé por qué pero no me lo creo. ¿Sabéis que cuando fue al pueblo le preguntó a Fred donde estaba la consulta del médico y este le escupió a la cara? —Le miraron impresionados. —No sé de qué os sorprende, lleváis un año destilando todo vuestro odio en esa mujer y los del pueblo no son sordos. Hasta yo la traté mal cuando vino a la consulta. Y debo decir que me arrepiento mucho de ello, aunque ahora ya no hay arreglo. Os aconsejo que si queréis que esto no vaya a más, habléis con los vuestros o no podrá ir por el pueblo jamás. Eso si se queda, claro, que después de esto lo dudo mucho. —Los sollozos de Carlota se fueron mitigando. —Se está quedando dormida.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó María.

—No, aquí no. Veremos lo que dice el especialista. —Regresó con ella y ahora que casi no sé enteraba de nada destapó las heridas para observarlas bien. —No parecen muy profundas, pero habrá que

esperar para ver el resultado. Menos mal que la limpiasteis rápido, podría haber sido fatal.

—Dios mío, esto es horrible —dijo María sin dejar de llorar—. Pobre niña.

Harry pasó el brazo por su hombro. —Todo saldrá bien.

—Eso díselo a ella —dijo Sophia molesta que fue hasta la habitación de Stephanie para verla metiendo sus cosas en una mochila de mala gana—. No me puedo creer que hayas hecho algo así. Y de esta manera tan cobarde y ruin de hacer daño.

—De ese tema tú eres una experta, ¿no?

Sophia palideció. —Sí, desafortunadamente sé muy bien lo que es que te hagan daño y que hayas hecho ese comentario me demuestra que ya no te conozco.

Gregory se acercó furioso. —¡Largo de esta casa!

—¡Sí, ya me voy! —Salió con la mochila al hombro. —Allá vosotros. ¡Lamerle el culo a esa zorra a ver si así deja que os quedéis! Vendidos, que sois unos vendidos. ¡Los Bremhill deben estar revolviéndose en su tumba! —El tortazo que le dio su abuelo le volvió la cara e impresionada se llevó la mano allí mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Les miró con odio antes de irse corriendo pasando entre el resto de los familiares que esperaban en el pasillo.

—Dios mío, ¿ha perdido el juicio? —preguntó Sophia sin salir de su asombro.

El sonido del helicóptero les alertó. Harry fue hasta la habitación para cogerla en brazos, pero apenas había salido por la puerta de su cuarto cuando apareció Rizz y la cargó él mismo. —¿Está dormida? —preguntó mientras bajaba las escaleras.

—Sí, ahora no sufre —dijo el doctor tras él.

—¿Viene conmigo?

—Mejor me quedo y les doy un sedante, que les veo muy alterados.

—¡Joder, qué les digo! —dijo muy nervioso.

—No lo sé, chico. Estáis en un verdadero problema. —Vio como la metía en el helicóptero y rodeaba el aparato para subirse a los mandos.

Rizz lo elevó viendo a toda su familia en el porche. Empujó la palanca en dirección al hospital apretando los labios y miró a Carlota que se inclinó hacia el cristal dejando caer la toalla y mostrando sus heridas. Juró por lo bajo mirando al frente. A ver qué decía ahora.

Se despertó sintiendo que la cara le ardía y vio que una enfermera le ponía algo en el gotero. Confundida miró a su alrededor y se quedó de piedra al ver a Rizz dormido en una silla. —¿Qué ha pasado? —Gimió llevándose la mano a la mejilla y la enfermera apartó su mano con delicadeza. —¿Las quemaduras han empeorado? —Entonces recordó el dolor que tuvo después de ponerse la crema y cuando Rizz apareció a su lado le miró a los ojos. —La crema…

—¿Puede dejarnos solos? —preguntó él de inmediato.

—La medicación hará efecto enseguida. Volveré en un rato.

—¡Quiero saber qué ha pasado! —gritó alterada sintiendo apósitos en su frente y en su otra mejilla. La mano los tocó con delicadeza y asustada susurró —¿Qué es esto? ¿Qué tengo en la cara?

—Tiene unas quemaduras, pero se pondrá bien.

—¿Bien? ¡Quiero hablar con un médico! —gritó histérica.

—Nena, cálmate.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Tengo quemaduras en la cara?

Él se agachó sobre ella. —Te han operado para quitar lo que pudiera dar problemas y el dermatólogo dice que después del tratamiento casi no quedará nada.

Una lágrima cayó por su sien. —¿Casi? July decía que tenía una piel de porcelana.

—Quedarás bien —dijo casi con desesperación.

No le creyó. Se volvió dándole la espalda y encogiéndose se abrazó las piernas. —No debería ponerse sobre las heridas —dijo la enfermera preocupada—. Voy a llamar al médico.

—Sí, por favor —dijo él incorporándose sin quitarle la vista de encima.

En cuanto se quedaron solos él la miró impotente mientras lloraba en silencio. —Te pondrás bien.

—Vete.

—No me voy a ningún sitio.

El médico no tardó en llegar y le escuchó decir —Traiga un sedante.

—Sí, doctor.

Este rodeó la cama y sonrió. —Carlota, soy el doctor Galera.

Ella elevó sus párpados para ver un tío tan parecido a Tom Cruise que no se lo podía creer. —¿Estoy muy drogada?

—Un poquito —dijo divertido—. Y no, no soy él. Qué más quisiera.

—¿Él? —preguntó Rizz sin entender nada.

Su médico sonrió sentándose a su lado. —Los hombres nunca se enteran de nada. —Eso la hizo sonreír. —Así me gusta. ¿Te duele mucho?

—No —susurró.

—Tienes unas quemaduras de segundo grado. Sin entrar en detalles técnicos te diré que te hemos operado para quitar la piel muerta y hemos hidratado la zona. Además te hemos puesto un antibiótico y una crema cicatrizante. Y esos apósitos ayudan a que cures más rápido.

—No quedaré igual, ¿verdad?

—¿Dudas de mí?

Sonrió con tristeza. —Sí.

Él chasqueó la lengua. —Desgraciadamente no puedo asegurarte al cien por cien que todas las heridas, sobre todo la de la mejilla derecha, no formen alguna marca cuando la piel se cure. Haré todo lo que esté en mi mano para que eso no ocurra.

—Gracias.

—No tienes que darlas, lo hago encantado. Ahora la enfermera te pondrá un calmante muy suave para que te encuentres mejor —dijo mirando a la mujer que se puso manos a la obra con la jeringuilla que tenía en la mano—. Quiero que descanses. —Al ver que no contestaba preguntó —¿Tienes náuseas?

—Sí.

—Es normal, es por la anestesia, se te pasará enseguida. Ahora te vas a poner boca arriba para no presionar las heridas, ¿de acuerdo? —Lo hizo y él asintió sonriendo. —Muy bien, ahora a descansar. Si todo va bien y eliminas la anestesia, esta noche podrás comer algo.

Ella miró de reojo a Rizz que parecía de lo más incómodo. —Disculpe, ¿puede venir conmigo? —preguntó el médico.

—Sí, por supuesto.

Vio como iban hacia el pasillo y el médico le dijo algo en susurros antes de que se cerrara la puerta. Miró al techo sin importarle lo que le estaba diciendo. No sabía quién había hecho eso, pero estaba segura de que no había sido culpa de la crema porque ya se la había echado ese día y la había aliviado mucho. No, alguien de esa casa le había echado algo en la crema y la había dejado así. Apretó los labios sintiendo que la rabia la recorría. Había sido paciente, había intentado pasar por alto todo lo que le hacían o decían por no crear más conflictos, pero ya estaba harta. Harta de todos. Harta de que casi toda su vida alguien la tratara como una mierda. Harta de fingir que todo iba bien.

La puerta se abrió y miró hacia Rizz que cerró antes de pasarse la mano por la nuca. —Os voy a denunciar —dijo fríamente.

—Stephanie ya se ha ido de casa.

—¡Me importa un huevo! ¡Es una psicópata y tiene que pagar!

Él se acercó. —Déjanos esto a nosotros, ¿de acuerdo?

—Y una mierda. —Sonrió con ironía. —Te debes pensar que soy estúpida.

—Retiraré la demanda.

Eso sí que la sorprendió. —¿No eres capaz de sacrificar a uno de los tuyos? ¿O es que lo que pueda opinar la prensa te ha dejado temblando? Claro, cuando se enterara de esto os crucificarían.

—Ambas cosas. Y ahora que eres la dueña, deberías pensar en la empresa y lo que esto supondría para ella.

—Claro, la empresa… —Le miró fijamente. —Quiero un acuerdo firmado por toda la familia renunciando a cualquier derecho a la herencia aquí mañana a primera hora. Como no esté aquí a las diez, llamaré a la policía.

Muy tenso preguntó —¿Tendremos que irnos de la casa?

—Que os aproveche —dijo con desprecio—. Me vuelvo a Nueva York. Al menos allí si te apuñalan los ves venir. Haz que me envíen mis cosas. No pienso poner un pie allí de nuevo. Lo único que siento es no poder despedirme de July. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Lo intenté! ¡Yo no la he fallado!

—No, si alguien ha fallado hemos sido nosotros. Siento que haya pasado esto.

Le miró incrédula. —No sientes una mierda, si ha sido culpa tuya. ¡Tú la animaste! ¡Tú eres el responsable de esto y de lo que llevaré en la cara el resto de mi vida! ¡Vete!

Él juró por lo bajo volviéndose y salió de la habitación dejándola sola. Dejó fluir el dolor y lloró en silencio cubriéndose los ojos con la mano. Rizz que había abierto de nuevo la puerta queriendo explicarse, se detuvo en seco al ver su dolor y después de unos segundos en que la vio totalmente hundida salió de la habitación en silencio consciente de todo el daño que le habían hecho. Y como le había recriminado, él era el responsable.

Capítulo 9

Salió a la terraza del ático y sonrió a su asistenta que le estaba sirviendo un zumo de naranja. Con el teléfono al oído se sentó. —No, las obras de Perth van con retraso. Recuerden que han firmado un compromiso de entrega dentro de tres meses y como no esté a tiempo se reducirán sus ganancias un diez por ciento. Pienso llevar el contrato a rajatabla y estoy harta de sus excusas. ¡El colegio tiene que estar abierto en septiembre! —Colgó el teléfono mostrando la cicatriz de la mejilla y lo tiró sobre la mesa. —Me tienen frita con tantos problemas.

—Desayuna que… —En ese momento llamaron a la puerta y salió de la terraza. Se sirvió el café mirando el titular del periódico. Meredith volvió y le puso un sobre al lado de su plato de fruta. Lo miró distraída y cuando vio Australia en la dirección se le detuvo el corazón. —¿Te preparo el traje rojo? Tienes junta en la fundación.

—Sí, gracias.

Meredith sonrió antes de dejarla sola. Carlota levantó el sobre y vio que venía del rancho. A lo mejor era algo de la empresa, aunque le parecía raro porque Rizz solía comunicarse con ella a través de su abogado. —Agarró la lengüeta y desgarró el sobre mirando en su interior. Perdió todo el color de la cara al ver su diario y un folio. Pensaba que se había perdido. Lo sacó mirando hacia la puerta de cristal para asegurarse de que estaba sola y abrió el diario sonriendo al ver el ticket de la torre Eiffel pegado al lado de una foto suya gritando arriba del todo. Soltó una risita recordando la cara que había puesto la gente. Cerró el diario y cogió el folio. Al ver la firma supo que era de Harry y se dispuso a leer:

No sé cómo empezar esta carta. Supongo que primero debería disculparme por no darte el recibimiento que merecías, por no tratarte con el más mínimo respeto y por robarte el diario. —Jadeó con los ojos como platos. —*Sí, porque fui yo. Al ver que mi hermana*

lo metía en la maleta le pregunté qué era y lo cogí cuando te llevé la maleta al hospital sin que ella lo supiera. Necesitaba respuestas, necesitaba entenderte a ti y a July. Siento haber invadido tus pensamientos, tus sentimientos, pero ahora sé que tenía razón, que no eras como todos decían y que por supuesto tenías un corazón. Siento que mi familia lo dañara con su rechazo. —Apretó los labios. —*Por eso te pido otra oportunidad.* —Se quedó sin aliento. —*Por favor regresa. Me gustaría que nos conocieras de verdad y te preguntarás por qué. Tengo algo dentro que no me da paz. Sé que es egoísta, pero me siento así. Además no puedes negar que estamos ligados y lo estaremos siempre. July nos unió y es una pena que las cosas acabaran de esa manera. Me encantaría enseñarte esto como debía haber hecho desde el principio. Que disfrutaras de esta gran tierra. Enseñarte lo que July llegó a amar y lo que quiso que tú amaras.*

Sé que es pedir demasiado, pero piénsalo, ¿quieres? Espero que estés muy bien, que seas feliz. Y si esta carta te altera, rómpela y ya está. No te preocupes. Lo que menos me gustaría con esto es incomodarte o que te sintieras obligada a responder. Tanto si vienes como si no te deseo mucha suerte en la vida, niña.

Posdata.

No sabía si decirte esto, pero Rizz también ha leído el diario. —Chilló levantándose. —*Y leyó eso que escribiste en el hotel sobre el macizo australiano, ¿sabes? Y lo que le harías. Y… Todo lo demás. Niña, que bien escribes. Mi mujer se animó esa noche.* —Se puso como un tomate. ¿Lo había leído toda la familia? —*Sí, para qué negarlo. Lo han leído todos porque Donovan me lo encontró en la habitación y ya no hubo quien le detuviera. Pero no me enrollo porque lo que te interesará es saber su reacción.* —Pues sí, la verdad*. —Menuda bronca le echó a Donovan por robar tus pensamientos, como él decía. Era algo muy íntimo y no tenía derecho. Pero se llevó el diario. ¿Crees que no lo leyó de cabo a rabo? Porque me lo devolvió un mes después para que te lo enviara. Pero niña lo revisé, ¿y adivina? Falta una foto.*

A toda prisa abrió el diario y pasó página tras página. Cuando llegó a la hoja donde faltaba la foto se quedó de piedra porque la

recordaba perfectamente. Era una foto que le había sacado en México uno de los camareros del resort. Un primer plano en la que reía con una sombrillita de cóctel en la oreja. Se sentó de la impresión. ¿Por qué había conservado esa foto? No lo entendía. Bah, se habría desprendido de la página con tanto ir y venir. Miró la página y lo que había escrito ese día. Estaba loca de felicidad porque lo había pasado estupendamente bailando con los animadores del hotel. Al llegar al final vio la letra de otro color y fue directamente a la última frase que no había escrito ella. "*Mereces que todos tus días sean así".* Sus ojos se llenaron de lágrimas. Frenética revisó otras páginas buscando más frases y cuando llegó al final su corazón dio un vuelco al leer: *"Esto no se acaba aquí*."

Sintió miedo. Miedo a no volver a verle nunca más y miedo a que esos ojos la rechazaran de nuevo. Cerró el diario con la mano temblorosa sabiendo perfectamente lo que diría July, que si no lo intentaba nunca sabría el resultado. Y lo que le daba más miedo aún es que a pesar de todo lo que había ocurrido sabía que no había otro hombre para ella y esos seis meses separados eran buena prueba de ello porque no había sentido absolutamente nada por ningún otro. Acarició la tapa de cuero azul pensando en él. ¿Que hubiera cogido la foto significaba algo? Si quieres descubrirlo tendrás que ir, dijo una voz en su interior. La antigua Carlota se escondería en su coraza, pero esa mujer había quedado atrás y a pesar de estar muy asustada, a pesar de la posibilidad de fracasar tenía que descubrir si esas frases eran tan importantes para él como lo eran para ella.

Salió de la recogida de equipajes empujando un carrito y al ver ante ella a Rizz se detuvo en seco. Estaba guapísimo vestido con esa camisa blanca que resaltaba su moreno y unos vaqueros gastados. Se quedó en shock, no pudo evitarlo. Él apretó los labios acercándose y se miraron a los ojos unos segundos hasta que ella reaccionó. —¿Qué haces aquí? ¿Todavía me siguen?

—¿Te llevo el carrito?

Jadeó indignada. —¡Todavía me siguen! ¿Pero a ti qué te pasa?

Él gruñó por lo bajo y cuando Carlota empujó el carrito hacia uno de los operadores la siguió a toda prisa. —¿Qué haces?

—Volver a casa. Tú no estás bien y yo solo pierdo el tiempo.

Él cogió la barra del carrito deteniéndolo. —Nena, ¿quieres discutir? —Le fulminó con la mirada. —¡Solo quería saber si estabas bien! —Le dio un vuelco al corazón y él carraspeó. —Me sentía responsable.

—¿Seis meses?

—Sí, ¿qué pasa? —Antes de que se diera cuenta había cogido sus dos maletas y caminaba alejándose. Sonrió sin poder evitarlo y le siguió.

—Vamos nena, que tengo que volver a la finca. Han dicho que va a llover.

—Ni hablar.

Él se detuvo para mirarla. —¿Qué has dicho?

—Yo voy a pasar la noche aquí. —Le retó con la mirada. —¿Y tú?

Dejó caer las maletas como si eso no se lo esperara y la miró de una manera que incendió la sangre que corría por sus venas. Se acercó lentamente y la cogió por las mejillas acariciándolas con los pulgares. Ella susurró —¿Se nota mucho?

Él volvió su mejilla para mirar su cicatriz y la acarició con el pulgar antes de besarla. —Nena, no podemos negar que ese doctor ha hecho muy buen trabajo. Casi ni se ve —susurró a su oído antes de besarla de nuevo. Volvió su rostro con suavidad para mirarla a los ojos—. Me importa más el daño que provoqué en tu alma. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nada me gustaría más que pasar esta noche contigo, pero si no me has perdonado…

—Si no te hubiera perdonado no estaría aquí.

Rizz atrapó sus labios con ansias y abrió la boca desesperada por sentirle en su interior. Cuando acarició su paladar creyó que se moría por el placer que recorrió todo su cuerpo y tembló agarrándose a su cintura. Él besó sus labios tomándose su tiempo y suspiró sobre ellos apoyando su frente en la suya. —Nena, es mejor que nos vayamos.

Soltó una risita y se alejó para mirarle. —Besas bien, Bremhill. —Él gruñó cogiendo su mano y tirando de ella hacia sus maletas. —¿Impaciente? —preguntó encantada.

—Tiene que haber un hotel por aquí cerca.

—Cielo, ¿cuánto llevas sin sexo?

Ya con las maletas en la mano la miró como si quisiera devorarla. —Demasiado.

—¿Me has esperado? —preguntó pasmada—. ¡No iba a volver!

—No me lo recuerdes —dijo molesto antes de ir hacia la salida—. Nena, date prisa.

Pasmada se quedó allí de pie observándole y él miró a su lado y al no verla se detuvo girándose. —¡Carlota! —Al ver que no se movía suspiró regresando a su lado y se miraron a los ojos. —No lo entiendo ni yo, así que no me pidas una explicación —susurró.

—¿Qué estamos haciendo, Rizz?

—No lo sé, pero pienso dejarme llevar. —Inseguro preguntó —¿Seguro que quieres esto?

—Sí.

—Pues veamos lo que ocurre. —Se acercó y besó sus labios. —Vamos, preciosa. Tengo el coche fuera.

Le siguió hasta el mercedes sintiéndose como en una nube. La había esperado, quería que volviera e iban a tener sexo y por como la miraba iba a ser desenfrenado. ¿Aquello estaba pasando de veras? Empezó a ponerse nerviosa y se subió al coche mientras él metía las maletas en al portaequipajes. Cuando se sentó a su lado sonrió.

—Solo me he acostado con un hombre en mi vida —dijo de sopetón. Él levantó una ceja—. ¡Me estás poniendo nerviosa! Igual esperas más de lo que sé y te llevas un chasco.

—Nena, no me voy a llevar un chasco —dijo arrancando—. ¿Y quién fue? —preguntó como si nada.

—Uno del instituto. —Sonrió. —Era muy mono. Jugaba al beisbol.

—¿No me digas? —dijo entre dientes.

Ella levantó una ceja. —¿Te molesta que hable de esto?

—No, que va.

—¿Y tú cuántas…?

—Algunas… Bastantes.

—¿Cuántas son bastantes? ¿Más de treinta? —Él carraspeó. —¿Cincuenta?

—Nena, tengo treinta y cuatro años.

—Hala… —Soltó una risita. —Te lo has pasado de miedo, Bremhill.

Él sonrió. —No ha estado mal.

—Todo lo que podrás hacerme…

Se la comió con los ojos. —Tengo mil ideas, te lo aseguro.

—¿Paramos por condones? —dijo intentando parecer resuelta—. No tomo nada.

—No.

—¿Has venido preparado?

—Pues no, no creía que claudicaras tan pronto, la verdad.

Eso sí que la dejó de piedra. —Rizz…

Él apretó el volante. —¿Demasiado rápido?

Ahora sí que se escamó. —Rizz, ¿qué ocurre? ¡Y no me vengas con que estabas deseando que volviera! ¡Podrías haber ido tú!

Suspiró aparcando en una gasolinera y detuvo el coche muy tenso antes de mirarla. —Debemos tener un hijo.

—¿Perdón? —preguntó pasmada.

—Molly va a presentar la misma demanda que presenté yo para quitártelo todo en Australia y si te quita la empresa…

—Lo perderéis todo porque ellos venderán. —Se llevó las manos a la cabeza. —¡Estúpida! ¡Estúpida! —Salió del coche necesitando aire.

—¡Nena, no es lo que piensas! —Salió tras ella.

Se apoyó en el coche mirando el suelo. —Eres un cabrón —dijo rabiosa—. Te lo debes estar pasando en grande riéndote de mí.

La cogió por los brazos. —No me rio de ti. —Ella levantó la vista mostrando las lágrimas en sus mejillas. —Joder, te juro que no me rio de ti. Ha pasado así y si tuviéramos tiempo puede que las cosas fueran de otra manera, pero no es el caso. Necesitamos tener un hijo para que se cierre esta mierda. ¡He renunciado a la herencia!

—Pero teniendo un hijo todo sería tuyo, ¿no es cierto? Sería un Bremhill, hijo de la heredera. Todo estaría atado.

—Me había conformado con nuestra situación, te juro que sí, pero pensar que esos vagos, que esos cabrones van a dilapidar todo

por lo que he trabajado… No, nena, eso no pienso consentirlo. Y si querías a July tú tampoco lo consentirás.

Se le cortó el aliento. —¿Qué es lo que tienen?

—Ya que no han ganado en los Estados Unidos y les has amenazado con demandas por difamación, aquí van a seguir otra táctica.

—Tienes línea directa con ellos, ¿no?

—Claro que sí. ¡Hay que tener cerca a los amigos, pero aún más cerca a los enemigos! Me he enterado por mi abogado que un colega suyo les está representando. Van a solicitar la congelación de tu herencia usando los mismos términos que iba a usar yo.

—¿Qué son?

—Que la herencia siempre pasa al heredero varón desde hace generaciones. Y ese es Steven. Van a alegar demencia senil por parte de July y te van a acusar de extorsión.

Separó los labios de la impresión. —¿Extorsión?

—Tienen un testigo de la residencia que dice que siempre conseguías lo que querías de ella. Que July nunca te negaba nada y tenía que haber una razón. Es un trabajador. —Él apretó los labios.

—¿Un trabajador? Eso no puede ser si…

—Se llama John Hages.

Se quedó de piedra. —¿John ha dicho eso de mí?

—Nena, en cuanto demostremos que mantuviste una relación con él ese testimonio no valdrá nada.

—Salimos varias veces, pero…

—No te acostaste con él y todo acabó mal.

—¡Sí! Creía que lo había entendido.

—Por dinero la gente puede hacer cualquier cosa. Y cuando yo hablé con él quería cobrar cincuenta mil.

—Dios mío…

—Mi abogado me ha dicho que como soy hijo del legítimo heredero si tengo descendencia contigo por mucho que luchen no conseguirían nada. ¿Lo entiendes? —Le pegó un tortazo que le volvió la cara y Rizz hizo una mueca. —Sí que lo entiendes.

—¡Entiendo que sois unos cerdos! —le gritó a la cara—. ¡Ahora llévame al aeropuerto!

La cogió por la nuca. —¡Escúchame bien, no te vas a ningún sitio! —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Joder nena, no llores. Yo no quería esto. ¿Sabes cuántas veces pensé en ir a verte? —A Carlota se le cortó el aliento. —Pero siempre te recordaba llorando en esa habitación de hospital. Te hicimos daño y no quería que volviera a pasar. Pero has venido tú y sé que te importo. Ahora ya no vas a dejarme, nena. Ahora eres mía y la herencia no tiene nada que ver en esto.

—Mientes.

—¿Miento? ¡Sí, podría haberte mentido, hacerme el tonto mientras te hiciera el amor y preñarte a traición, pero he sido sincero! Te quiero en mi vida, y con herencia o sin ella aquí te vas a quedar. —Le miró con los ojos como platos y Rizz sonrió. —¿Demasiada información de golpe? —Ella asintió. —Dios, estás preciosa…—Besó sus labios suavemente. —Nena, me muero por besarte entera… Si hubiera tenido tiempo aquel día en el aeropuerto…

—Fuiste grosero. —Se rozaron los labios y suspiró de gusto. —Ni diste las gracias.

—Esperando que te dieran el billete no dejaba de pensar en que tenías un trasero muy apetecible. —Demostrándoselo bajó las manos hasta él y lo amasó con ganas. —Pero estaba buscando a una americana que iba de rica por la vida, no a una chica con pinta de ir al viaje de fin de curso. Hablé contigo y ni te reconocí. —Rio por lo bajo. Un camionero pasó a su lado y tocó la bocina sobresaltándoles.

Le miró a los ojos y sonrió. No sabía si estaba loca, si estaba arriesgando del todo su corazón, pero no podía evitarlo. Le necesitaba, desde que le había visto por primera vez solo sentía a su lado y arriesgaría hasta su alma si fuera necesario. Parecía desesperado porque le creyera y pensaba hacerlo aún a riesgo de sufrir más que en toda su vida. Su corazón pegó un vuelco al pensar en tener un hijo suyo y supo que era lo que más deseaba. Y le importaban poco las razones para tenerlo. Era momento de apostarlo todo y pensaba hacerlo. —Si vamos a tener un Bremhill habrá que engendrarlo allí.

Se la comió con los ojos. —Vamos a casa, nena.

Cuando detuvo el coche ante la casa la imagen fue muy distinta a la vez anterior. No había nadie en el porche. —¿Dónde están todos?

—Les he dicho que se vayan a dar una vuelta. Y que esa vuelta dure hasta mañana.

Se puso como un tomate. —¡Rizz!

Él se echó a reír abriendo la puerta. —Nena, en esta casa no hay intimidad.

—Pensarán que…—Él rodeó el coche y abrió la suya. —Eres imposible. —Cogió su mano sacándola del vehículo. —¿Ellos saben lo del bebé?

—No, y no tienen por qué saberlo. Esto es entre tú y yo. Algo nuestro. Bienvenida a Bremhill, preciosa.

Sonrió mirando la casa. —La habéis pintado.

—La pintamos cada dos años porque el sol estropea mucho la pintura. Vamos que es mediodía y no quiero que te afecte a la piel.

—Estoy bien. —La advirtió con la mirada. —Sí, me pondré la crema.

—Lo que te pasó es muy serio, no puede volver a pasar.

Subió los escalones y sonrió por las flores que había sobre la mesa. Eran unas flores silvestres preciosas y había una nota debajo con su nombre. —¿Para mí? —preguntó encantada. Él se puso a su lado mientras daba vuelta a la nota—. Bienvenida a tu casa, niña. Tenéis la cena en el horno. Rose.

La abrazó por la cintura pegándola a su pecho. —¿Tienes hambre?

Demostrando con la mirada cuanto le deseaba abrazó su cuello y susurró —Sí, mucha. He estado a dieta mucho más tiempo que tú.

—No hay que exagerar con las dietas, nena. —La cogió en brazos impaciente y Carlota rio. La besó en el cuello haciéndola suspirar de gusto y cerró los ojos disfrutando de sus labios. Su lengua acarició el lóbulo de su oreja volviéndola loca, pero de repente desapareció. Él juraba por lo bajo intentando abrir la puerta. —¿Pero qué…?

—Déjame a mí. —Estiró la mano quitando el pestillo de la mosquitera y él gruñó haciéndola reír.

En cuanto entraron en la casa, Rizz fue directamente hacia la escalera para subirla a toda prisa. Cuando llegaron arriba empezó a besar su cuello. —Nena, que bien hueles.

Acarició su nuca sintiéndose impaciente. —Y tú.

—¿Me quieres dentro, preciosa?

—Dios, sí. —La tumbó sobre la cama y con los ojos vidriosos de deseo vio cómo se quitaba impaciente la camisa por la cabeza sin desabrocharla siquiera. La miró de arriba abajo abriéndose de un tirón los botones de los vaqueros. —Nena, esas piernas deberían ser delito. Ni te imaginas las veces que las he imaginado rodeando mis caderas. Ese diario tuyo me puso a mil. —Dejó caer los pantalones y su ropa interior para mostrar su sexo endurecido y Carlota sintió que se le salía el corazón de la impresión. Estaba así por ella, no por ninguna herencia sino por ella, porque la deseaba. Sintiéndose más sexy que en toda su vida tiró de su vestido hacia arriba mostrando sus braguitas de encaje. Él se subió a la cama colocándose de rodillas entre sus piernas y acarició sus muslos. —Preciosa eso estorba.

—¿De veras? —Elevó sus caderas tirando de ellas hacia abajo y él rio por lo bajo cuando elevó las piernas para que se las quitara del todo. Cuando las tiró a un lado dejó de reír mirando su sexo. Carlota atrevida acarició sus húmedos pliegues de arriba abajo. —Ya estoy lista, cielo.

—Joder… —dijo con voz ronca antes de mirarla a los ojos—. Hazlo de nuevo.

Sin aliento pasó sus dedos por su sexo humedecido y él cogió su mano metiéndose los dedos en la boca. Fue lo más erótico que había experimentado nunca. —Sabes a miel. —Pasó la lengua por su índice excitándola todavía más si eso era posible. Se colocó sobre ella y sus labios se acercaron a los suyos. —¿Quieres probarte? —Sacó la lengua y la pasó por encima de sus labios. Creyó que se moría de gusto, pero en ese momento su sexo empezó a entrar en ella poco a poco. Fue lo más placentero que había sentido nunca y suspirando acarició su nuca. Él besó su cuello. —Suave como la seda

—dijo antes de llenarla por completo haciéndola gemir de placer. Rizz se apartó para mirar su rostro—. Mírame, nena. —Ella abrió los ojos y sintió como salía de su ser lentamente para entrar de nuevo de manera contundente. Gritó por el placer que la recorrió de arriba abajo aferrándose a sus hombros. Mirándola como si fuera suya movió sus caderas de manera aún más firme mareándola de necesidad. Rizz entrando en ella una y otra vez alimentaba esas ansias mientras todo su ser se tensaba. Y llegó un punto en que su cuerpo gritaba por liberarse. Entró de nuevo en ella con fuerza provocando que su interior estallara y llegara la paz. Una paz que no encontraría con nadie más. Solo con él.

Las caricias en su trasero la hicieron sonreír. —Cariño, sino me doliera todo pagarías esta provocación.

Él besó su nalga antes de morderla suavemente haciendo que gimiera de gusto. —Despierta dormilona.

Se volvió pasando la mano detrás de su cabeza y él se acercó besando uno de sus pechos. —Nena, no me vales para nada.

—Me he recorrido medio mundo, ¿no es suficiente?

La miró a los ojos divertido y se echó a reír. —Largo de aquí, Bremhill.

Se puso sobre ella y acarició sus mejillas con el dorso de sus dedos mirándola fijamente. —¿Qué?

—Ha sido mil veces mejor de lo que me imaginaba, nena.

Emocionada susurró —¿De veras? —Sintió su excitación en su vientre y levantó una ceja. —Al parecer soy irresistible.

—No lo sabes bien.

Un golpe en la puerta les sobresaltó. —¡Rizz, te necesitamos! ¡Está lloviendo mucho!

Juró por lo bajo levantándose y Carlota se apoyó en sus codos viendo como cogía sus vaqueros. —No será peligroso, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—Cuando llueve mucho la tierra se vuelve pantanosa. No es la primera vez que se ahogan reses. Tenemos que sacarlas de las vaguadas.

Sí, sonaba peligroso. Se sentó inquieta. —¿Tendrás cuidado?

—Nena, lo he hecho mil veces. —Se acercó y le dio un beso rápido. —Te veo luego.

Asintió y por primera vez en toda la noche se dio cuenta de que estaban en su habitación porque abrió un gran armario para coger unas botas. —No duermas mucho, intenta aguantar el jet lag.

—Ya has hecho que se me pase, vaquero.

Él sonrió y salió de la habitación a toda prisa. Escuchó la risa de Harry. —Chico, ¿tenemos boda?

—Cierra el pico, viejo. No la agobies.

—Eso, tú a tu ritmo.

¿Que no la agobiara? Él le pedía un hijo y eso no era agobiarla, ¿pero una boda sí? Empezaba a pensar que era imposible llegar a entender a los hombres. Suspiró dejándose caer y al cabo de unos segundos miró a su alrededor. Al ver la mesilla de noche se mordió el labio inferior y estiró la mano para abrir el primer cajón. Su foto estaba arriba del todo y soltó una risita sin poder evitarlo. Entonces vio la esquina de una caja y con curiosidad apartó la foto. Una caja de preservativos. Frunció el ceño sacándola. Uff, estaba casi vacía. Iba a guardarla cuando vio la fecha de expedición. Esa caja tenía tres meses. Se le detuvo el corazón mirando la fecha. Se sentó de golpe apartando su cabello de malas maneras. Tenía que haberse equivocado, pero no al lado ponía la fecha de caducidad que era de un año. Se llevó la mano al vientre. —Dios mío…—Sus ojos se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza porque no quería creer que la había engañado. Frenética metió la caja de nuevo en la mesilla poniendo la foto encima y cerró de golpe el cajón. —Son imaginaciones tuyas, seguro que hay una explicación. Lo que ha pasado ha sido real, así que no pienses lo peor. Tienes que creer en él. —Sorbió por la nariz y se levantó de un salto. —Tienes que creer en él —susurró mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —Como te has sentido esta noche a su lado es la verdad. Tendrá una explicación, ya verás. —Cogió su vestido del suelo y se lo puso a toda prisa. —No pasa nada. Cuando llegue lo habláis y ya está. —De repente la furia la hizo gritar y cogió una silla que había contra la

pared para tirarla sobre el tocador. —¡Maldito bastardo! ¡Mentiroso de mierda!

La puerta se abrió de golpe y Rose entró con los ojos como platos. —Niña, ¿qué ocurre?

—¡Maldito el día que conocí a los Bremhill! —gritó rota de dolor antes de salir corriendo por el pasillo.

Pasó ante Sophia que atónita en las escaleras vio como abría la puerta de entrada y salía al porche como si la persiguiera el diablo. —¡Carlota! —gritó al ver que se subía al mercedes y arrancaba—. ¡Dios mío, Carlota no te vayas!

Sin ver por las lágrimas aceleró haciendo derrapar las ruedas de atrás por el barro antes de enfilar el camino que salía del rancho. —¡Llama a Rizz! —gritó Rose asustada—. Dios mío, se va a matar…

Su sobrina entró corriendo en la casa, pero el coche ya se perdía de vista. —¡Date prisa!

Sara se puso a su lado. —¿Qué pasa?

—No lo sé. Dios mío, otra vez no. —Se llevó las manos a la cabeza. —Saca el coche, vamos a seguirla.

—¿Puedo llevarlo yo?

—¡Date prisa!

La explosión se vio desde la casa y chillaron del susto mientras la bola de fuego se elevaba en el horizonte.

Capítulo 10

Rizz sentado en su despacho del rancho ante su abogado le miraba sin comprender. —Te lo ha legado todo a ti, amigo. Absolutamente todo, la fundación, las nuevas empresas que por cierto han dado sus buenos frutos… La chica tenía ojo para los negocios. Bremhill es tuyo.

—Renuncié a él.

—Eso era ante una posible demanda, renunciabas a reclamar nada en el futuro, pero esto es distinto, ella te lo ha legado a ti.

Apretó los puños. —¿Cuándo se hizo ese testamento?

—Poco después de que regresara a Nueva York.

Asintió. —Gracias por venir.

—¿Estás bien? ¿No quieres hablar de esto?

—No hay nada de lo que hablar. Ya tengo lo que quería. —Tenso se levantó y salió de allí. Harry le observó salir de la casa, subirse a su caballo y alejarse.

—No entiendo lo que le pasa —dijo Robert.

—Que la ha perdido, eso le pasa. Y uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. —Salió tras él y se subió a la camioneta. Fue hasta el cementerio y al ver allí a su caballo apretó los labios antes de bajarse. Como suponía estaba ante su tumba al lado de la de July.

—Me lo legó todo antes de que enviaras esa carta. Mucho antes. —Sonrió sin ganas. —A mí, que me había comportado como un cabrón.

—No tenía hijos, es lógico que quisiera que todo regresara al legítimo heredero si le pasaba algo. Hijo, esto que haces no está bien. Te estás torturando por algo que no fue culpa tuya.

—¿No lo fue? Esa mañana pasó algo que la alteró y no estaba aquí para solucionarlo. —Miró a su alrededor con desprecio. —Tenía que haber estado a su lado. Acababa de llegar y la dejé sola.

—Que vengas no sirve de nada, de todas maneras no está aquí.

—¡Y dónde está! —gritó fuera de sí.

—Ya oíste al forense, había mucha sangre. Debió salir del coche y caminar desorientada antes de que llegara Rose. Los animales…

—¡Joder, no lo digas!

—¡Alguien tiene que decírtelo!

—Esa mañana llovía mucho. ¡Igual no era tanta sangre!

—Nadie llamó a emergencias para informar de un herido. ¡Fuera mucha sangre o no, desapareció aquella mañana y no sé encontró su cadáver! Dimos batidas por toda la finca. ¡Nadie herido podría atravesarlas, y más con el temporal que hacía! ¡El médico dijo que como mucho podría caminar un par de kilómetros antes de perder la consciencia! ¡Su bolso estaba en el coche! ¡No ha dado señales de vida en un mes! ¡Debes aceptar lo que ha decretado el juez, está muerta!

Rizz le miró fijamente. —¿Y si hemos dado batidas por toda la finca cómo es que no hemos encontrado sus restos?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no salió de aquí con vida. Viste el estado del coche, el choque contra el tractor fue tan brutal que lo atravesó antes de explotar. El rastro de sangre se dirigía hacia la casa no a la carretera.

—Alguien la recogió —dijo con seguridad.

—¿Quién?

—¡No lo sé! —gritó fuera de sí—. Pero alguien tiene a mi mujer y voy a dar con él.

Al ver que se iba gritó —¿Crees que alguien la recogería malherida y no llamaría a emergencias?

—Eso es lo que creo. Y hasta que no la encuentre no me detendré.

Escondida tras el panteón de Richard escuchó suspirar a Harry y murmurar —Este chico… —Carlota estiró el cuello y vio como miraba su lápida. —Qué pena, niña. Nunca le había visto tan feliz como aquella mañana cuando te dejó y apenas unos minutos después… ¿Sabes? A veces creo que estamos malditos. Siempre ha habido demasiadas muertes repentinas en esta familia. —A Carlota se le cortó el aliento. —Y el chico no ha tenido mucha suerte, ¿sabes?

Todo debía haber sido suyo y tuvo que vivir como de prestado. Jason lo sabía e intentó darle su lugar en la empresa —dijo pensativo—. Muchas veces he pensado que July lo hizo a propósito para que os conocierais porque casi desde el principio me di cuenta de que eras perfecta para él. Es una pena que el chico no entrara en razón antes. —Se quedó en silencio unos segundos. —¿Qué pasó esa mañana que te alteró tanto, niña? ¿Por qué tanto dolor? —Se agachó y apartó una hoja de su nombre. —Descansa niña, seguro que July está contigo.

Una lágrima cayó por su mejilla y se escondió cuando se volvió para seguir el sendero. Se mordió el labio inferior porque no le vio salir por el otro lado. Un disparo cerca de sus pies la hizo chillar del susto pegando un salto y cuando vio una serpiente partida en dos se quedó helada. Al levantar la vista vio a Harry con una pistola en la mano y con una cara de susto que no podía con ella. Forzó una sonrisa. —Hola Harry.

—¿Hola Harry? —Parecía que le iba a dar una apoplejía. —¡Te enterramos! ¡Lloré en tu entierro!

—Fue bonito, ¿verdad?

—La hostia. —La señaló con la pistola. —¡Estás viva! —Entrecerró los ojos. —Uy, prepárate cuando se entere Rizz. ¡Te va a dejar el trasero rojo como un tomate! —gritó fuera de sí—. ¿Pero cómo? —Al ver su brazo vendado dio un paso hacia ella. —Estás herida.

Sonrió por su preocupación. —Estoy bien. Lo tengo vendado porque la herida aún está sensible, pero ya está curada.

—¡Claro, ya está curada porque ha pasado un mes!

Hizo una mueca. —Se me fue el coche y no pude controlarlo.

Él entrecerró los ojos mirándola de arriba abajo y dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Jeff te encontró, esos horribles pantalones tan amarillos que dañan la vista son suyos! ¡Además, es el vecino más cercano y os conocíais!

—Siempre aparece en el momento adecuado.

—¡La madre que lo parió! —gritó furibundo—. ¡Participó en la búsqueda! Nos vio a todos como locos buscándote. —Dio un paso hacia ella. —Rizz le mata. ¡Haz algo!

—No se lo digas —dijo tan pancha.

—¿Cómo no le voy a decir algo así, niña? —gritó a los cuatro vientos—. ¿Pero tú le has visto?

—Disimula muy bien, ¿no?

—¿Que disimula? ¡Tú estás loca!

La verdad es que hasta ella había dudado, pero ya no se la daba. —Disimula, te lo digo yo.

—¿Qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? ¡Mentirme a la cara! Me dijo… Bueno, da igual. Ahora ya todo es suyo y que le aproveche. —La vio rodear el panteón y como si nada fue hasta la bici que tenía escondida tras unos matorrales.

—Ah, no. Tú no te vas.

—Solo venía a despedirme de ella. —Ya subida en la bici le miró a los ojos. —Adiós Harry.

—Niña bájate de ahí antes de que te baje yo. —Ella empezó a pedalear. —¿No me has oído?

—Deja las cosas así, Harry. Es lo mejor.

Viéndola atravesar las tierras de los Bremhill en aquella vieja bicicleta no se lo podía creer. —Joder, ¿ha sido una visión? —Corrió hasta la camioneta y se subió arrancando a toda pastilla. Giró el volante para seguirla y ella miró sobre su hombro. —Tú no te me escapas. —Se puso a su lado y gritó —¡Detente ahora mismo!

—¿Estás loco? ¡Déjalo ya!

—¡Y una mierda!

—¡Uy! ¡Pero si ya está todo arreglado, os habéis quedado con todo, qué más queréis de mí!

—¡Eso te lo dirá Rizz, hermosa! ¡Hostia, la radio!

Cuando vio que cogía la radio y pulsaba el botón ella gritó —¡No!

—¡Rizz! Rizz tienes que volver. ¡Está viva!

—¡Harry para!

—¡Estoy entre el cementerio y la casa! ¿Me oye alguien?

Se detuvo en seco, pero él no se dio cuenta. —¡Contestadme!

—Harry, ¿qué ocurre? —preguntó Carl.

—¡Está viva, joder! ¿Has visto a Rizz?

Ella viendo como la camioneta se alejaba suspiró. —Al parecer no te vas a librar de ellos fácilmente. —Volvió la bici hacia la derecha y

pedaleó en esa dirección.

Harry miró a su izquierda y al no verla frenó en seco. —¡Qué se me escapa!

—¿Quien? —gritó Carl.

—Harry, ¿qué ocurre? —preguntó Rose mientras giraba el volante con ambas manos.

Entrecerró los ojos cuando vio que iba hacia el norte. —Esta niña…—Aceleró a tope y cogió la radio de nuevo. —¡Rose! ¡A los caballos! ¡Va hacia el norte! ¡La niña va hacia el norte!

—¿De quién hablas? Los niños están aquí.

—¡Carlota está viva!

—Hermano que te ha dado mucho el sol. ¡Vuelve a casa!

—Te digo que sí, va en bicicleta y como pedalea la condenada. —Estiró el cuello. —¡Te vas a matar! ¡Otra vez!

—¡Déjame!

—¡Carlota te lo advierto! Como no te detengas… ¡Para de una vez!

En ese momento vio un hombre a caballo que iba hacia el norte. —¡Ja! ¡Prepárate!

Ella detuvo la bicicleta mientras Harry empezaba a tocar el claxon como un loco. Como una descosida pedaleó en dirección contraria. Harry sacó la cabeza por la ventanilla. —¡Rizz! ¡Es ella!

Rizz dio la vuelta al caballo y entrecerró los ojos viendo a Carlota alejándose como si le fuera la vida en ello. Gruñó antes de sisear —No lleva sombrero. —Hincó los talones en su montura y se lanzó a galope pasando como una exhalación ante Harry que tenía medio cuerpo sacado por la ventanilla de la camioneta. —¡Cógela, cógela!

Sin dejar de pedalear Carlota miró sobre su hombro y chilló cuando vio que se acercaba a toda velocidad. —Claro, por eso van a caballo. Mierda de bici. —Miró al frente dando todo de sí cuando sintió que la cogían por la cintura elevándola. Chilló y cuando la sentó ante él de costado sobre su silla gimió por el dolor en el trasero. En las películas no parecía doloroso. Mierda. Levantó la vista hacia él para ver esos ojos azules que la torturaban cada noche.

—Nena, no te has puesto la crema.

Parpadeó porque creyó no haber entendido bien. —¿Qué?

—¡Te vas a quemar! —gritó en su cara.

Le miró con odio antes de chillar agarrándole del pelo. —Capullo, te vas a enterar… ¡Te voy a despellejar vivo!

Harry dejó caer la mandíbula del asombro al ver como esa furia intentaba dejar calvo a su chico y parecía que no podía detenerla. —¡Estate quieta! —gritó Rizz—. ¡Te vas a hacer daño en el brazo!

Se quedó sin aliento porque en dos frases se había preocupado por su salud. Asombrada susurró —¿Qué eres tú? ¿Algún tipo de psicópata?

—¿Yo soy el psicópata? ¡Estás viva! —gritó furioso.

Levantó la barbilla. —¡Ahora ya eres el dueño de todo! ¡Asunto solucionado!

—¿Asunto solucionado? —preguntó entre dientes antes de coger las riendas—. No, nena… No está solucionado, pero lo voy a solucionar. —Se lanzó a galope y Carlota chilló intentando asirse a algo, pero él la cogió por la cintura pegándola a su pecho. —Pasa la pierna al otro lado. —Miró hacia atrás fulminándole con la mirada antes de pasar la pierna para ponerse a horcajadas. —Joder nena, vaya lío que has organizado.

—Para ti mejor.

—¡Deja de decir eso!

—Venga… —dijo con desprecio—. La herencia era lo único que querías, pues ya la tienes.

—Renuncié a ella.

—¡Sí, por salvar a una de los tuyos! —Le miró con rabia. —Pero te lo pensaste mejor, ¿no es cierto? ¡Venga, vamos a timar a la timadora, total no le hemos hecho el suficiente daño por atreverse a aceptar la herencia que me pertenecía! Envíale el diario, Harry. ¡Diario que convenientemente me robasteis meses antes! ¿Qué pasa? ¿Decidisteis darme un tiempo para que se me pasara el disgusto? Después solo había que seguir aquel plan que fraguasteis entre todos en la cocina. Solo tienes que seducirla, Rizz. ¿No fue lo que dijo Donovan? Claro que sí, pero no podías quedarte ahí. Ahora no porque habías renunciado a la herencia y aunque nos casáramos todo seguiría siendo mío. Pero un hijo lo cambiaría todo. —Se echó a reír sin ganas. —Vamos a contarle la mentira de que Molly va a

demandarla. Y te salió de perlas, me lo tragué todo. —Le miró sobre su hombro con ganas de matarle. —Pero no te diste cuenta de una cosa.

—¿De qué, nena?

—Me sé los meses del año.

La miró sin entender. —¿Qué?

—¡Qué te den!

—¿Qué es esto, un acertijo? ¿Tengo que adivinarlo?

—¡Muérete!

—¡La única muerta hasta hace diez minutos eras tú! ¿Dónde has estado, nena? —Ella se cruzó de brazos. —Joder, no me puedo creer que me hayas hecho esto.

—¿Yo te he hecho? —Se volvió para gritarle a la cara. —¿Yo te he hecho? —Llegaron ante la casa y furiosa bajó de un salto. —¡Morirme era la única manera de librarme de los Bremhill! —dijo mientras él palidecía—. ¡Y me alegro de haberlo hecho, maldito mentiroso! A qué venía eso ante mi tumba, ¿eh? ¿Tu mujer? ¡Nunca he sido tu mujer! ¡Has tenido las que has querido!

La miró sin entender mientras la familia pasmada salía al porche. Rizz se bajó del caballo y dio un paso amenazante hacia ella. —¿Has hecho esto por celos?

La rabia la recorrió y gritó intentando pegarle, pero él la giró atrapando sus brazos ante su pecho. —¿Por celos, nena?

Ella le pegó una patada en la espinilla antes de empujar el trasero hacia atrás y soltarse volviéndose con agilidad para darle un puñetazo en toda la nariz. —¡Ja! ¡Soy del Bronx, capullo! ¡Aprendí a defenderme de los del barrio desde la teta de mi madre!

—¡Carlota estás perdiendo la cabeza! —Furioso dio un paso hacia ella. —Qué he hecho, ¿eh? Dímelo de una vez.

—Me dijiste que desde que me fui no habías estado con otra.

—¡Y es verdad!

—¡Mientes! ¡La caja de los preservativos fue comprada como mucho tres meses antes de que regresara! ¡Y estaba casi vacía! —Le miró con burla. —¡No te digo que vayas a buscarla porque seguro que a estas alturas ya la habrás acabado!

—¿Caja de…? —Se volvió llevándose las manos a la cabeza. —¡Joder!

—¿Qué pasa? ¡Si es lo mejor que hubiera podido pasarte! —gritó desquiciada—. ¡Ahora ya es todo tuyo y no tienes que cargar conmigo! ¡Puedes tirarte a todas las que quieras!

Se volvió fulminándola con la mirada. —¿Has hecho todo esto por una maldita caja de condones? ¿Sin pedirme una explicación?

—¡Qué explicación puedes dar!

Entrecerró los ojos. —No te la voy a dar yo. ¿Donovan?

El chico desde el porche carraspeó. —Joder, ¿tengo que decirlo?

Rizz le miró como si quisiera matarle y este se sonrojó. —Tengo novia, ¿vale? Y para que la abuela no me diera la plasta le cojo los condones a Rizz. Solo tengo que entrar en su habitación cuando nadie me vea y cogerlos. Él se encarga de comprarlos en la farmacia.

Harry y María miraron a su nieto con los ojos como platos, pero la reacción de Carlota debía interesarles más porque enseguida volvieron la cabeza hacia ella. Sin color en la cara se dijo que tenía que haber entendido mal y Rizz apretó los labios antes de cogerla por el brazo y tirar de ella hacia la casa. Ni sabía qué decir y cuando abrió la boca él siseó —No, nena… Ahora voy a hablar yo. —La subió escaleras arriba y cuando llegaron a su habitación cerró de un portazo. —Caja de condones, ¿eh? —Él fue hasta la mesilla y sacó su foto. —¿Y no viste esto?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Porque yo la miro cada maldita noche desde que la tengo! —gritó fuera de sí antes de señalar el tocador—. ¡Mírala! —Al ver la misma foto duplicada en un marco de plata las lágrimas cayeron por sus mejillas. —¿Tienes una maldita idea de lo que sentí aquella mañana? ¡Y tú lo hiciste por celos! ¡Fingiste tu muerte por celos! ¡En lugar de hablar conmigo estrellaste el coche y desapareciste! ¡Tienes razón nena, debo ser un cabrón de primera para que me trates así! ¡Para que nos trates así a todos! ¿Querías perder a los Bremhill de vista? Pues lo has conseguido. Estás loca y no tendría un hijo contigo ni muerto. —Fue hasta la puerta. —Voy a llamar al sheriff, recuperarás tu identidad y

te irás del país. Porque como no lo hagas pienso incapacitarte mentalmente y entonces sí que me quedaré con todo.

—¿Ahora estoy loca?

Se volvió rabioso. —¿Te parece normal tu comportamiento?

—¿Y el tuyo desde que me conociste? —Él apretó los labios. —Como mucho vamos empatados.

—No, nena… ¡Porque yo te quería!

Se le detuvo el corazón y gritó de dolor por dentro porque escucharlo antes de su accidente hubiera supuesto una gran diferencia. —Me querías cuando regresé, pero cuando dejaste que Stephanie me quemara la cara y me llamabas zorra interesada no me querías tanto. ¡No disimules!

—Creía que eso ya era pasado.

—Claro, lo tuyo puede olvidarse.

—¿Es que todavía no te has dado cuenta de lo que has hecho? —dijo atónito.

—¡Morirme!

—¡Y te da igual! —Ella apretó los labios dejándole de piedra. —Joder te daba igual, ¿no es cierto? No te hubiera importado morir. —Como ella no decía nada la cogió por los brazos. —Respóndeme —dijo desesperado—. ¿Querías morir?

—¿Y para qué vivir si no le importo a nadie?

Él perdió todo el color de la cara. —Nena, eso no es cierto. —La abrazó a él con fuerza. —Me importas a mí. —La besó en la frente casi con desesperación. —A mí.

Emocionada sollozó sobre su pecho. —¿De veras? ¿Te importo?

Apretó los labios antes de besar su sien. —Te quiero, nena.

—Pues si me quieres, ¿por qué me echas?

Él sonrió. —Estaba enfadado, no sería capaz de echarte. ¿Acaso no te dije que eras mía? —Besó el lóbulo de su oreja. —Y serás la madre de mis hijos. Eres mía, nena. Una Bremhill y serás parte de la familia. Nunca más estarás sola.

Sollozó y él preocupado la cogió en brazos tumbándola en la cama. Se tumbó a su lado abrazándola. —Estoy aquí, nena. Siempre estaré aquí.

—Creí que no me querías, que todo había sido mentira.

—Shusss… —Preocupado la besó en la mejilla. —No pienses esas cosas. Ya pasó. Dejaremos todo atrás y nos olvidaremos de la maldita herencia.

Se dejó abrazar. —Lo siento.

—Ambos tenemos muchas cosas que sentir.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Decir que estás viva?

Sonrió contra su pecho. —¿Es necesario?

—Sí, porque no voy a casarme con una muerta. Creo que no es legal.

Levantó la vista hacia él. —No me conoces. —Rizz acarició su mejilla. —Tu familia debe pensar que estoy loca.

—Solo debería importarte lo que pienso yo.

—Si me acabas de decir que estoy loca. Tú piensas lo mismo. ¿Incapacitarme? —Levantó una de sus cejas castañas y él sonrió. —¿No me acabas de amenazar con eso?

—Nena, es que esto es muy gordo. Me has cabreado.

Se sonrojó. —No quería ver a nadie. Pasó Jeff por la carretera y…

Se tensó. —¿Jeff? ¡La madre que lo parió! —gritó sentándose de golpe—. ¿Estabas con Jeff?

Forzó una sonrisa. —Siempre aparece al rescate.

—¡Como un caballero andante! ¡Y yo soy el cabrón que se compra condones y te pone verde!

—Pues ya que lo dices…

—Le mato. —Iba a salir de la cama, pero ella le agarró. —¡Déjame nena, que le voy a dejar las ideas muy claritas!

—Estoy embarazada.

Se detuvo en seco volviendo la cara hacia ella y Carlota forzó una sonrisa. —Creo. No me ha bajado la regla.

—Hostia. ¿Ya? —Preocupado cogió su mano. —¿Y el accidente?

—En realidad no me di contra el tractor. Al ver que perdía el control del coche me tiré.

—Pero vi la sangre. —Miró el brazo vendado. —Estás herida.

—Al caer me debí cortar con algo, pero estoy bien. Jeff me llevó a Perth y me curaron.

—La madre que lo parió —dijo entre dientes—. Bien que se hizo el tonto.

—Está algo cabreado contigo. Después de que el banco le presionara tú no le ayudaste, ni quisiste darle mi número.

Él apretó los labios. —Nena, ya habíamos hablado de esto. Necesito esos pozos.

Le miró fijamente y él suspiró. —Le ayudaré a poner esa maldita granja de avestruces.

—Pavos reales.

—Lo que sea. Pero esos pozos me los tiene que vender.

—Uno, el otro no que lo necesita.

Él sonrió. —¿De qué lado estás?

—Es un buen hombre.

—¡Es un cabrón! —gritó sobresaltándola—. ¡Tenía que haberme dicho que estabas viva! ¡Vino al funeral! ¿Qué clase de persona hace eso?

Se puso como un tomate y él la miró pasmado. —¿Estabas allí? —Se levantó de un salto. —¡No me lo puedo creer! ¡Y aun así creías que no me importabas! —Intentó controlarse respirando hondo. —Nena, necesitas ayuda.

—¿Qué?

—¡Si no te das cuenta de cuando alguien te quiere, es que tienes un problema!

—¡Cuando se ama a alguien se demuestra! ¡Y tú aparte de esa noche, que no digo que no estuviera genial, no has hecho nada! ¡Si hasta he tenido que venir yo! ¡No es que te lo hayas currado mucho!

—Que no me lo he… —Respiró hondo de nuevo. —Vale, culpa mía. Te dije lo del niño y pudiste sentirte utilizada después de lo de la caja de condones.

—Está bien que lo reconozcas. —Se quitó una pelusilla imaginaria de la camiseta y él gruñó. —¿Qué?

—¡Tú también habrás hecho algo mal!

—Tenía que haber hablado contigo.

—¡Exacto! ¡Aunque solo fuera para decirme que era un cerdo por lo que habías descubierto!

—Vale, tienes razón. Ahí me pasé. Pero es que me entró una mala hostia… —Le miró de reojo. —Este mes…

—¡Este mes nada de nada! ¡Mi mujer se había muerto! ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Bueno, dicen que los funerales ponen mucho.

Él puso los ojos en blanco yendo hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—¡A llamar al sheriff, a mi abogado y al relaciones públicas de la empresa! Menudo lío has montado, nena. A ver qué excusa ponemos.

—Bah, no me acordaba de quien era y ya está.

—¿Y Jeff no te reconoció?

Parpadeó porque eso no lo había pensado. —Vaya…

—¡Sí, vaya! ¡Vaya lío! ¡La prensa se va a frotar las manos con nosotros! ¡Y ahora Molly sí que va a poner esa demanda!

—Ah, ¿que no iba a ponerla?

La miró como si quisiera matarla. —Nena, desistió cuando moriste.

—Ah…

—¡Deja de desconfiar de mí!

—Lo intentaré, lo intentaré.

Él salió de la habitación y dio un portazo. —¡Vale, confiaré en ti! —dijo bien alto—. ¡Yo también te quiero!

La puerta se abrió sobresaltándola y vio cómo se acercaba a ella como si fuera a la guerra. —¿Nena?

—¿Si?

La cogió por la nuca y entró en su boca saboreándola de tal manera que hasta se le encogieron los dedos de los pies. Embriagada y con los ojos cerrados ni se dio cuenta de cómo se apartaba. —Podemos decir que te ha secuestrado.

Abrió los ojos como platos. —¿Quién es el loco ahora, eh?

Él rio por lo bajo. —Pues se lo merecería.

—¡Rizz!

—Vale…

—Lo mejor es no meterle en esto.

—¿Y quedar por una chiflada que finge su propia muerte?

—¡Dame soluciones, Rizz!

—¿Yo? —preguntó pasmado.

Sus ojos brillaron. —¡Ya lo sé! Perdí la memoria y asustada como estaba me refugié en las montañas. Jeff me encontró.

—¿Y quién te puso los puntos en el brazo? ¿El oso Yogui?

—Me los puse yo con pelo de canguro. Me costó un montón.

—Y cuando los del hospital te vean en las noticias como la heredera encontrada, porque saldrás en las noticias, de eso puedes estar segura, ¿crees que no hablarán?

—Ha pasado un mes. ¿Crees que se acuerdan con el caos que siempre hay allí?

—¿Diste tu nombre?

Dejó caer los hombros. —Mierda. —Entonces frunció el ceño. —Si no dijeron que había pasado por allí cuando me buscaba todo el país dudo que digan nada ahora.

Entrecerró los ojos. —Pues tienes razón. —La miró fijamente. —Nena no tienes pinta de saber de supervivencia. Ni siquiera estás morena. ¿Cómo vas a sobrevivir tú ahí fuera un mes? —Entonces se detuvo en seco. —Hostia, la cabaña de los vaqueros.

—¿Qué?

—Tenemos una cabaña para la temporada alta donde duermen los vaqueros eventuales. Allí hay latas de comida, duchas y todo lo necesario para pasar un tiempo. Incluso hay botiquín.

Ella sonrió. —Bien visto, cielo. Dejaremos a Jeff fuera de esto.

—Sí, porque le voy a dejar la cara hecha un mapa y en las noticias se vería raro —dijo antes de salir.

—¡Rizz ni se te ocurra! ¡Rizz!

Capítulo 11

Jeff parpadeó con el ojo sano viéndola en las noticias salir escoltada de la oficina del sheriff. Llevaba una manta sobre ella para que no le sacaran fotos. Era noticia nacional y ahora estaba entre los Bremhill tan ricamente. Cuando dieron paso a otra cosa miró a su amiga. —Lo habéis atado todo muy bien —dijo él divertido.

—Nuestro chico hasta dejó latas vacías en la cabaña para que colara —dijo Rose orgullosa—. Bueno, asunto cerrado. ¿Quién quiere cenar?

Todos se levantaron y Sophia llamó a los niños que estaban arriba jugando a los videojuegos. —Dichoso chisme.

—¿Todo bien? —preguntó Carlota tras ella.

—Se lo ha comprado su padre para que me vuelvan loca.

—No hablaste con el abogado.

Apretó los labios. —Es que si lo hago irá a peor.

—Y dejas que sigan viéndole.

—Tiene derecho de visitas, lo ha ordenado un juez. —La miró angustiada. —Pero ya no lo aguanto más. Cada vez que vuelven me hablan de una manera… Ya no me hacen ni caso.

—¿Has hablado de esto con Rizz? —Ella negó con la cabeza muerta de miedo. —¿Con tu madre?

—¿Con los problemas que le he dado ya? Bastante tiene con cargar conmigo.

—Acaso…—La miró sorprendida. —¿Tú no estás en nómina? ¡Si lo están todos!

—Cuando me fui de casa renuncié al trabajo porque él no quería que trabajara. Decía que podía mantenernos de sobra. Así que cuando regresé aquí no tenía nómina.

—Y te ha dado vergüenza decir nada.

—¿Soy idiota?

—Pues sí, llevas meses trabajando en la casa sin cobrar.

Se sonrojó. —Es que no me parecía justo encima que me acogían.

—Esta es tu casa, Sophia. Nadie te está acogiendo, es tu hogar. Hablaré con Rizz de esto y lo solucionaremos.

La miró asustada. —No, con Rizz no.

—¿Por qué?

—Porque le matará. Si le cuentas lo de los niños será la gota que rebose el vaso. Irá a por él. Y mi ex lo aprovechará. Ya le ha sacado cinco mil por la paliza que le dio y ha tenido que hacer un curso para controlar su violencia.

—¿Que mi Rizz ha tenido que hacer qué?

Sophia chistó. —Te van a oír.

—Ese cabrito… Y supongo que ahora tendrá antecedentes. —Sophia asintió. —Genial.

—Lo siento.

—No es culpa tuya, es culpa de tu ex. Tranquila, lo solucionaremos. —Miró hacia arriba y gritó —¿No habéis oído a vuestra madre? ¡Cómo no bajéis en un minuto tiro ese chisme por la ventana!

Los niños bajaron en tromba y ambas sonrieron. —No intentes agradarles para compensar el daño que él está haciendo. Se volverán unos consentidos. Sé firme, que sepan quien manda. Y ese consejo no va solo por los niños.

Sophia asintió entrecerrando los ojos. —Bien.

—Eres una Bremhill, demuestra tu mala leche.

Sonrió divertida y ambas fueron hasta la cocina donde ya estaba todo preparado sobre la mesa. Se mordió el labio inferior porque no sabía dónde sentarse ya que Rizz no estaba, pero Sophie cogió su mano acercándola a la mesa. Decidió sentarse a la derecha de la cabecera. —Niña siéntate presidiendo la mesa —dijo Harry sentándose en frente de ella.

No le parecía bien. No era una Bremhill. —Rizz estará al llegar. Ese es su lugar.

Todos sonrieron dándole el visto bueno y como una más se puso a cenar. No podían esperarle, los niños ya habían retrasado su cena una hora. Si no llegaba a tiempo le guardaría un plato.

—¿Y cómo está Oliver?

—Ahora vive con su hija en el pueblo. No hace más que quejarse de que quiere volver a casa, así que no tardará en regresar. —Harry la miró a los ojos. —Te agradece mucho tu ayuda y está deseando conocerte.

—Bah, no fue nada.

Donovan fue el último en entrar hablando por el móvil. —Te llamo luego. —Y en susurros dijo —Te quiero. —Toda la familia le miró sonriendo. —Dejadme en paz, pesados.

Rieron y Harry preguntó —¿Cuándo la conoceremos?

—En la boda, supongo.

Todos se quedaron de piedra y él les miró sin comprender. —¿Qué?

—¿Qué boda? —María parecía al borde del infarto. —¡No te puedes casar! ¡Eres muy joven!

—Abuela, hablo de la boda de Rizz.

Se sonrojó cuando la miraron. —Hablamos de eso por alto y… Ya os diré algo.

—Pues mi primo lo tiene clarísimo —dijo Donovan cortando un buen filete—. Ya ha hablado con el cura por teléfono para que te resucite eclesiásticamente y que así podáis casaros.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

Él asintió con la boca llena. —Sí, dijo algo así como, mi mujer está viva y preñada así que mueva el culo que quiero casarme.

Se puso como un tomate mientras Harry dejaba caer el tenedor de la impresión. Ella forzó una sonrisa. —Este Rizz…

—Al parecer el chico no usaba lo de la cajita, niña —dijo Rose divertida.

—Muy graciosa. —Se metió el filete en la boca a toda prisa y dijo —Todavía no es seguro.

—Oh, tienes cara de embarazada… —dijo Jeff dejándoles pasmados—. Me di cuenta de inmediato.

—¿De veras? —preguntó Sophia—. Pues yo no noto nada.

—Y es niño. Le resplandece la piel. Cuando resplandece la piel de la vaca, es macho.

Hala, y se quedaba tan pancho.

—Oh, un heredero —dijo María encantada.

—Si fuera chica también heredaría.

—Sí, claro… Los tiempos han cambiado.

—Yo también tengo una noticia —dijo Jeff algo incómodo—. Me caso.

Asombrada miró hacia él. —¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con Stephanie.

Todos le miraron con los ojos como platos. —¿Con Stephanie? —preguntó Donovan—. Pero si está en Perth.

—Los viajes que hacías eran para verla —dijo ella impresionada.

Harry carraspeó. —Felicidades hijo.

Incómodo Jeff dijo mirándola de reojo —Quiere venir a veros. No sé atreve a llamar después de lo que pasó.

Sintió todos los ojos sobre ella como buscando su consentimiento, pero no podía perdonarla. Ni siquiera se había disculpado. Se mantuvo en silencio y Gregory apretó los labios. —No es bienvenida en esta casa. Si quiere vernos quedaremos en otro sitio. ¿Lo saben sus padres? Mi hijo no me ha dicho nada.

—No sé hablan, ya lo sabes. No sé hablaban antes de que se fuera —dijo molesto.

—Será por lo buena gente que es —dijo ella por lo bajo sin poder evitarlo.

—No es mala persona.

Fulminó a Jeff con la mirada. —¡Mírame la cara! ¡Podría haber sido mucho más grave!

Él apretó los labios. —Lo sé y se arrepiente.

—Pues no lo ha demostrado, ¿no crees? ¿Cómo puedes casarte con una mujer así?

—Mi nieta no es mala niña… —dijo Rose incómoda.

—Esto es ridículo —dijo furiosa saliendo de la cocina. Corrió escaleras arriba reprimiendo las lágrimas porque al parecer el dolor que había sufrido ya no era importante. Se tumbó en la cama abrazando la almohada y sin poder evitarlo pasó su mano por la mejilla donde tenía la cicatriz. ¿Eso la acompañaría toda su vida y tenía que ignorarlo? No pensaba hacerlo. No quería ni verla ni saber nada de ella y si Jeff se casaba con ella que la olvidara para siempre.

Intentando reprimir las lágrimas pensó en todo lo que había pasado desde que había ido por primera vez al rancho. Se sintió cansada de todo y cerró los ojos queriendo olvidar los malos momentos que habían sido muchos. Ni escuchó como se abría la puerta. Rizz se tumbó a su lado y la abrazó por la espalda. —Nena, no te pongas así. Es de la familia.

—No la quiero en mi casa.

—Y lo entiendo, pero no podrás evitarla siempre. —Se quedaron en silencio varios minutos mientras simplemente se sentían.

—¿Cómo ha ido todo?

—El sheriff ha tragado y ya ha hablado con el juez. En unos días todo estará arreglado y volverás de entre los muertos.

Sonrió. —En la tele salías muy guapo.

—¿De veras?

Se volvió para mirar su rostro. —Ese traje te sienta de miedo. —Besó sus labios. —Estás para comerte.

—Nena, pues tendrás que estar a dieta un poco más porque tengo que irme de nuevo.

—¿Qué?

—Tengo una reunión en la central de Sídney mañana a primera hora. —Suspiró apartándose de ella y levantándose para ir al armario y sacar otro traje.

—¿No puedes retrasarla?

—Es para renegociar los contratos con nuestros clientes. No puedo dejarles plantados.

Lo entendía. —¿Cuándo volverás?

—Pasado mañana. Pórtate bien.

Jadeó. —Yo siempre me he portado bien.

Él rio por lo bajo. —Ya, claro.

—No la quiero aquí —dijo tajante. Rizz se tensó y cogió varias camisas antes de asentir—. Hablo en serio, no quiero ni verla.

—Muy bien, nena. Pues no volverá a pisar Bremhill. —Cogió la maleta y empezó a meter sus cosas. —Lo siento por Rose y por Gregory que sé que la adoran.

—Oh, venga ya. ¡No intentes ablandarme!

Él sonrió. —¿Hago eso?

—Sabes que sí. Rizz, ni se ha disculpado.

—Estoy seguro de que lo hará.

—¿Y si vuelve a intentarlo? —dijo asustada.

Él la miró a los ojos. —Eso no pasará, nena.

—¿Crees que no me tiene rencor después de que la echarais de casa por mi causa? ¡Intentó matarme dos veces! ¿Sabes lo que me dijo el médico? ¡Qué si me hubiera desmayado antes de gritar hubiera muerto por las quemaduras!

—También me lo dijo a mí.

—Pues si me quieres tanto no sé por qué insinúas siquiera que debo perdonarla.

Él apretó los labios. —No volveremos a hablar de este tema.

—Más te vale, porque no pienso ponernos en riesgo al niño ni a mí por esa descerebrada.

Se sentó a su lado y acarició su mejilla. —Siento haberlo sugerido.

Sin poder evitarlo se abrazó a su cuello. —Dejemos de discutir, por favor… Solo quiero estar contigo.

Él sonrió. —¿Qué te parece si me acompañas a Sídney? —Se apartó mirándole ilusionada. —Tienes que comprar ropa y pasaremos dos días tú y yo solos.

—¡Sí! —Le besó por toda la cara haciéndole reír. —Claro que sí. Ya estoy harta de llevar la vieja ropa de Jeff.

Acarició su pierna al descubierto. —Pues te sienta fenomenal.

—¿No me digas? —Acarició su pecho sobre la camisa. —¿Pues sabes lo que no tenía Jeff? —Besó el lóbulo de su oreja. —Ropa interior.

Se quitó la chaqueta del traje a toda prisa y ella soltó una risita. —¿No tenías prisa?

—Lo he pensado mejor —dijo agachándose y besándola en el cuello—. Y si hay que retrasar la reunión, se retrasa. Lo primero es lo primero.

Sentada en el wáter del hotel miraba la prueba de embarazo. Nerviosa la dejó sobre el lavabo y cogió la caja. —¿Alta sensibilidad?

Y una leche, está tardando un huevo.

—¿Nena?

Se levantó de golpe. —¡Cariño, has llegado justo a tiempo!

Él entró en la habitación y al ver que estaba en el baño dejó caer el maletín sobre la cama al lado de un montón de bolsas antes de acercarse. —Veo que has aprovechado mi tarjeta de crédito.

Soltó una risita. —Había cosas muy bonitas. —Él vio la prueba de embarazo y sonrió. —Todavía no sale nada.

—Nena, no te ilusiones que puede que no pase lo que piensas. —Se puso a su lado y miraron la prueba. Nada, no salía nada. —¿Lo has hecho bien?

—¿Crees que no sé hacer pis en un palito? —preguntó irónica.

—¿Por el extremo correcto?

—Ja, ja… Tiene un tapón.

Él reprimió la risa. —Igual está defectuoso. ¿Tienes más?

—Con lo carísimo que es tiene que funcionar. Sino reclamo. Vaya si reclamo. —Miró hacia la prueba. —¡Ya sale! —Agarró su brazo. El color rosa empezó a hacer una línea. Ambos se acercaron. —Venga, una cruz, una cruz.

—¿Que sea de ese color significa algo? —Ella le fulminó con la mirada y este carraspeó. —Daría igual que sea niña.

—Eso pensaba. —Volvieron la vista hacia la prueba y gritó al ver la cruz. Se abrazó a Rizz que riendo la cogió por la cintura sin dejar de mirar la prueba. —¡Eres un hacha, cariño! ¡A la primera!

—Bueno, a la primera… Esa noche fueron cuatro veces.

Le besó por toda la cara y le miró ilusionada. —Vamos a tener un hijo. Un Bremhill. Y ya se acabaron las tonterías con los hijos de July.

Él hizo una mueca —Puede. —Cogió la prueba. —¿Esto puede conservarse?

—Creo que sí —dijo confundida—. ¿Cómo que puede? ¿Qué pasa?

—En cuanto se enteraron de que habías resucitado han vuelto a la carga. De hecho ya tienen preparada la demanda. Me lo acaba de decir mi abogado.

—Mierda. ¿Es que no van a dejarnos en paz?

—Tendremos que ir a juicio.

Suspiró antes de encogerse de hombros. —Bueno, da igual. Ganaremos. Tenemos la carta de July y tú eres un Bremhill. Y para más inri tendremos otro. Todo quedará en la familia y ya no podrán alegar que la herencia la tiene una desconocida. ¿La demanda me llegará al rancho? —preguntó saliendo a la habitación.

—Le he dicho a Robert que te represente.

Sacando una prenda de la bolsa le miró sorprendida. —Cielo, tengo a mi abogado.

—En Estados Unidos, no puede representarte aquí.

—Tengo abogado aquí.

—¿Hablas de Michael? —Ella asintió. —Nena, es un abogado empresarial. Le entregaba a él los papeles que tenías que firmar, pero no creo que sepa nada de un proceso civil de este calibre. Necesitamos a alguien experimentado y Robert lo es.

—¿Seguro que es bueno? Porque los consejos que te dio... Si te dijo que me ligaras.

—¿Eso no demuestra que es buen abogado? —preguntó divertido.

—Ja, ja. —Le mostró un chándal para el niño y él se echó a reír al ver que tenía un vaquero montado a caballo en el pecho. —¿A que es mono?

—Solo falta que ponga debajo soy un Bremhill. —Ella le dio la vuelta y Rizz rio con ganas. —Nena, ¿dónde has encontrado esto?

—Te ponían lo que querías como esas frases de tengo el papá más chuli del mundo. Sacó un body con ese eslogan. —¡Me encantan!

Rizz miró el resto de las bolsas. —Preciosa, ¿te has comprado algo?

—Claro —dijo como si nada—. Un par de vaqueros y camisetas. ¿No ves que los llevo puestos?

—¿Solo eso? ¿No vamos a salir a cenar?

—Oh… —Estiró el brazo y sacó de una bolsa un vestido negro entallado y unos zapatos de tacón. —Lista.

Él sonrió. —¿Y la ropa interior?

—Leche, ya sabía yo que se me olvidaba algo —dijo maliciosa.

Sacó una mantita beige con la B de Bremhill bordada y él sonrió por la ilusión que le hacía. —¿Todo está bordado?

—Y que se prepare Rose porque quiero la B en todos los sitios.

—Nena, a ver si le dejamos un trauma.

—Bah, se acostumbrará. ¿Pensamos en los nombres? Había pensado que si es niña se llamara July.

—Me parece bien. Y si es niño…

—Frank —dijo segura.

Él sonrió cogiéndola por la cintura y acercándola. —Se llamará Rizz.

—Mucho mejor —dijo comiéndoselo con los ojos—. Así todos sabrán que es tuyo.

Acarició su trasero por encima de los vaqueros. —Como tú.

Se puso de puntillas para besar sus labios. —Como yo.

Llamaron a la puerta y él gruñó. —¿Quién será?

—Ni idea. Yo aquí no conozco a nadie.

Mientras él iba a abrir, siguió sacando cosas y las colocó todas juntas para meterlas en una sola bolsa. Rizz entró en la habitación. —Nena, ven al salón.

—¿Quién es? —Perdió algo la sonrisa porque parecía tenso. —¿Cielo?

—Los hijos de July han decidido hacernos una visita.

Entrecerró los ojos. —Será una broma. —Salió de la habitación y vio a Molly sentada tan ricamente en el sofá con las piernas cruzadas y una sonrisa de suficiencia que no podía con ella. La verdad es que para estar cerca de los cincuenta estaba estupendamente. Carlota miró a sus hermanos que estaban sentados a su lado tan tensos como Rizz. —¿Se puede saber que hacéis aquí?

—Venimos a hablar de negocios —dijo Molly con chulería.

Se cruzó de brazos. —¿No me digas?

—Danos todo lo que pertenece a los Bremhill y nos perderás de vista.

—Y una mierda. ¿Es que acaso habéis perdido la cabeza? Nos veremos en el juzgado.

—Ni el dinero de los Bremhill te salvará de esta —dijo Steven que era el hermano mayor y se suponía que el heredero, pero Molly y Laurence también querían sacar tajada.

—Les pagaré con mi dinero —dijo haciéndoles apretar los labios —. ¡La herencia es mía legalmente y por mucho que intentéis paralizarla, por mucho que deis la paliza con el tema, seguirá siendo mía!

Molly rio por lo bajo. —Si no nos cedes la herencia contaremos a todo el mundo como fingiste tu muerte lo que en sí es un delito, ¿o eso no lo sabías? Eso unido a que tu madre timaba al gobierno de los Estados Unidos y después a una fundación para conseguir que la mantuvieran… Le será muy interesante al juez. No te costaría convencer a una anciana para que cambiara su testamento. —Miró a Rizz. —¿No te has preguntado por qué fingió su muerte? Para deshacerse de los Bremhill. ¡De todos! ¡Os habíais convertido en un estorbo!

Perdió todo el color de la cara y asustada porque Rizz la creyera miró hacia él que por su expresión parecía a punto de pegar cuatro gritos. —Estáis diciendo disparates.

—¿No me digas que a ti también te ha timado y te has tragado que es un alma cándida a la que mi madre adoraba? —Molly se echó a reír levantándose y mostrando su carísimo vestido de firma. —Me defraudas, primo. Te creía más listo y te has dejado seducir por esa dulce sonrisa.

Él se tensó. —No sé de qué hablas.

—Claro que no. —Miró a Carlota fijamente. —Es una pena que Jeff no se pusiera de tu parte —dijo con recochineo.

—Déjame adivinar, esta historia se la ha inventado Stephanie, ¿no es cierto? Queréis asustarme con eso de que fingí mi muerte y habéis metido a Jeff en esto —dijo ella furiosa por la traición de su amigo—. Es su palabra contra la nuestra.

—Pero es que Jeff tiene pruebas de que estuviste en su casa todo un mes. —Levantó una de sus cejas rubias. —Unas fotos en su casa con el brazo herido y algunas durmiendo en su propia cama. ¿A que es interesante?

Mierda, era evidente que Jeff le había tendido una trampa desde el principio porque ella no se dio cuenta de que le había sacado ni una sola foto.

Laurence rio por lo bajo por la cara de Rizz. —Mi hermana es muy impaciente. Es mejor que empiece por el principio.

—Oh, es cierto. Qué desconsiderada. Rizz, a pesar de haberla investigado, no lo sabe todo.

—¡Habla de una vez!

—Cuando metimos a mi madre en una residencia al poco de llegar es porque intentó suicidarse. Se tomó un bote de pastillas.

—¡Eso es mentira! —exclamó Carlota indignada—. ¡Lo hubierais dicho en el juicio!

—¡No queríamos dejarla como una loca! ¡Yo quería a mi madre!

—Sí, claro. La querías tanto que te deshiciste de ella en cuanto puso un pie en los Estados Unidos. ¡Si casi ni ibas a verla!

—No iba a verla porque mi hijo también me necesitaba. ¡Es drogadicto en rehabilitación!

Perdió todo el color de la cara y Molly la miró con odio. —Cuando mi madre llegó y vi en el estado en que estaba no podía hacerme cargo de ella también. Así que le busqué una buena residencia donde pudieran controlarla y que no hiciera más tonterías.

—¿Y ellos? —preguntó con desprecio—. ¿Tus hermanos no podían ayudarla? No me vengas con estupideces.

—Consideramos que estar con gente de su edad la ayudaría. ¡Eso dijo el psicólogo!

—¿El psicólogo? —Miró a Rizz. —No sabía nada de esto.

—Claro que lo sabías. En cuanto entró en la residencia se le comunicó a su directora su estado y las pastillas que debía tomar. ¿O acaso no tomaba Diazepam?

—Como muchos otros. Eso les mantiene tranquilos. ¡La carta de July demuestra que mientes!

—Una carta que escribió bajo tu coacción. Tengo testigos de ello —dijo con malicia.

—¡Serás zorra! ¡Has comprado a John para que hable mal de mí!

—Demuéstralo. —Miró a Rizz. —No miento. Sabes que Jared lleva años dependiendo. En el momento en que llegó mamá estaba

saliendo del bache no podía permitir que viviera bajo un techo donde una mujer intentaba suicidarse.

Apretó los puños. —Continúa.

—¡No puedes creerte eso!

—Nena, déjala hablar. A ver si así se largan de una maldita vez.

Se cruzó de brazos molesta. —Muy bien, sigue con tus mentiras.

—¿Mentiras? Aquí la única mentirosa eres tú. Desde que naciste viviste en un ambiente que te enseñó a aprovecharte de los demás. Convenciste a mi madre de que éramos unos hijos mediocres, recibió tu atención y la hiciste comer de tu mano hasta que cambió el testamento. Qué casualidad que lo escribiera tres semanas antes de morir.

—¿Estás insinuando que yo tuve algo que ver con su muerte?

—Que tuvieras algo que ver en la muerte de mi madre no podemos demostrarlo, pero con todos los delitos que has cometido no me extrañaría nada.

—Estás loca.

—¿Loca? —Miró a Rizz. —¿Sabes que en cuanto murió mi madre se llevó todas sus cosas a su casa? Excepto las joyas para que no la denunciáramos.

—¡Es mentira! ¡Me las dio la supervisora porque ellos no las querían!

—No, lo que buscaba era el testamento y no podía registrar sus cosas en la residencia. Alguien podría verla. Así que se las llevó a su casa y cuando encontró el testamento lo vendió todo. —Él apretó los puños y la miró fijamente haciendo reír a Molly. —Si tanto la quería por qué se deshizo de todo.

—Quería ir al funeral, pero después de vender los cuadros y alguna otra cosa mi abogado me dijo que era mejor que no fuera para no crear conflictos cuando se reclamara la herencia. ¡Me aconsejó que tuviera el menor contacto posible con ellos y no sé equivocó!

—Oh, pero ese dinero lo aprovechaste a pesar de que habíamos paralizado la herencia en el juzgado. Miles de dólares en viajes por todo el mundo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la rabia. —July quería que viajara.

—Ya, claro. Mi madre tenía un corazón enorme… Tanto como para darte millones.

—¡No pienso discutir esto contigo! ¡Un juez ya me ha dado la razón!

—Molly, continúa —dijo Rizz dejándola de piedra.

—Oh, pues después de tomar posesión de la herencia en Estados Unidos y comprarse un ático enorme en pleno Manhattan se fue de viaje de nuevo. A Panamá donde desvió parte de los fondos.

—¡Fui de vacaciones y lo que hiciera allí no es asunto tuyo!

—Y después se fue a los Ángeles donde contactó con un abogado.

—Un agente de bienes raíces, lo tergiversáis todo.

—Y abogado.

—¿Nena?

Era evidente que empezaba a desconfiar de ella, pero aun así dijo —Me vio en la piscina del hotel y me pidió una cita. Pero justo cuando me recogió le llamaron. Tenía que enseñar una casa. Fui con él y me lo pasé estupendamente, aunque ni nos acostamos.

—¿A dónde quieres llegar, Molly? Eso solo demuestra que ese abogado tiene un gusto excelente —dijo él entre dientes.

—Claro que lo tiene, pero lo que no te ha dicho es que ese abogado de Los Ángeles ha comprado dieciocho propiedades a nombre de una sociedad. La misma sociedad donde ella había desviado parte del dinero de mamá. Y esa sociedad tiene su base en Panamá.

—No tengo más que decir. ¿Algo más?

—Puedo demostrarlo como también puedo demostrar que cuando llegaste a Australia por primera vez tu intención era vender la empresa.

—Otra mentira. Hija no te cansas —dijo indignada—. ¡Jamás la vendería, se lo prometí a July!

Laurence sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta. —Tus promesas valen poco.

Rizz cogió el papel de malos modos y lo abrió leyéndolo a toda prisa. Cuando le vio apretar los labios sintió miedo, pavor, pero tenía que confiar en él. No pensaba comportarse como un mes antes. La quería, estaba segura. Tenía que confiar en que la creyera. Él bajó el papel y la miró a los ojos. —Un tal Jeremy Colton te hace una oferta por ciento veinte millones de dólares.

Se le cortó el aliento antes de mirar a Molly. —¿Habéis hackeado mi cuenta de correo? ¡Jamás acepté esa oferta! ¡Podría denunciaros!

Los hermanos se echaron a reír. —No tienes pruebas. Esto nos lo ha enviado alguien que nos tiene mucho aprecio. ¡Como los mails que dicen lo de las cuentas en Panamá y otras mil cosas!

—¡Os voy a denunciar! ¡Ya estoy harta de vosotros!

—Repito, no tienes pruebas. Pero en cuanto el juez vea esto se pondrá de nuestro lado. Es hora de que nuestro primo sepa por qué no aceptaste esta jugosa oferta cuando las negociaciones estaban tan avanzadas. —Miró a Rizz. —Porque vivíais en la casa. No podía desarraigaros sin compensaros como bien sabes.

—¿Qué? —preguntó Carlota incrédula.

—Los Bremhill llevan allí desde hace siete generaciones y para echarles tendrías que negociar económicamente con los que aún viven en esas tierras. Millones que no querías soltar. Además eran hostiles como demostró Stephanie que es la única de esta familia que tiene pelotas. ¿Qué hiciste? Fingir que Stephanie te había echado algo en la crema. Así los tendrías en la palma de tu mano con una posible condena en prisión por intento de asesinato. Ellos renunciaron a la herencia y todo era totalmente tuyo. Te fuiste para que se confiaran, pero pensabas volver, claro que sí. —Laurence sacó otro papel. —Aquí demuestra cuales eran sus verdaderas intenciones dos días antes de regresar a Australia.

Rizz cada vez más tenso cogió el papel y el miedo se volvió terror por su expresión porque cuando levantó la vista la fulminó con la mirada. —¿Ya casi está todo listo? ¿Eso le decías a Jeremy Colton? ¡Llegaste con la excusa del diario! Te vino de perlas saber que estaba loco por ti, ¿no?

—¡No digas disparates, cielo!

—Y cuando te dije mis planes entraste en pánico. ¡Ellos volverían a demandarte en Australia! ¡Tenías que deshacerte de nosotros y qué mejor que cerrarnos la boca para siempre! ¿Por eso fingiste tu muerte? ¿Para qué?

—Para acusarte de intento de asesinato —dijo dejándole de piedra—. Pensaba decir que había ido a echaros, que no reaccionaste bien y que intentaste matarla. Ella huyó en tu coche, estaba sola y aterrorizada sin nadie que la ayudara. Se escondió en la cabaña después de que casi la mataras. Eso es lo que le dijo a Jeff y es lo que nuestro amigo declarará ante el juez.

Carlota negó con la cabeza. —Estáis locos.

—Vas a acabar en prisión —dijo Steven—. Renuncia a todo, no haremos un escándalo y podrás desaparecer de nuestras vidas para siempre. —Miró a Rizz. —Si colaboras con nosotros, tú te llevarás tu parte. Serás el propietario de todo lo de aquí menos un cuarenta y cinco por ciento de la empresa. Te quedarás a cargo de ella y todo seguirá como hasta ahora, tienes mi palabra.

—Lo quiero por escrito —dijo furioso haciendo que su corazón se retorciera de dolor. —. A mí no me toman más el pelo.

—Nuestros abogados ya han redactado el acuerdo. —Miró a Carlota. —Solo te queda firmar. Renuncias a todo ahora o vas a prisión y te lo quitará un juez. Nos quedaremos con todo como debía haber sido desde el principio.

Levantó la barbilla. —Os olvidáis de algo. ¿Si había montado todo ese circo que os habéis inventado por qué no le acusé de asesinato cuando me interrogó el sheriff?

Molly sonrió. —¿No es evidente? Porque sabías que Jeff te delataría. ¡No quiso ponerse de tu lado cuando descubrió tus planes a pesar de que le ofreciste mucho dinero! ¡Sobre todo porque está enamorado de Stephanie y jamás la traicionaría! ¡La única solución que te quedaba era que Rizz te creyera! ¡Que te protegiera contra nosotros! ¡Pero mi primo no va a hacerlo porque ya ha abierto los ojos, zorra aprovechada!

Miró a Rizz pálida como la cera. —¿No lo vas a hacer? ¿No vas a protegerme?

Él apartó la mirada. —¿Esto es todo lo que tenéis contra ella?

—Los testimonios y esos mails la hundirían. Si declaras que fingió su muerte, estará sentenciada —dijo Steven satisfecho—. Todo de nuevo en manos de los Bremhill.

Él sonrió irónico. —Y los Bremhill siempre consiguen lo que quieren.

—Exacto. Siempre.

—Lo interesante será descubrir que Bremhill ganará. —Le miraron sin comprender. —Sois realmente estúpidos si pensáis que voy a darle la espalda a mi mujer por unos miles de dólares. ¡Se os olvida que me lo legó todo mucho antes de regresar y si volvió fue por mí, solo por mí!

—¡No seas estúpido! ¡Te hemos presentado las pruebas!

—¿Pruebas? —Le tiró el papel a la cara haciéndola sonreír de la alegría porque era evidente que les había engañado para que lo contaran todo. —¡Esto es una mierda! ¡Recibo propuestas de negocios todos los días y si habéis hackeado su cuenta no os habrá sido difícil colarle un mail falso! ¡Lo que más me jode es que me creéis estúpido! ¡July no intentaría suicidarse en la vida! ¡La conocía mucho mejor que vosotros, cabrones interesados! —Señaló a Molly. —¿Quieres ir a juicio con esa patética historia sobre que Jared está metido en las drogas? ¡Demostraré que fuiste a ver a mi primo a ese centro de rehabilitación dos veces en tres años! —Molly palideció. —Porque yo sí hablo con él una vez al mes. Me das asco. Y ahora entiendo perfectamente que July le legara la herencia a mi mujer. ¡Fuera de mi vista antes de que os saque a golpes!

—Demostraremos que también estás metido en esto. Te lo legó todo con esa muerte falsa, caerás con ella como su cómplice. Ya encontraremos la manera.

Antes de que nadie pudiera impedirlo cogió a Laurence de la pechera y tiró de él hasta la puerta haciendo chillar a Molly —¡Serás salvaje!

Carlota entrecerró los ojos. —¿Salvaje mi hombre? ¡No has visto nada! —El puñetazo que la tiró sobre el sofá la dejó sin sentido y sonrió encantada al ver que le había roto la nariz. —¡Esto por todas las lágrimas de July, cabrona!

Steven vio atónito como Rizz regresaba después de haber tirado a su hermano en el pasillo y corrió hacia la puerta esquivándole por un pelo.

—¡Te dejas a Molly!

Rizz sonrió al verla desmayada. —¿No has podido resistirte?

—Cariño, se la debía.

—Pues tienes razón. —La cargó sobre su hombro y la tiró sobre su hermano. —¡Hablad con nuestro abogado! —gritó antes de cerrar de un portazo.

Ella hizo una mueca. —¿Estamos en problemas?

—Si Stephanie y Jeff declaran, tu reputación caerá en picado. Además tienen lo del arraigo, lo de John… Joder, todo lo que había descubierto sobre ti, sobre tus antecedentes familiares. Las mentiras de Stephanie crearán la duda, como han dicho. Dudas que disiparán las fotos que presente Jeff, demostrando que eres una manipuladora. Si tienen al empleado de la residencia, hemos perdido Bremhill, nena. Creerán que lo planeaste todo desde el principio.

Se apretó las manos caminando por el salón. —¿Por qué les dijiste lo de John?

—No se lo dije. —No pudo disimular su sorpresa y él sonrió con tristeza. —No soy tan estúpido de revelar mis bazas a mis enemigos. Les preguntaba por sus actuaciones judiciales, pero nunca les revelé las mías.

—Pero cuando me recogiste en el aeropuerto hace un mes me dijiste que iban a seguir tu táctica en el juzgado. ¿Cómo la sabían?

—Lo he pensado mucho y creo que… la sabían por Stephanie. —Ella le miró asombrada. —¡Pero creía que podría controlarlo teniendo un hijo!

—¡Y querías perdonarla!

—¡Nena, la he visto nacer!

—Pues mira cómo te lo paga —dijo con rencor.

—No me lo puedo creer. —Se pasó la mano por la nuca. —Stephanie nunca me traicionaría. Esto no está pasando. —De repente la miró sorprendido antes de echarse a reír. —Claro, les está tendiendo una trampa.

—¿Qué dices? —preguntó incrédula.

—Les ha engañado aprovechando que la echamos de casa.

—¿Te das cuenta de la contradicción que hay en esa frase? Precisamente porque la echamos tiene sentido que nos traicione. —Le cogió por las mejillas. —A ver cariño, que me parece que tienes demasiada fe en ella... ¡Y nos ha apuñalado por la espalda!

La cogió por los brazos. —Tiene que haber una razón para esto. ¡Les odia tanto como yo!

Parpadeó. —Te veo muy convencido.

—Lo estoy. —Entrecerró los ojos. —Lo estoy. Nena, si intentó matarte para salvar Bremhill, para que quedara en mis manos. ¿Crees que cambiaría de opinión?

—En eso tienes razón. Haría lo que fuera por salvar el rancho. Pero con este trato lo salvaría para ti y a mí me daría una patada en el culo, que es lo que quiere.

La miró sorprendido. —Pues tienes razón.

—¡Claro que la tengo! ¡No te fíes de ella!

—Su plan es perfecto.

—¿Te estás oyendo?

—Joder, que lista es.

—¡Rizz!

—Nena, me lo ha puesto en bandeja de plata para que yo eligiera. Y te he elegido a ti. Seguirá con sus planes, ahora les destruirá en el juzgado y todo quedará como yo quiero que quede sin la posibilidad de que ellos puedan poner sus zarpas sobre la herencia. Les va a destrozar.

—Te veo muy seguro.

—Totalmente porque me quiere como a un hermano. Jamás me traicionaría. No se traiciona a un Bremhill.

—¿Y cuando la echasteis de casa no lo consideró traición porque os pusisteis de mi parte?

—¡Nena no me pongas nervioso! —La cogió por la cintura y la besó. —Nos vamos.

—¿Ya? —preguntó sorprendida—. No he venido hasta aquí para regresar ahora.

—Tenemos que hablar con ellos.

—¡No pienso dejar que este tema me amargue más la existencia! —Se volvió hacia la habitación y se quitó la camiseta mostrando su espalda desnuda.

Él gruñó. —Nena… Hablo en serio. —Los pantalones cayeron ante la puerta. —Preciosa, deberíamos… —Al ver que sobre los pantalones caían unas bolas chinas abrió los ojos como platos. —Joder —dijo tirando de su corbata—. ¿De dónde has sacado eso? ¿Las llevabas puestas?

—¿Por qué no vienes y lo compruebas?

Entró en la habitación para encontrarla tumbada ya en la cama totalmente desnuda. —¿Eso será bueno para el bebé? —Parpadeó como si no hubiera pensado en ello. —¡Carlota!

—Estoy bien. —Abrió las piernas y se miró el sexo. —No veo nada raro.

Él gruñó quitándose la camisa a toda prisa —Deja de hacer eso.

Se acarició de arriba abajo. —¿El qué?

—¡Mujer, que tenemos que irnos! ¡En menuda crisis estamos metidos! —dijo dejando caer los pantalones. Carlota se acercó a gatas y estiró la mano bajándole el bóxer. Su miembro quedó al descubierto y este le apuntó directamente a la cara. Sonrió maliciosa. —Nena, que si me miras así no voy a aguantar mucho.

—Ahora me toca a mí probarte. —Cogió su miembro y antes de que pudiera evitarlo pasó su lengua por la cabeza haciéndole jurar por lo bajo mientras todo su cuerpo se tensaba. Le encantó. No solo su sabor sino la reacción que provocaba en él al darle placer, así que lo saboreó como un caramelo. Estaba tan concentrada que cuando la cogió por los brazos elevándola chilló de la sorpresa agarrándose a sus hombros y rodeándole con las piernas. —¿Estilo koala?

—A la australiana —dijo con voz ronca antes de estirar la mano que le agarraba el trasero para cogerse el miembro.

Ella gimió inclinando su cuello hacia atrás cuando entró en su cuerpo. —Dios…

—Nena, eres mi otra mitad. —Se movió en su interior elevando su trasero antes de dejarla caer, deslizando su sexo de una manera tan firme que le robó el aliento. Rizz cerró los ojos como si sentirla fuera la mejor sensación del mundo y repitió el movimiento

provocando que ella fuera consciente de cada milímetro que entraba en su ser. Se sentía tan llena, tan completa que entendió perfectamente lo que había querido decirle y amándole con toda su alma quiso unirla a la suya, así que cuando volvió a elevarla ella se impulsó hacia arriba apoyándose en sus hombros para dejarse caer con más fuerza. Le escuchó gruñir y mareada de necesidad repitió el movimiento con más ímpetu. El placer era tan exquisito que cuando él empujó sus caderas de nuevo un grito salió de su garganta y rogó por más. Rizz no se puso freno y aceleró sus acometidas hasta que cada célula de su cuerpo gritaba por liberarse. Pero cuando esa liberación llegó, la tomó por sorpresa y se estremeció aferrada a él.

Minutos después se dio cuenta de que estaba en la cama con él a su lado y que Rizz acariciaba uno de sus pechos con ansias. Le miró a los ojos y acarició su nuca emocionada. —¿De veras soy tu otra mitad?

—No te imaginas cómo siento mi comportamiento en el pasado. —Besó sus labios tiernamente. —No te imaginas cómo me sentí cuando creí que habías muerto. No podía aceptarlo, no podía haberte perdido. Solo estuvimos una noche juntos, pero pensar que no volvería a tocarte, que no volvería a sentirte me volvía loco. Cuando te fuiste a Nueva York me di cuenta de que te necesitaba, que te habías metido en mi sangre, pero cuando moriste sentí que te habías llevado mi corazón contigo.

Se abrazó a él. —Te amo tanto…

—No vuelvas a dejarme, nena. No quiero sentirme así nunca más. Tú eres lo realmente importante. Tú nos enseñaste que solo es una herencia y que hay mil cosas mucho más importantes.

Le miró a los ojos. —No es solo una herencia, es un legado. El legado que le dejarás a tus hijos. Y pase lo que pase con Stephanie, lucharemos juntos por él.

Capítulo 12

Cuatro días después se acercaban a la casa cuando ella entrecerró los ojos. —Cariño, ¿qué pasa ahí?

Rizz miró hacia la casa y siseó —Será hijo de puta.

Aceleró y cuando vieron como un hombre cogía a Sophia de la melena tirando de ella por las escaleras del porche Carlota perdió todo el color de la cara. —Dios mío.

—¡No bajes del coche! —gritó frenando en seco ante la casa.

—¡No, cielo! —Asustaba abrió a toda prisa la puerta, pero Rizz ya había agarrado al tipo del hombro y cuando le volvió le pegó un puñetazo que le tiró contra el capó de su camioneta.

Carlota corrió hacia Sophie que lloraba con la cara amoratada. La abrazó a ella intentando protegerla.

—¡Entrad en casa! —gritó Rizz antes de acercarse a él y cogerle por la pechera—. ¡Te voy a matar, cabrón!

Este sonrió mostrando la sangre en la boca. —¿Delante de mis hijos?

Al verlos en la ranchera Carlota sintió que se le detenía el corazón recordando todas las veces que su madre la había pegado con saña. Recordó su terror. El mismo terror que reflejaban los ojos llenos de lágrimas de esos niños. Corrió hacia ellos y abrió la puerta trasera. —Vamos niños, venid conmigo.

Estos no dejaban de llorar paralizados por el miedo y cogió a la niña en brazos mientras Rizz pegaba un puñetazo en el estómago al marido de Sophia doblándole por la mitad. Cogió a Phillip por la cintura. —Vamos, cielo. No pasa nada.

—¿Mamá?

Sophia se acercó a toda prisa y cogió al niño en brazos antes de correr hacia la casa. Carlota la siguió y en cuanto entró gritó —¿Dónde están los demás?

—En misa. Me tuve que quedar porque iba a traerles —dijo entre lágrimas—. Tenía que entregármelos por la tarde, pero se empeñó.

—Claro, porque estarías sola. Vete a llamar al sheriff. —Asustada por Rizz preguntó —¿Dónde están las armas?

—Hay dos escopetas en el cuarto que hay debajo de las escaleras.

Dejó a la niña en el suelo y fue hasta allí a toda prisa. Abrió la puerta y las vio de inmediato cogiendo la que tenía más cerca mientras escuchaba como ella gritaba al teléfono que su marido había intentado secuestrarla. Abrió el cargador y asintió al ver que tenía dos cartuchos. La cerró de un golpe seco mirando hacia la puerta. En su rostro se mostró toda la rabia que tenía en su interior. Cuando llegó a la puerta vio como Sophie colgaba. —Llévate los niños arriba y que no salgan.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Sube!

Sophia asustada la apartó. —No seas loca.

—¿Que no sea loca? Este es el momento. ¿Quieres librarte de él o no?

Sollozó. —Sí. Estoy harta de tener miedo.

—Pues déjamelo a mí —dijo fríamente. Le hizo un gesto con la cabeza—. Sube con los niños y no bajes hasta que llegue el sheriff. Cuando te pregunten dirás que desde que te dije que subieras no has visto nada, no sabes nada. Te escondiste asustada por salvar a los niños, ¿entendido?

Ella asintió. —No he visto nada desde que me ordenaste que me escondiera.

—Exacto. ¡Corre, no hay tiempo que perder!

Salió sin esperar respuesta para ver que Rizz le pegaba de nuevo tirándole sobre el capó. Elevó el arma y disparó dándole a ese cerdo en el pecho. Su hombre sorprendido miró hacia Carlota como si fuera lo último que se esperara de ella. —¿Pero qué coño has hecho?

—Proteger a la familia —dijo con rabia—. ¿O creías que se iba a quedar así? Volvería. ¡Volvería a hacer daño una y otra vez hasta que acabara con ella o contigo! —Al escuchar como le costaba respirar disparó de nuevo sin ningún remordimiento. Esos niños

vivirían mil veces mejor sin él, sin el miedo sin el odio que él les inculcaría. —Cariño, busca un cuchillo que no identifiquen contigo. ¡Rápido, no hay tiempo!

Rizz rodeó la camioneta y abrió la puerta del copiloto para abrir la guantera. Sacó un cuchillo de caza de grandes dimensiones. —Ya me había amenazado dos veces con él —dijo entre dientes—. Tengo testigos.

—Dámelo.

Él lo hizo y elevó una ceja interrogante al ver como lo empuñaba. Antes de que se diera cuenta hizo un movimiento seco y le cortó en el costado. —¡Hostia! —gritó dando un paso atrás.

Ella hizo una mueca. —Lo siento.

—¡Nena, avisa!

Chasqueó la lengua y se acercó al cuerpo para dejar el cuchillo en su mano.

—¿Y tus huellas?

Ella apoyó la escopeta en la camioneta y apretó la mano del fiambre alrededor del mango. —Cariño no he acabado. —Se volvió y forzó una sonrisa. —Eso es poco.

—¿Qué? —Le clavó el cuchillo en el muslo y él la miró con los ojos como platos. Ella lo arrancó como si nada y lo tiró al suelo. —Ya está.

—¡La madre que te parió!

—Sí, es culpa suya que sepa hacer estas cosas por dejar que me criara en esa mierda de barrio. Vi mi primer asesinato con siete años.

—Joder…

—Tírate al suelo ante la ranchera.

Él lo hizo y Carlota se arrodilló a su lado cubriendo la herida de la pierna. —Nena, le has matado.

—¿Acaso no ibas a matarle tú?

—¡Pero yo soy el hombre!

—No me vengas con machismos. —Pálida miró sobre su hombro. —¿Tardarán mucho?

—Esto era lo que nos faltaba.

—Tranquilo, cerrarán el caso antes de veinticuatro horas. Sophia tiene la cara como un mapa. —Le cogió por la barbilla para que le mirara. —Te apuñaló y disparé. Cuando te diste cuenta estaba muerto sobre el capó. Yo diré que salí con la escopeta gritándole a Sophia que subiera a esconderse. Que intentaba evitar que volviera a entrar. Al ver que te apuñalaba no me lo pensé.

—De acuerdo. —Agarró su mano. —Dime que no te perderé por esto, nena.

—Todo saldrá bien. Nadie puede asegurar que fue intencionado. —Se agachó y le besó en los labios. —Todo irá bien. —Se apartó y empezó a desabrocharle el cinturón.

—¿Qué haces?

—Cielo, estás sangrando mucho. Demasiado. —Tiró de su cinturón y se lo puso por encima de la herida apretando bien. —Mierda.

El sonido de la sirena la hizo suspirar del alivio. —¿Listo para hablar con ellos?

—Nena, ¿me voy a desangrar?

—No, no dejaré que eso pase. —Salió corriendo y fue hasta el teléfono de la cocina. Recordaba el número de teléfono del alquiler de helicópteros porque lo llevaban pintado en el fuselaje y gritó que necesitaba uno justo cuando el coche patrulla frenaba al lado de Rizz que gritaba pidiendo ayuda. Colgó el teléfono y gritó a Sophia —¡Qué los niños no bajen!

—¡Vale! ¡Ya he llamado a mi padre!

—Genial, cuantos más mejor.

Salió al porche y el agente la apuntó con el arma. Levantó las manos en el acto. —¡Casi le mata! ¡Tenía que hacer algo!

Este apretó los labios antes de bajar el arma y decir por la radio del hombro que tenía un allanamiento con resultado de muerte. Pidió una ambulancia, pero ella le gritó que había pedido un helicóptero. —Se desangra, ¿no lo ve? —Se arrodilló a su lado.

—¿Me desangro? —susurró Rizz.

—Bah, no es nada. Tú simula que estás muy grave —dijo por lo bajo.

—Nena, ¿me estás mintiendo?

—Que va… —Gimió mirando el cielo. ¿Dónde coño estaba ese helicóptero? —Vamos Patrick, date prisa.

—¡Carlota no pones muy buena cara!

—¿Qué cara voy a poner? ¡Acabo de matar a un hombre! —Sollozó mirando de reojo a los agentes que inspeccionaban el cadáver. —Lo miran mucho, ¿no?

—¡Sí, mucho más que a mí!

—Cariño ahora no busques protagonismo.

La miró pasmado. —¿Me estás llamando egocéntrico?

—Claro que no. Que todo el mundo diga Rizz esto, Rizz lo otro no es culpa tuya.

—Lo que me faltaba por oír.

—Aunque no puedes negar que ante una cámara te creces.

—¡Nena, que me desangro!

—¡No me digas eso, que estoy muy nerviosa! —Y lo demostró cuando su mano tembló al pasársela por la frente.

Él apretó los labios y se la cogió. Se miraron a los ojos y Carlota emocionada susurró —Vas a casarte con una loca.

—Joder, nena… Lo estoy deseando porque a cada minuto me demuestras que eres toda una Bremhill.

Sonrió con tristeza. —Sí, desde que llegué la primera vez he notado que mi mala leche aumenta por momentos.

Pálido sonrió. —Sí, yo también lo he notado.

El sonido del helicóptero la hizo mirar hacia arriba y vio a Patrick pilotando. Este descendiendo le guiñó un ojo. —¿Ese te ha guiñado un ojo? —preguntó Rizz mosqueado—. ¿De qué le conoces?

—Nos llevó cuando lo de Oliver. —Sonrió saludándole con la mano.

—¡No le animes!

—¿Qué dices?

Rizz gruñó, pero el sonido de las aspas amortiguó su respuesta. Patrick bajó del aparato agachado y corrió hacia ellos. —Hostia —dijo al ver al muerto y a Rizz en el suelo. —Se agachó a su lado muy serio. —¿Qué coño ha pasado?

—Un cerdo que quería llevarse a mi prima por las bravas —dijo ella antes de que Rizz respondiera. Se volvió y gritó —¡Ayudadnos!

¡Qué hacéis ahí parados!

Los agentes se acercaron y entre los tres le llevaron al helicóptero. Al meterlo le tiraron al suelo. —¡Cuidado! —Fulminó a los agentes con la mirada, pero estos ni se dieron cuenta mirándose las camisas llenas de sangre. —¡Oh, por Dios! ¡Apartaos!

—Tiene que hacer una declaración.

Con lo inútiles que eran no terminarían nunca. —Estaré en el hospital —respondió subiéndose con Rizz—. ¡Patrick aprisa!

Patrick no perdió el tiempo. Deslizó la puerta con un golpe seco y rodeó el helicóptero para subirse a los mandos. La miró sobre su hombro y gritó —¡Los cascos!

Ella los cogió a toda prisa y se los puso.

—¿Cómo le ves?

—Apriétale, Patrick.

—Hostia. ¿Es que siempre vamos a vernos así?

Se sonrojó y Rizz entrecerró los ojos estirando el brazo para coger los cascos del soporte, pero ella le agarró la mano. —Te aseguro que mi vida era muy tranquila antes de pisar Australia.

Él se echó a reír. —Lo dudo.

—¿Qué? ¿Qué dice? —preguntó Rizz mosqueado.

—¡Que llegamos enseguida! —gritó antes de comprobar la herida. Para su alivio parecía que sangraba menos. Esperaba no haber clavado en el sitio equivocado. En su libro de texto no ponía que allí hubiera nada importante.

—¡Preciosa este piloto no me gusta! ¡Va dando tumbos!

—¡Lo he oído! —gritó Patrick desde delante.

—Es que ha estado en el ejército, ¿sabes? Y ahí tienen que ir a lo loco para llegar al objetivo.

—¿No me digas?

—¿Qué?

—¡Que os conocéis muy bien!

—Algo hemos hablado.

—¿De veras? ¡Nunca lo has mencionado!

—Es que fue antes de que te viera por primera vez en Bremhill. Y no pasó nada.

—¡Porque ella no quiso, que le puse ojitos!

—¿Qué ha dicho? —Rizz intentó sentarse. —¿Qué ha dicho?

—Nada. —Le empujó por los hombros.

—¡Dame los cascos! —Los agarró antes de que pudiera evitarlo y se los puso. —¡Oye chaval, tú a tu trabajo que con mi mujer ya hablo yo!

—Uy, Carlota que tiene pinta de celoso. ¿Estás saliendo con él? ¿He perdido mi oportunidad?

Sonrió mirando a Rizz. —Nunca has tenido ninguna, Patrick, porque ya le había conocido y desde entonces mi corazón solo le responde a él.

Rizz sonrió. —Bien dicho, nena. —Le dio un beso en los labios y ella acarició su mejilla. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Capítulo 13

Sentada en la sala de espera miraba su anillo de casada al lado del de compromiso y sonrió al recordar su preciosa boda meses antes. Jamás se sintió más feliz que en ese momento y ese tiempo de casados demostraba que no se había equivocado. Se pasó la mano por su enorme vientre de seis meses mirando hacia la puerta y empezando a preocuparse. ¿Dónde estaban? Habían salido para hacer unas declaraciones a la prensa y todavía no habían vuelto. Puso sus ojos en blanco porque era cierto que le encantaba una cámara. Para promocionar la empresa le decía, pero es que no perdía una oportunidad. Suspiró porque esperaba verle en las noticias de la noche. Seguro que estaba guapísimo. Se levantó mostrando su traje premamá blanco y se acercó a la ventana. Se veía el aparcamiento y sonrió cuando vio a Harry hablando con Sophia muy serio. En ese momento se acercó Oliver y dos de sus hijos con Sara. Todos habían ido a apoyarles y lo demostraron cuando caminaron hacia los juzgados con cara de guerra. Tocando el cristal se emocionó. Ahora era de la familia. Era una Bremhill y todos lucharían con uñas y dientes para estar a su lado, apoyarla y defenderla si era necesario. Y Sophie más que nadie pues se había convertido en su mejor amiga y se querían como hermanas. Una familia, eso le había dado July. Una gran familia y era mejor que mil herencias. No podía sentirse más afortunada y más con el hombre que tenía a su lado que había demostrado cada minuto de cada día que la amaba y que la necesitaba. Recordó como esa misma mañana la había despertado dándole besos en la barriga. —Ha llegado el momento, cielo —dijo suavemente mientras abría los ojos. Preocupado se acercó para mirar su rostro—. Has dormido muy inquieta.

—Los niños no han parado. —Se acarició la barriga.

—Voy a llamar al médico.

—Cariño, estoy bien. Hoy empieza el juicio y en unos días nos olvidaremos de ellos para siempre.

Se miraron a los ojos. —Stephanie sigue sin coger el teléfono. No sé lo coje a nadie. Y nadie sabe dónde está Jeff por mucho que he intentado encontrarle.

Sonrió. —No te preocupes más, lo que tenga que ser será. Y si los Bremhill tienen que empezar de nuevo, lo haremos todos juntos.

Él sonrió. —Lo hicimos una vez, podremos repetirlo.

—Por supuesto que sí. Lo lleváis en la sangre.

Sonrió con tristeza porque lo sentiría muchísimo por ellos. Muchísimo. En esos meses había visto el sufrimiento, el esfuerzo… El trabajo duro cada día para ser los mejores. Había conocido sus trabajos, a sus familias y si lo perdían todo… Entrecerró los ojos. No, no sé lo arrebatarían.

La puerta se abrió sobresaltándola y sonrió a Rizz que entraba en ese momento. —Ya es la hora, nena.

—Estoy lista —dijo aparentando estar muy serena.

Robert se puso a su lado vestido con toga y con un alzacuellos con dos baberos estrechitos. Parpadeó porque nunca había visto un abogado vestido así. —Perfecta. Inocente y casi una niña, al juez le encantará.

—Estoy deseando conocerle.

Su abogado sonrió. —Es uno de los más duros de Australia y no tiene pelos en la lengua. Afortunadamente le caigo bien.

—¿Ves, cariño? Vamos con ventaja. —Le cogió del brazo. Rizz no podía dejar de mostrar su preocupación por ella y Carlota sonrió para quitarle hierro al asunto. —Y le gustaré, ya lo has oído

—Nena, tú les gustas a todos.

Soltó una risita. —No me llevo mal con nadie. No entiendo esto, ¿qué hacemos aquí?

Su marido sonrió. —Es incomprensible. Lo único que demuestra es que son unos descerebrados.

—Cierto.

—Chicos esos comentarios solo en privado, ¿queréis?

Ella le hizo una pedorreta saliendo de la sala y Robert rio por lo bajo antes de darle una palmada a Rizz en la espalda. —Todo irá

sobre ruedas.

—Dímelo cuando dicte sentencia. —Le agarró del brazo. —Si esto va mal pueden acusarla por lo penal.

Robert le miró a los ojos. —No irá mal. Confía en mí.

—Te estoy confiando mi vida.

—Lo sé y no voy a defraudarte.

Tenso asintió antes de seguir a su mujer que ya estaba ante el ascensor. Pensativa se acariciaba el vientre. —¿Todo bien, nena?

—Rizz no hace más que pegarme patadas.

Él sonrió. —¿Y cómo sabes que es Rizz?

—Porque Jason es más tranquilo.

—Siempre hay un gemelo dominante —dijo Robert pulsando el botón. Rio por lo bajo—. En menudo lío os estáis metiendo.

Ella se encogió de hombros. —Bah, hay mucha gente en casa para cuidarles y todos lo están deseando.

—Que afortunados. Mi mujer y yo nos tirábamos de los pelos porque Bobby se pasaba toda la noche llorando. No dormí en seis meses.

Carlota apretó el brazo de su marido y sonriendo dijo —Sí que somos afortunados.

Las puertas se abrieron y los flashes casi la cegaron. Rizz la cogió por la cintura intentando que los periodistas se apartaran. —Por favor chicos, está embarazada. Dejadnos pasar.

—¿Se considera una ladrona de herencias?

—¿Cree que su marido se ha casado con usted para no perder Bremhill?

Ella se detuvo en seco y miró al periodista. —¿Me está preguntando si no me ama y me está utilizando?

Este se sonrojó y ella apretó los labios. —Sé que me ama, me lo ha demostrado y no dudo de él.

—Vamos, nena… No dejes que te alteren con ese tipo de preguntas —dijo intentando controlarse.

—No hay más preguntas —dijo Robert molesto—. Agradecérselo a vuestro amigo.

Todos protestaron, pero ellos no contestaron nada más yendo hacia la puerta del juzgado. Al pasar vio sentada en un banco a

Stephanie con Jeff. Separó los labios de la impresión cuando esta le sonrió maliciosa. —Dios… —dijo por lo bajo.

—Tranquila… —susurró su marido a su lado.

Cerró la boca y cuando recorrieron el pasillo del juzgado que estaba a rebosar la llevaron hasta la mesa de la derecha sentándola en el centro. Su marido le dijo algo a Harry y este asintió. Nerviosa le miró a los ojos y su capataz sonrió intentando relajarla. Su marido se sentó a su lado y ella se acercó. —¿Has visto cómo me ha mirado? Cielo, no va a ir bien.

Él apretó los labios. —Entonces como dijiste empezaremos de nuevo. —Cogió su mano y se miraron a los ojos. —Juntos.

Emocionada asintió. —Juntos.

Apenas dos minutos después llegaban los demandantes. Todos les vieron entrar con una sonrisa de prepotencia que no podían con ella. A Carlota se le revolvieron las tripas cuando Molly pasó a su lado y soltó una risita. —¿Habéis visto que gorda está?

Su abogado le dijo algo por lo bajo mientras Robert la miraba asombrado. —¿Esta mujer es estúpida?

—Sí —contestaron los dos.

Se frotó las manos sonriendo. —Esto es pan comido. Esa en el estrado no me dura ni dos minutos.

Sonrió porque parecía entusiasmado. —Te encanta esto, ¿verdad?

—Lo adoro.

Perdió la sonrisa cuando un hombre mayor entró en la sala y todos se levantaron. Ella desprevenida se levantó después llamando su atención y la miró fijamente mientras se sentaba en su sillón ante ellos como si quisiera analizarla antes de decir a los presentes —Conmigo tonterías las justas —dijo gruñón—. Al que se pase un pelo será expulsado de la sala. —Se escuchó el sonido de un móvil y jadeó. —¿Quién ha sido? ¿Quién? —Todos se miraron los unos a los otros y Laurence como un tomate levantó la mano. —¡Fuera!

—Pero es uno de los demandantes, señoría —dijo el abogado atónito.

—¿Quiere salir con él? Fuera.

—Apaga el móvil, apaga el móvil —le dijo ella a Rizz por lo bajo.

Su marido lo sacó a toda prisa como media sala y lo puso en silencio. Esta sonrió mirando al juez que al ver su sonrisa entrecerró los ojos. Perdió la sonrisa de golpe. El juez asintió. —Siéntense —dijo de mala leche.

No pudo evitarlo volvió a sonreír porque le recordaba al señor del Pino de la residencia. —¿De qué se ríe? —preguntó él directamente tomándola por sorpresa.

—Pues…

—Esto es muy serio, ¿lo entiende?

—Lo entiendo, señoría. Pero es que me ha recordado a alguien al que le tenía cariño y no he podido evitarlo.

—¿Si? ¿A quién?

—A uno de mis residentes —dijo sinceramente antes de sonrojarse—. Que no digo que usted sea viejo, él tenía ochenta y tres, aunque estaba muy bien para su edad, ¿sabe? Jugaba a la petanca y caminaba diez kilómetros todas las mañanas.

—Caminar es muy sano.

—Yo camino mucho por el embarazo, ya sabe.

—Sí, hay que caminar, eso te mantiene fuerte. Le vendrá bien para el parto.

—Eso dice mi tocóloga y mi marido me acompaña para que no me pierda. —Soltó una risita. —Cree que después de seis meses puedo perderme por sus tierras.

—Ya se perdió una vez, ¿no?

Se sonrojó porque era muy listo. —No me acordaba de donde estaba. Pasé mucho miedo.

—Una situación muy difícil, un mes usted sola por esas tierras.

—Encontré la cabaña.

—Y herida, además.

—Estudiaba enfermería a distancia. No había hecho las prácticas, pero conseguí coserme. —Le enseñó la herida del interior del brazo. —¿Ve? Mi médico dice que me lo hice muy bien.

Él asintió mirando la herida cuando alguien carraspeó. Todos volvieron la vista hacia el abogado demandante. —Si me permite señoría, deberíamos proceder.

—¡Eso lo decido yo!

—Sí, por supuesto —respondió rojo como un tomate.

—¿Cómo se llama? —dijo cogiendo su lápiz como si fuera a ponerle un cero.

—Robert Willis, señoría.

—¿Otro Robert? —preguntó mirando a su abogado como si fuera el colmo—. ¿Otro?

Este suspiró. —Qué se le va a hacer, señoría.

Señaló al otro Robert. —Tú serás Bob.

—Pero…

—¡Silencio! Aquí hablo yo. —Tiró el lápiz a un lado. —A ver Robert, ¿qué ocurre? ¿La chica ha hecho algo malo?

—No, señoría. Ella atendía a la señora Bremhill en la residencia donde la recluyeron sus hijos. Eso fue justo después de enviudar, con setenta y tres años fue hasta Nueva York para estar cerca de su familia más próxima, señoría. Buscaba el consuelo de sus hijos, ¿y qué recibió? Una habitación en una residencia alejada de todos los que conocía. Menos mal que conoció a la demandada. Carlota hizo que sus últimos meses de vida fueran una alegría. Y no lo digo yo que lo dicen sesenta y cinco residentes que aún viven allí. —Ella le miró sorprendida. —Y están aquí para declarar cómo la actual señora Bremhill la cuidaba y pasaba las noches con ella a pesar de haber trabajado en esa residencia ocho horas. Incluso tengo la declaración de su supervisora diciendo maravillas de ella. —Carlota cogió la mano de su marido que se la apretó suavemente. —Para que lo entienda completamente le diré que le organizó una fiesta de cumpleaños que fue la envidia de la residencia y la pagó ella sola con el pequeño sueldo que cobraba. —El juez asintió escuchando atentamente. —¿Y sus hijos? Mejor me callo, señoría, porque la visitaron tres veces en un año. —Levantó una hoja. —Aquí está el parte de visitas.

—Que interesante, pero eso no significa que ella tuviera derecho a la herencia.

Estiró el cuello para ver la impotencia en el abogado de Molly, que ya no sonreía tanto. —Sí que lo tiene señoría, porque la propia señora Bremhill se lo dio. —Levantó la carta de July. —Aquí tiene de su puño y letra las razones para el cambio en su testamento. Incluso

menciona a su marido y considera que estaría de acuerdo después de su comportamiento. Ella le conocía mejor que nadie, había vivido a su lado cincuenta y dos años. Toda una vida juntos.

Asintió entrecerrando los ojos. —Exponme el caso.

—Aquí sus hijos pretenden seguir viviendo del cuento como hicieron desde que se fueron a los Estados unidos. Financiados por la fortuna Bremhill en todos sus caprichos, por supuesto. De hecho cuando se enteraron por el albacea del testamento del cambio de herederos, la hija de la señora Bremhill, Molly, se quejó de quién le pagaría su coche. Un coche valorado en cien mil dólares americanos. No sé preocupó de por qué había ocurrido aquello, por qué había defraudado a su madre, no... Todo lo que gritaba era que quién iba a pagárselo todo.

La audiencia la miró y esta roja como un tomate levantó la barbilla. —Y para colmo le pegó un puñetazo en la nariz a mi cliente rompiéndosela y tuvieron que operarla. Mi cliente no la demandó en su momento abrumada por la situación, pero todo esto ya ha llegado a un punto que su acoso ha traspasado fronteras hasta Australia, señoría.

Se escuchó que Molly decía por lo bajo —Di algo, estúpido.

El abogado no dijo ni pío haciendo sonreír al juez como si le diera el visto bueno. —Bob… Tu turno.

—Demostraremos que la demandada llegó a influir tanto en la señora Bremhill que hasta decidía lo que comía, a las horas en las que salía y cuando era la hora de dormir—Carlota separó los labios de la impresión porque ella jamás había hecho eso. —Tenemos testimonios de que pasaba tantas horas a su lado porque era una viuda muy rica y que la señora Bremhill hasta le pagó un curso preparatorio de enfermería, los libros y ropa para asistir a clase. —Levantó unos papeles. —Tenemos declaraciones de los asistentes sociales que la vieron en su adolescencia, que dejan muy claro la personalidad introvertida de la demandada. Desde su infancia fue programada para timar, meterse en peleas incluso una vez fue detenida por agresión. —Sonrió con ironía. —Y si hablamos de puñetazos la demandada no se queda corta, señoría. En su último encuentro le rompió la nariz a Molly Bremhill, eso sin mencionar que

apenas dos días después mató a un hombre a tiros. Pero lo que vamos a destacar es que en cierta ocasión fingió su muerte con intención de que su cómplice accediera a la herencia. Intentaba arrebatársela a mis clientes al darla por muerta. —Hubo murmullos a su alrededor que le hicieron sonreír y el juez frunció el ceño. —Tenemos testigos de que todo eso de la pérdida de memoria fue una pantomima. Carlota Bremhill fingió su muerte y fue sorprendida por un testigo que iba a revelar que seguía viva y cuáles eran sus planes, así que avispada como es, habló con su cómplice y ahora marido para montar el numerito de la amnesia a cambio de este matrimonio de risa que nos muestran. Todo puro teatro para repartirse la herencia como un frente unido ante los hijos y legítimos herederos. Así serían más fuertes ante un tribunal y ese embarazo demuestra que apuestan duro. Al fin y al cabo ese niño sería un Bremhill, biznieto de un legítimo heredero del pasado que falleció antes de heredar. Todo esto demuestra que es una mujer fría y calculadora con cara de niña buena, señoría.

El juez asintió y su rostro mostró imparcialidad. —Así que va a ser un juicio de lo más entretenido —dijo de pronto satisfecho dejándoles a todos con la boca abierta—. Pues vamos allá. Que empiecen los testigos.

Bob asintió. —Llamo a declarar a John Hages.

Miró a su marido que negó con la cabeza como si no tuviera importancia. John entró algo intimidado. Llevaba su cabello rubio repeinado hacia atrás y vio como Sophia dejaba caer la mandíbula del asombro porque no era por nada, pero guapo era un rato. Gimió por dentro cuando su marido la miró fijamente. —Me van más los morenos. Y tienes más músculo.

—¿No me digas?

—No me ponía, ¿vale?

Él sonrió antes de mirar al frente. John se sentó en una mesa al lado de la del juez y juró la Biblia antes de mirarles a todos como si fueran a echarse sobre él en cualquier momento. El pobre sudaba y todo.

—¿Bob? Puedes empezar.

El abogado sonrió. —Usted trabajó con la demandada, ¿no es cierto?

Se acercó al micro. —Sí, durante cinco años.

—Y tuvieron una relación.

—Sí.

Mira cómo no decía durante cuánto tiempo. —Llegaron a conocerse muy bien.

—Muy bien. Éramos amigos y después fuimos novios.

Bufó sin poder evitarlo y el juez la miró con una ceja levantada. —¡No fuimos novios, si ni siquiera nos acostamos!

—Robert…

Su abogado le susurró —Tranquila, no hables. No quiero que te acusen de desacato.

Apretó los labios mirando a John que apartó la mirada de inmediato. —Mentiroso de mierda.

—Lo he oído —dijo el juez.

—Eso pretendía, señoría.

La sala se echó a reír y el juez golpeó la maza con fuerza. —¡Silencio! —Cuando todos se reprimieron le dijo a Bob —Continúe.

—Tuvieron muchas conversaciones sobre su pasado, ¿no es cierto?

—Muchas. —Carlota palideció. —Me habló de su madre muchas veces.

—La señora Gayton falleció hace casi tres años. ¿Nos puede decir cómo murió?

—Asaltando una gasolinera con unos camellos con los que trabajaba. También era prostituta aparte de vender drogas. Lo hacía incluso viviendo con Carlota. De hecho la echaba de casa cuando llegaba con algún cliente y tenía que dormir en el cuarto de las lavadoras.

Hubo murmullos a su alrededor. —No es el ambiente adecuado para cuidar a un niño.

—No, no lo es. Me dio pena cuando me lo dijo.

—Pero esa pena se disipó, ¿no?

—Cuando me di cuenta de cómo era en realidad.

—¿Y cómo era?

—Cuando la conocí era introvertida, desconfiada, parecía muy tímida. Los primeros años no se abría demasiado a nadie. Pero desde que la señora Bremhill y Carlota se conocieron mostró un interés especial por ella y su actitud empezó a cambiar. Nunca la vi llorar por ninguno de los residentes hasta que la señora Bremhill falleció, que montó un auténtico drama digno de un Óscar. No tenía nada que ver la Carlota que entró a trabajar allí a la que se fue.

—Sea más explícito, por favor.

—De parecer tímida se volvió poco a poco más espabilada, en todos los sentidos. A veces se pasaba de lista. Absorbía a la señora Bremhill. Recuerdo que un día estaban en el comedor y Carlota tenía que dar de comer a una anciana impedida. Al ver que la señora Bremhill se servía unas coles, se levantó de inmediato y le retiró el plato sin preguntar siquiera.

—Porque le sentaban mal —dijo por lo bajo indignada. Su marido le apretó la mano intentando calmarla.

—Dominaba cada paso que daba en la residencia. Y una vez la escuché mandarla callar ante todos. La mujer lo hizo en el acto por no perder su atención.

—La señora Bremhill era una mujer de carácter, eso dicen sus hijos.

—Y lo era. A cualquier otro le hubiera pegado cuatro gritos y se hubiera quedado tan pancha, pero con Carlota no. Todo lo que hacía estaba bien y le pedía a la supervisora que la dejaran en paz para que estuviera más tiempo con ella en horario laboral.

—Así que no realizaba su trabajo.

Tuvo que morderse la lengua.

—Se volvió muy remilgada con sus tareas. A los pocos meses de convertirse en la favorita la enviaron a cambiar un pañal y la escuché decir que ella no limpiaba mierda. Y lo dijo de muy malos modos dejando a la enfermera de piedra. Se presentó un parte y la señora Bremhill lo arregló.

No había dicho eso, no había sido así. La enfermera era una sustituta que se creía la dueña y cuando le habló de malos modos ella le respondió de la misma manera. Si la echaron al día siguiente.

—Pero su supervisora habla bien de ella como ha dicho mi colega.

—¿Qué va a decir si ha comprado la residencia? —dijo con desprecio—. ¡Y me despidió en cuanto firmó el contrato! Les tiene a todos bien amarrados. ¡Sé de buena tinta que muchos han declarado a su favor porque temen que les echen de allí!

No sé lo podía creer. Ella no había tenido nada que ver con su despido. Por Dios, si ni siquiera lo sabía.

—Pueden pensar que le tiene rencor.

—Qué va. Tenía que haberme ido hace mucho. Ahora tengo un trabajo mucho mejor como portero en un edificio de apartamentos. Mucho mejor pagado. Me hicieron un favor —dijo con desprecio.

—Así que solo está aquí para contar la verdad.

—Totalmente. Yo no miento.

—No hay más preguntas.

Robert se levantó. —Así que novios, ¿no?

—Pues sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos años.

Gruñó apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—Así que dos años. Mucho debía quererle para pasar sin sexo dos años. —Varios rieron por lo bajo.

—Eso dice ella.

—¿Y ese noviazgo exactamente cuándo empezó?

—Hace casi cinco años.

—Cinco años…—Se acercó a la mesa. —Así que salió con ella desde el dos mil dieciocho hasta el dos mil veinte.

—Sí, más o menos.

—Le presento la prueba uno, señoría. —Le entregó las hojas al guardia que se las acercó al juez.

Este frunció el ceño mirando los papeles. —¿Qué es esto, Robert?

—La declaración de la prometida de John Hages durante esa época. Al parecer el señor tenía una relación paralela. —Miró al testigo. —Prometida que le dejó en el altar porque el señor John Hages es impotente…

Todos le miraron con los ojos como platos. Carlota estaba con la boca abierta. —¡Eso no es cierto! ¡Funciono perfectamente!

—Ya, claro. Pues como pone aquí —dijo cogiendo otro documento —, se sometió a una terapia de grupo con gente que tenía el mismo problema que usted.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó indignado.

—Todavía sigue en terapia. Un detective le siguió hasta una de sus reuniones. —Le mostró una foto entrando en un edificio acompañado de varias personas. —¿Lo ve? No fue difícil que este caballero reconociera que asistía a una terapia. Nos contó sus problemas. —Les mostró la foto de un hombre que hablaba con él. —Y de paso los suyos. Al parecer solo se anima viendo porno.

John se puso rojo como un tomate. —¡Eso es mentira!

—Tenemos su declaración y la declaración de su exnovia. ¿Por qué no dice la verdad? Que le fue a Carlota con lo desdichado que era en su vida porque su novia le había humillado ante todos sus conocidos. Que ella le consoló, que usted la consoló a ella por la vida que había tenido. Fueron el paño de lágrimas el uno del otro. Eran amigos y confundieron eso con algo más. Al final salieron juntos, pero solo unas semanas. Ella se dio cuenta de que aquello no llegaba a ningún sitio y usted se cabreó porque pensaba que le dejaba por lo mismo que su novia, cuando ella no tenía ni idea porque usted no se había sincerado, ¿no es cierto? Pero le jodió que ni siquiera lo intentara. Todo esto forma parte de una venganza. ¿Cómo no pudo vengarse de su exprometida lo hace con Carlota Bremhill?

—No. Esto no es…—Miró hacia Carlota y apretó los labios. —Puede que…—De repente se echó a llorar y Carlota suspiró porque sabía que en el fondo no era mal hombre. —No te lo dije, me daba vergüenza.

—No pasa nada, John. —Forzó una sonrisa.

—¡No hable con el testigo! —exigió Bob.

—¡Oiga, que me ha hablado él!

—Baje del estrado —dijo el juez exasperado.

Este lo hizo casi corriendo y Robert se sentó satisfecho. —Uno menos.

Ella miró a su marido. —¿Ves como no era como tú?

—Joder, hasta me ha dado pena.

—Y a mí.

—Llamo a declarar a Stephanie Baker.

Robert se levantó de inmediato. —Señoría, Stephanie Baker es familia allegada de los Bremhill. De hecho vivía en el rancho hasta la llegada de mi clienta. Nunca la vio con buenos ojos y se puede decir que… Fue agresiva con ella.

—¡Intentó matarme! ¡Dos veces! —exclamó atónita.

—Eso no podemos probarlo —dijo su abogado sin cortarse.

—Esto es el colmo.

—¿Que intentó matarla? —preguntó el juez interesado.

—¿Ve esto? —Señaló la quemadura de su mejilla. —¡Casi me achicharra viva! ¡Eso sin contar que me abandonó en medio de la nada el día en que llegué a este país!

—Usted se pierde mucho —dijo Bob.

—Qué gracioso. ¿Le has oído, cielo?

—Sí, su marido lo sabrá bien ya que la acompaña en sus paseos.

—La madre que le…

—Nena… Cálmate.

—No, déjela a ver si así nos muestra su verdadera personalidad.

Le hizo un dedo haciendo reír a la audiencia mientras Stephanie caminaba por el pasillo. Esta sonrió irónica. —Será bruja. Encima se ríe.

—Señora Bremhill como no se calme seguiremos el juicio sin usted —dijo el juez muy serio.

—¿Pero usted la ha visto? No le crea nada que solo dirá mentiras.

—Señora Bremhill a la una… —Se cruzó de brazos y el juez sonrió. —Muy bien continuemos. —Hizo un gesto al alguacil. Stephanie hizo su juramento y miró a Bob con una suave sonrisa en los labios. Carlota miró de reojo a Rizz que gruñó demostrando que aquello no le gustaba un pelo.

—Señorita Baker, ¿cómo conoció a la ahora señora Bremhill?

—La conocí por mi primo. Él llegó a casa con la noticia de que los parientes de Nueva York habían perdido la herencia. Después vi una foto suya en internet, antes de que llegara.

—Así que supieron de ella mucho antes de su llegada.

—Un año antes.

—¿Estaba predispuesta contra ella cuando llegó?

—No, lo había aceptado. Había pasado un tiempo.

Esa mentira le dejó claro que iba a hundirles y nerviosa se mordió el labio inferior. —¿Qué opinión tuvo de ella cuando la conoció?

—Pues muy buena, le salvó la vida a mi tío Oliver.

Qué cínica.

—¿Cuándo empezó a cambiar de opinión?

Chasqueó la lengua. —Cuando me acusó de abandonarla en medio de la nada. Yo la había dejado en casa.

—Ahí se dio cuenta de que no era trigo limpio.

—Bueno, no me sentó bien, no voy a negarlo.

—¿Tanto como para quemarle la cara?

—Claro que no —dijo con inocencia—. Me di cuenta de que mi primo empezaba a sentir algo por ella e intenté que las cosas se aplacaran. De hecho me fui de la casa para no crear conflictos. La crema tuvo que provocarle una reacción o algo.

Tendría morro.

—¿Y qué sucedió después?

—Lo último que supe es que Rizz había convencido a la familia para renunciar a la herencia de los Bremhill en Australia. Fue cuando ella se fue a los Estados Unidos.

—¿Usted renunció a algo?

—Ni me lo preguntaron.

Se le cortó el aliento mirando a Rizz que forzó una sonrisa.

—¿Qué ocurrió después?

—Pues yo me fui a vivir con mi novio un tiempo y la olvidé.

—Hasta seis meses después.

—Ahí regresó y fue cuando se lio todo.

—Explíquese.

—Estaba trabajando en Perth, porque trabajo allí de relaciones públicas en una empresa de telecomunicaciones, ¿sabe? Tenía que buscar trabajo, no podía dejar que mi Jeff me mantuviera. —Él asintió. —Pues eso, seis meses después fue cuando me llamó mi novio. Había encontrado a Carlota al lado de la carretera que llevaba

al rancho. No dejaba de decirle que Rizz la había engañado por el tema de la herencia.

Confundida miró hacia Molly que estaba con la boca abierta. —Estaba rota, no dejaba de llorar. Jeff la llevó a casa después de que la atendieran en el hospital. Se negaba a hablar con nadie y él insistió. Le dije que la dejara en paz y unos días después la dieron por muerta. Al principio no me lo podía creer, si no había cuerpo —dijo alucinada—. Y a los quince días los míos la estaban enterrando. Ella seguía sin querer hablar con nadie, solo con July.

—¿Con July? —preguntó confundido.

—Iba a la tumba de July a hablar con ella. Jeff decía que siempre que salía del cementerio se sentía mejor. Que parecía más tranquila. Y como no quería alterarla dejé de ir por casa de mi novio los fines de semana. Estaba hecha polvo con eso de que siempre la utilizaran para intentar conseguir la herencia. No podía confiar en nadie.

—Pero en Jeff confió.

—Mi hombre es muy bueno. La escuchaba, estaba a su lado. Tiene un corazón de oro.

No entendía nada, estaba dando una versión que no comprendía. Incrédula miró a Rizz que se encogió de hombros.

—¿Qué ocurrió después?

—Pues pasó un mes. Un día llegó del trabajo y ella no estaba. Se enteró de que habían dicho que había estado en la cabaña y que había perdido la memoria. Lo que ocurrió es que volvió con Rizz. Una discusión de enamorados que se fue de madre. Los Bremhill somos muy apasionados.

—¿La convenció de que no quería la herencia?

—¡No! Al final todo había sido porque creía que le había puesto los cuernos.

—¿Cómo?

—Carlota creía que estaba con ella por la herencia, que había estado con otras mujeres y que le había mentido, pero no había sido así. ¿Lo entiende?

—No, la verdad. ¿No ha declarado que fingió su muerte para darle la herencia a su primo?

Le miró como si estuviera loco. —¿Y para qué haría eso? Están enamorados y el tiempo ha demostrado que todo es de los dos. ¿Por qué iba a hacer esa estupidez y después hacer qué? Tenía que resucitar en algún momento.

El abogado sudaba y todo. —Pero su novio la sorprendió. La encontró en las tierras de los Bremhill.

—Sí, el día del accidente —dijo como si fuera tonto.

—¡Sí! —dijo Rizz haciendo que todos les miraran. Este sonrió antes de mirar a Molly que parecía a punto de soltar cuatro gritos.

—Si quieren se lo explica de nuevo mi novio. Jeff tiene más paciencia.

—No será necesario —dijo el abogado entre dientes—. Su testigo.

Robert se levantó. —¿Cree que Carlota intentó engañar a alguien el día en que desapareció?

—No, simplemente quiso quitarse del medio. Puede que pensara que si estaba muerta la dejarían en paz con la herencia. Estaba abrumada, decepcionada, hundida al creerse utilizada por la persona amada. Necesitaba ese tiempo. La entendí y la entiendo. —Sonrió. —Y me alegro muchísimo de que todo le haya salido bien y que sea feliz. Y que haya hecho feliz a los míos. No solo a mi primo. Quiere ayudar a todo el que se cruza en su camino. Es una Bremhill y puede presumir de serlo más que ninguno porque ha defendido su herencia y a su familia incluso a pesar de sí misma.

Emocionada apretó la mano de su marido y miró hacia atrás para ver a todos los Bremhill sonriendo tan emocionados como ella. Su marido besó su mano antes de darle un beso en la mejilla y de repente todos los Bremhill se levantaron aplaudiendo. Rizz se levantó también y la aplaudió como los demás.

—¡Traidores! —gritó Molly antes de coger su bolso y darle con él al abogado en la cabeza—. ¡Inútil!

—¡Señora!

—Detengan a esa mujer —dijo el juez haciendo reír a los suyos.

—Chicos por favor, calma, esto no ha acabado —dijo Robert.

—Dimito —dijo Bob dejando a Laurence y a Steven con la boca abierta.

—Ah, pues sí que se ha acabado.

Los Bremhill gritaron de la alegría y Rizz la besó en los labios —Bien, nena… —Se levantó y se volvió hacia los suyos para chocar las manos.

El juez dio mazazos como loco. —¡Silencio, leche!

—No puede dejarnos así —dijo Steven.

—Cierto —dijo el juez—. Bob no puedes hacerlo. Te impido dejarles, no es ético ni profesional.

—Oh… —dijeron los demás.

—¡Siéntense! ¡Esto es un circo!

—Señoría, no puedo trabajar así. —Bob estaba rojo de furia.

—¡Pues se fastidia! ¿Tiene más testigos?

—¡Podría llamarles, pero no llegarán a ningún sitio! El testimonio de esta mujer no es lo que me contó a mí. ¡Ha cambiado su versión!

—¿No me diga? —Miró a Stephanie que sonrió como una niña buena. —¿La han amenazado alguna de las partes?

—Bueno, esos de ahí. —Señaló a los hijos de July. —Me dijeron que como no contara lo que ellos querían harían que me despidieran. Trabajo para un conocido suyo, ¿sabe? No podía perder mi trabajo, pero mi Jeff me ha dicho que debo decir la verdad, y tiene razón. No podría vivir con eso sobre mi conciencia —dijo apesadumbrada.

Que buena actriz era. La tenía alucinada.

—Entiendo —dijo el juez antes de fulminar a los tres demandantes con la mirada—. Este juicio queda suspendido y serán investigados por coacción. —Molly jadeó. —Y usted —dijo señalándola con el mazo—, se pasará dos días en el calabozo. ¡A ver si así aprende que el sistema judicial australiano no sé toma a pitorreo y a mí tampoco! —Miró a Carlota. —Y a usted, le recomiendo que si quiere quitarse a estas garrapatas de encima les denuncie por acoso.

—Creo que han aprendido la lección, señoría.

—¡Más les vale! ¡Porque como vuelvan por aquí intentando ensuciar el buen nombre de un ciudadano australiano se las verán conmigo! —Dio dos golpes sobre la mesa. —¡Fuera de mi juzgado! —Se levantó de malos modos. —Para un caso interesante que tengo…

Robert se echó a reír.

—Buen trabajo, amigo —dijo Rizz dándole la mano.

—Si no he hecho nada.

Stephanie se acercó a ellos y por su expresión era evidente que estaba algo incómoda. Rizz sonrió. —Sabía que no me fallarías.

—Antes muerta. —Miró a Carlota a los ojos. —Lo siento.

—Eres una Bremhill, no puedo culparte por proteger lo tuyo. —Le guiñó el ojo. —Pero mantente lejos de mis cremas.

—Eso ya ha pasado a la historia.

—Me extraña que no haya sacado eso de los mails de Panamá.

—Oh, es que le dije que no debía hacerlo —dijo Stephanie dejándoles de piedra—. Que todos sabían que ese dinero se había utilizado para hacer dos colegios para niños sin recursos en ese país y que quedaría en ridículo. Que los terrenos que compró el abogado eran para eso.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo lo sabías?

—Estuve allí. En tu diario hablabas de Juan. Teníais una foto juntos ante una escuela. Fui hasta allí y me contó todo lo que le habías ayudado para la educación de los niños.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque sabía que mi primo lo estaba pasando mal. Intentaba entenderte mejor y comprender por qué había cambiado de opinión respecto a ti.

Rizz sonrió pasando el brazo por los hombros de su esposa. —Y es evidente que lo has comprendido.

—Fui muy injusta, quería compensarla. En cuanto me llamaron creyendo que estaba en tu contra ya no pude detenerme. —Fulminó a Laurence con la mirada. —Son lo más bajo que me he echado a la cara. ¡Tú qué miras! —preguntó chula.

Estaba claro que era de mecha corta. —Stephanie, ¿cuándo es la boda?

La miró ilusionada. —Cuando diga mi primo.

—¿Yo? —preguntó Rizz divertido.

—Claro, me dejarás el rancho, ¿no?

—Todo tuyo.

—Uy, pues en un par de meses. Hay mucho que organizar.

—Una boda, Rizz —dijo emocionada—. Haremos una fiesta a lo grande.

—Tú no te casaste así —dijo Stephanie algo incómoda.

—Oh, es que con todo el jaleo que esos estaban organizando y con todo lo que había pasado no queríamos llamar mucho la atención. —Abrazó a su marido por la cintura mirándole con amor. —Fue preciosa, ¿verdad, mi amor? La familia y nosotros. Con una celebración en casa entre gente que nos quiere. Nunca me sentí más feliz.

—¿De veras, preciosa? —Acarició su mejilla. —Podemos repetirla.

—No es necesario porque fue perfecta. Ahora tenemos otras cosas por delante, cosas maravillosas.

—Te quiero, nena.

—Y lo que te queda por amarme porque esto no se acaba aquí.

Epílogo

Entró en la habitación y Rose se volvió con lágrimas en los ojos mostrando a Stephanie maravillosa con su vestido de novia. —Está preciosa, ¿verdad?

—Perfecta. —Se acercó a ella y emocionada sonrió. —Sthep no llores que se te va a correr todo el maquillaje.

—Lo dice la que lleva llorando a mares dos semanas.

—¡Son las hormonas!

Todas se echaron a reír y Carlota sonrió. —Según la tradición debes llevar algo prestado.

—Oh, Lucy me ha prestado su liga —dijo mirando a su amiga que sonrió.

—¿De veras? —preguntó algo decepcionada—. Y yo que te traía una sorpresa.

Temiendo que se pusiera a llorar de nuevo María dijo —¿Qué es? —Abrió la mano mostrando el reloj de July. —Oh… Cielo, es un gesto precioso.

—Es el reloj que le regaló Jason a July en su compromiso —les explicó a las demás—. A mí me trajo suerte y…

—Me lo pondré encantada. Gracias por prestármelo, lo cuidaré mucho.

Se lo puso en la muñeca y ambas sollozaron. —Así estará de alguna manera. Ella no querría perdérselo, ya la conocíais.

Asintieron entre lágrimas. —También tengo otro regalo, pero este es para toda tu familia. —Sacó un papel del bolsillo de su vestido de encaje azul cielo y lo abrió. —Ahora soy una Bremhill.

—La cabeza de familia con Rizz —dijo Stephanie.

Sonrió. —Sí, así que mi marido y yo hemos hablado de esto —dijo mirando sobre su hombro.

Rizz entró en la habitación y se puso a su lado. —Continúa nena…

—Las circunstancias de la vida han hecho que perdierais vuestro apellido a lo largo de los años, así que lo hemos hablado con Robert. Si vosotros queréis a todos los que vivan o nazcan en esta finca se les permitirá cambiar el apellido por el que habéis luchado tanto durante generaciones.

María se llevó una mano al pecho de la impresión. —¿Seré una Bremhill de verdad?

—Ya eres una Bremhill, solo es un formalismo.

—¡Mi Harry se va a morir de la impresión! —chilló loca de contenta antes de salir de la habitación—. Querido no te lo vas a creer...

Stephanie sonrió. —Te lo agradezco mucho, pero yo mantendré el apellido de mi marido. Me considero una Bremhill igualmente.

—Y lo has demostrado —dijo Rizz.

Stephanie le dio un beso en la mejilla. —Gracias, a mi abuela le encantará vuestro regalo.

—¡Soy un Bremhill! —gritó Donovan haciéndoles sonreír.

—Y a los demás también.

—De nada.

Rizz guapísimo con su traje gris con una rosa en la solapa cogió a su mujer de la mano. —Vamos a nuestro sitio, nena. Esto va a empezar.

—Disfruta de tu momento.

—Lo haré. Gracias por ayudarme a organizar esta locura.

—Me ha encantado. —Se acarició el vientre y todos miraron hacia allí. —Tranquilos, estoy bien.

—Más nos vale —dijo Rizz muy tenso llevándola hasta la puerta.

—No será hoy.

—Pues mañana nos vamos al hospital.

—Ah no, van a nacer en casa.

Rizz se detuvo en seco mientras su esposa iba hacia las escaleras. —¡Ni hablar!

—July los tuvo aquí.

—¡Y así le salieron!

Rio por lo bajo. —Todo saldrá bien.

—¡Mujer no me pongas de los nervios! ¡No habíamos hablado de esto! ¡Si ya tienes reservada una habitación en el hospital!

—July no querría perdérselo.

—¿Que July qué? —Preocupado se acercó a toda prisa. —Nena, tienes que dejar de ir al cementerio… ¡Empiezas a imaginarte cosas muy raras! —Se echó a reír a carcajadas y él gruñó. —¿Era una broma?

Intentando reprimir la risa dijo —La cara que has puesto.

—Muy graciosa.

—Venga, vamos que no quiero que me quiten el sitio.

—Nena, si tienen carteles con los nombres. —Sonrió siguiéndola.

—Ya, pero hay mucho listo suelto.

—¿Te has puesto la crema? Hace mucho sol. ¿Y tu sombrero?

Desde el porche decorado con cientos de rosas sonrió. —¿En una boda? Eso es de viejas.

Antes de que se diera cuenta tenía un sombrero vaquero sobre la cabeza y riendo abrazó a su marido por la cintura. —Te amo.

Acarició su espalda y en ese momento se escuchó el sonido del helicóptero. Rizz apartándose miró hacia arriba. —¿Qué hace ese aquí?

—Está invitado.

—¿Qué? —Le miró pasmado. —¿Por qué?

—Está bien tener un helicóptero de emergencias por si acaso.

Desconfiado dio un paso hacia ella. —Tú no estarás de parto y me estarás dando largas para no perderte la boda, ¿no?

—¿Yo? No estoy tan loca. Mis niños son lo primero. —Rizz suspiró del alivio. —¿En serio crees que haría eso? —preguntó indignada.

—¡Nena, siempre consigues lo que quieres! No me extrañaría, la verdad.

Jadeó bajando del porche. —Vaya, gracias. —De repente se detuvo y sonrió radiante. —Soy una Bremhill.

Él sonrió mirándola con amor. —Sí que lo eres, nena. Y de las buenas. —Bajó los escalones y la besó en los labios. —La mejor.

Se abrazaron durante unos segundos. —¿Qué ponía en el diario que te hizo cambiar de opinión? ¿Qué fue lo que…?

—Pusiste de mí que te había faltado el aire cuando me habías visto en el aeropuerto, ¿recuerdas?

—Sí.

—Sentí lo mismo cuando entré en la habitación de Jason y te sentaste de golpe. No me lo podía creer. La mujer que había deseado en el aeropuerto era la mujer que odiaba y estaba medio desnuda y con cara de sueño.

—¡Pero si estaba roja como un tomate!

Él se echó a reír. —Desde entonces no he podido olvidarte y cada día le agradezco a July tenerte en mi vida. Y se lo agradeceré siempre.

—Te amo. Jamás me he sentido tan deseada, querida, amada y apoyada como en este tiempo contigo y ahora sé que nuestro amor lo puede todo.

—Puede con todo, mi amor. Y el tiempo nos dará la razón.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.